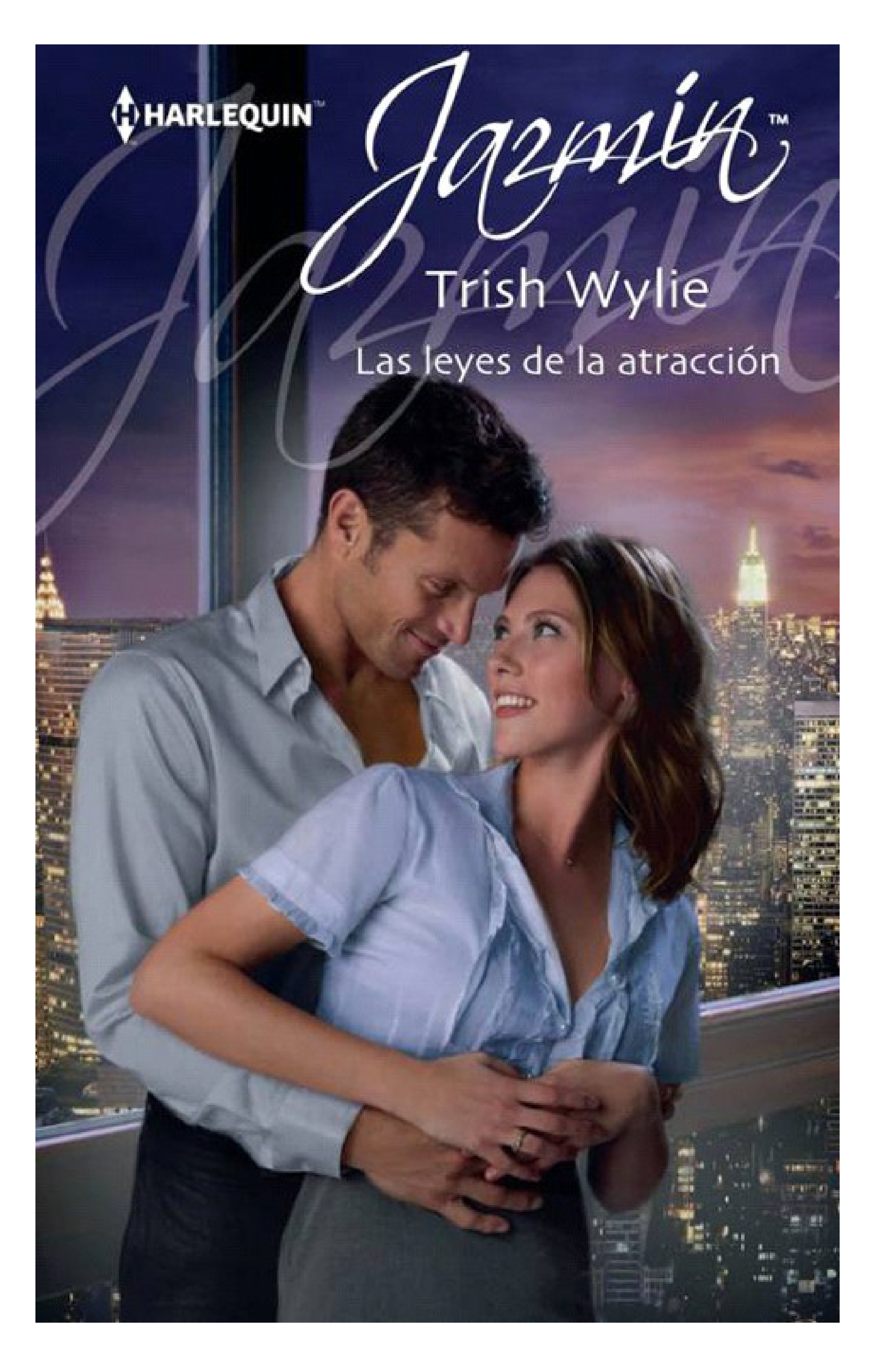

HARLEQUIN
Jazmín
Trish Wylie
Las leyes de la atracción


HARLEQUIN
Jazmín
Trish Wylie
Las leyes de la atracción

Sentando las reglas. La abogada Olivia Brannigan estaba acostumbrada a tratar con clientes impasibles, pero Blake Clayton era un auténtico maestro en el arte de ocultar sus sentimientos: ni siquiera pestañeó al enterarse de que había heredado una fortuna del padre al que no había visto en años. Blake no quería un dinero que no creía merecer, pero estaba francamente interesado en la guapa abogada encargada de su nueva cartera de propiedades. Olivia, por su parte, nunca mezclaba el trabajo con el placer. Hasta que algo le hizo plantearse que las normas, al fin y al cabo, estaban para romperse…

Capítulo 1

«Me llamo Olivia Brannigan. Querría hablar con Blake Clayton».

Siguió practicando en voz baja y tiró firmemente de la chaqueta mientras avanzaba por el camino.

«Represento al bufete Wagner, Liebstrahm, Barker y DeLuise y…».

Era lo que venía después del «y» lo que más le costaba decir. Informarle de una herencia era una cosa, y otra muy distinta darle la noticia que iba asociada con aquella, aun cuando no fuera precisamente una primicia. Aquel hombre tenía que haber vivido en una cueva para no haberla oído y se figuró que no habían estado muy unidos, a juzgar por el tiempo que habían tardado en encontrarlo.

Una agradable brisa hizo ondear la bandera de barras y estrellas que colgaba del porche mientras ella respiraba hondo y apretaba el timbre.

«Lamento tener que informarle de que…».

Odiaba aquella frase. La última vez que tuvo que notificar una muerte le resultó muy penoso; fue el acto final de una serie de acontecimientos que alteraron el curso de su vida.

La puerta se abrió y un hombre corpulento que sostenía en la mano una hamburguesa a medio comer la miró de arriba abajo.

–¿Es usted el señor Clayton?

–¡Eh, Blake! –gritó el hombre.

–¿Qué? –gritó a su vez otra voz.

–¿Estás esperando una demanda?

–Esta semana no.

–Entonces, supongo que puede entrar.

El hombre sonrió, invitándola a entrar con un gesto de la mano. Olivia le siguió por el pasillo taconeando a un ritmo uniforme y profesional. Sus pensamientos se centraron en la habitación a la que se dirigían y en el hombre al que estaba a punto de ver.

En cuestión de segundos, la persona cuyo aspecto le había costado tanto imaginar se materializaría en un ser de carne y hueso. Ya no tendría que fantasear con su apariencia o con el modo en que iba a reaccionar. El misterio quedaría resuelto.

Su expectación crecía a cada paso que daba mientras se preparaba para la desilusión que le depararía la realidad en contraste con la

fantasía en la que había estado sumida durante los últimos tiempos. Había algo en aquel caso que le llegaba al alma, lo cual no era buena señal dado su historial en lo que respecta a implicarse emocionalmente en el trabajo.

Cuanto antes terminara con aquello, mejor.

La habitación en la que entró estaba sumida en el caos de una obra. Había en ella cuatro hombres: dos que comían hamburguesas, uno que lijaba el marco de una puerta sentado sobre sus talones y otro junto a un gran ventanal cubierto por un plástico opaco.

Como el hombre de la ventana se le había quedado mirando se acercó hacia él con la mano extendida.

–Señor Clayton, soy Olivia Brannigan, de…

–Aquí, bonita.

Una voz áspera y profunda le hizo dirigir la vista al hombre que lijaba el marco de la puerta.

–¿Es usted Blake Clayton? –preguntó dándose la vuelta. Tenía que asegurarse; al fin y al cabo, había tardado mucho tiempo en encontrarlo.

–Blake Anders Clayton –se incorporó al tiempo que se llevaba la mano a la cara para retirar la máscara antipolvo–. ¿Qué he hecho esta vez?

Olivia abrió la boca dispuesta a tranquilizarlo, pero cuando él se quitó la máscara y la miró, fue incapaz de formular un pensamiento coherente. La habitación se contrajo; de pronto parecía mucho más pequeña y agobiante, y daba la sensación de que se había quedado sin oxígeno. Su visión periférica se tornó borrosa cuando detuvo su mirada en él. Le habría sido útil conocer su aspecto de antemano. Con su casi metro noventa de estatura, una cintura magra, hombros anchos, un desordenado pelo castaño, corto y a lo pincho y unos ojos oscuros en los que refulgía ese brillo que hace que las madres prevengan a sus hijas, Blake Clayton era la imagen viviente de un «tío cañón».

Cuando su mirada se posó brevemente sobre el protuberante y carnoso labio inferior, un labio que pedía a gritos atención inmediata, Olivia se pasó la lengua por los dientes. ¿Sería su sabor tan apetitoso como su aspecto? Seguro que sí.

La hembra que habitaba en su interior ronroneó, apreciativa. La profesional la obligó a adoptar un tono de voz serio y formal.

–Represento al bufete de abogados Wagner, Liebstrahm, Barker y DeLuise, y…

–Debe de ser un rollo poner eso en las tarjetas de visita –comentó él haciendo un amago de sonrisa.

La hembra suspiró de gusto y la profesional frunció el ceño al constatar lo mucho que le estaba costando concentrarse. Su imaginación se había quedado increíblemente corta.

–¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

–Ya estamos hablando.

–Señor Clayton, me temo que soy portadora de malas noticias –anunció con más brusquedad de la deseada.

–Ya las he oído –dijo él, tenso. El cambio había sido inmediato.

–Lamento su pérdida –repuso ella suavizando la voz.

–No lo haga.

Pasó junto a ella, tomó una taza de una encimera y se sentó junto a uno de los hombres que almorzaba mientras se llevaba la taza a los labios.

–¿Eso es todo?

Olivia echó un vistazo al resto de los hombres, que la miraban como si estuvieran asistiendo a un espectáculo. No pensaría él que…

–Puede decir lo que quiera delante de ellos –añadió como si pudiera leerle la mente, algo que esperó que no fuera posible al recordar los pensamientos que la habían asaltado desde que posó los ojos sobre él.

–Entre amigos no hay secretos –anunció el hombre que había abierto la puerta–. Si nos ofreciera una buena cantidad de dinero, podríamos darle suficiente información para que lo detuvieran en media docena de estados.

–Y en Canadá –añadió un coro de voces.

–Si quiere que firme algo, démelo –se hizo oír Blake entre las risotadas–. Cualquier recuerdo que me haya dejado me lo puede enviar por correo postal.

–Me temo que no puedo hacer eso –replicó Olivia con paciencia–. Usted es el único beneficiario. Le ha dejado todo.

–¿Todo?

–Así es.

–¿Pero en su totalidad?

–Pues sí –asintió ella. Estaba claro que le pillaba de nuevas. Pero el tono inexpresivo de su voz no manifestaba alegría al conocer la noticia. La mayoría de la gente habría dado saltos de júbilo.

–¿No hay nadie más?

Ella sacudió la cabeza confusa por la pregunta, pues había empleado el término «único beneficiario». En virtud del testamento de Charles Warren, su hijo se había convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos de América.

–Me imagino que debe de ser abrumador asumir la responsabilidad

de…

–¿Un legado tan impresionante? –continuó él enarcando una ceja–. Está empleando la táctica equivocada, señorita… ¿Cómo dijo que se llamaba?

–Brannigan –trató de no permitir que el hecho de que él hubiera olvidado su nombre la ofendiera–. Olivia Brannigan.

–Mire, Liv –dijo inclinándose hacia ella–, alguien debería haberla advertido: me importa un carajo lo impresionante que sea el legado. No lo quiero.

¿Estaba loco?

–Entiendo que necesite tiempo para hacerse a la idea, pero…

–No tengo que hacerme a la idea de nada –depositó la taza y se puso en pie–. Lo que tengo que hacer es terminar este trabajo.

Olivia vaciló cuando pasó junto a ella en busca de sus herramientas. Nunca se había visto en una situación tan surrealista. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que volviera a la oficina y le dijera a su jefe: «Lo siento, pero no va a ser posible. Tendremos que encontrar a otra persona a quien darle propiedades y activos por valor de miles de millones de dólares»? Podrían organizar una rifa.

Al ver que la chica se quedaba inmóvil la miró por el rabillo del ojo.

–¿Se supone que le tengo que dar una propina?

¿Hablaba en serio?

El lado profesional de Olivia le hizo dar un paso adelante y esbozar una sonrisa.

–Creo que no lo ha entendido, señor Clayton. Déjeme que se lo explique: le guste o no, usted es el único beneficiario en el testamento de Charles Warren.

–¿El famoso Charles Warren? –preguntó con incredulidad una voz a sus espaldas.

–Su padre dejó muy claros sus deseos.

–¿Su padre? –preguntó la misma voz incrédula–. Está de broma, ¿no?

Y eso que entre amigos no había secretos…

Él dio un paso adelante y bajó la voz.

–Mire, señorita, sé que está intentando hacer su trabajo, pero, por si acaso no lo ha entendido, déjeme que se lo explique: yo no soy el hombre que busca. Así que, a menos que piense soltar ese maletín y agarrar una herramienta, le sugiero que salga disparada de vuelta a Manhattan y les diga a Wagner, Liebstrahm, Barker y DeLuise que más les vale encontrar a un pariente lejano de Warren a quien le puedan endosar el muerto. Yo tengo mi vida y no pienso vivir la de otro.

–Así no vamos a llegar a ninguna parte –insistió ella con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir ante la proximidad de su cuerpo.

–No sé usted. Pero yo sí.

¿Qué había dicho acerca de la vida que llevaba? Olivia se preguntó si habría una mujer en ella; alguien que lo echara de menos durante sus ausencias. Dudó que fuera un tipo capaz de estar en el mismo sitio el tiempo suficiente como para intimar con nadie. A juzgar por la cantidad de direcciones que había descubierto, direcciones de diversos estados, en algunas de las cuales había residido solo unas semanas, sus relaciones debían ser breves. Claro que con ese físico que se gastaba no estaría desprovisto de compañía durante mucho tiempo.

Irguiéndose, sacó algo del maletín.

–Le dejo mi tarjeta. Cuando haya tenido tiempo de reflexionar...

–No se haga ilusiones.

Olivia se mantuvo firme.

–¿Sabrá encontrar la puerta usted sola?

Con que esas tenía... Si quería jugar a hacerse el duro, ella aceptaba el envite. Dejó resbalar su mirada por su amplio pecho, relajó los hombros y dio un paso al frente hasta quedar a pocos centímetros de su cuerpo. Entonces alzó la vista lentamente y, clavando la mirada en sus oscuros ojos, se pasó la lengua por los labios y sonrió. Habló en un tono de voz lo suficientemente alto como para que todos la oyeran.

–Mañana por la mañana, miles de empleados de Warren Enterprises de todo el estado acudirán a sus trabajos. Me gustaría poder decirles que el mes que viene seguirán teniendo un empleo, especialmente dado el clima económico en el que nos encontramos –dijo inclinando la cabeza–. ¿A usted no?

Dejó su tarjeta de visita sobre una plancha de madera antes de darse la vuelta y echar a andar hacia el vestíbulo. Tenía la mano en el picaporte cuando oyó que una voz preguntaba: –¿Charles Warren es tu padre?

Silencio.

–¿Sabes que mi primo Mike trabaja en Warren Tech? Tiene mujer y tres hijos...

Olivia sonrió mientras abría la puerta. No tenía ninguna duda de que volvería a verlo. Algo que le apetecía bastante.

Blake siempre había preferido las ciudades a los pueblos. Las

ciudades le hacían a uno sentirse anónimo: nadie tenía el deseo de meterse en los asuntos del prójimo y era fácil desaparecer entre la multitud. Al menos, eso pensaba…

–¿No es esa chica la abogada del otro día?

–Sí –se había dado cuenta de su presencia desde el momento en que apareció con un variopinto grupo de amigos.

–Le quedan muy bien los vaqueros –observó Marty.

–Estoy seguro de que a Chrissy le encantaría saber que te has dado cuenta.

–Que esté casado no quiere decir que esté ciego.

Sin el traje de chaqueta estaba diferente. Sus vaqueros ajustados y la blusa de cuello redondo que resaltaba la estrechez de su cintura, la blancura de su piel y el abultamiento de sus senos, hicieron que le resultara difícil ignorar su presencia. Si hubiera pensado que había una remota posibilidad de que sus caminos volvieran a encontrarse, nunca habría aceptado la habitual invitación a una cerveza y una partida de billar que Marty solía hacerle los viernes y que les llevaba al bar más cercano a la obra de restauración en el West Village en la que estaban trabajando. Pero ya era demasiado tarde. Se inclinó para preparar el tiro pero no pudo evitar que la mirada se le fuese hacia los muslos femeninos que, enfundados en unos vaqueros, acababan de hacer su aparición al otro lado de la mesa.

–Caballeros…

Ahí estaba. Tras introducir una bola en la tronera que quedaba junto a ella, se enderezó y apoyó el extremo del taco en el suelo rodeándolo con los dedos al tiempo que la miraba.

Los bares de billar americano habían sido una vez el dominio exclusivo de hombres que fumaban puros, bebían cerveza, gruñían y escupían tabaco en el suelo; de jóvenes que faltaban a la escuela para agrupar bolas dentro de un triángulo y aprender los rudimentos del timo y la granujería. Eran los clubes de caballeros de los pobres, cerrados a la presencia femenina.

Blake no pudo evitar pensar que habría sido mejor para Olivia Brannigan que las cosas hubieran seguido como antes. Porque en el momento en que la miró experimentó la misma sensación que la primera vez: las puntas de sus dedos ardieron en deseos de hundirse en la lisa melena rubia y desordenarla hasta que pareciera que acababa de vivir una sesión de sexo caliente, sudoroso y mutuamente gratificante que dudaba que hubiera experimentado alguna vez. Tuvo ganas de recorrer sus labios carnosos con el pulgar y borrar todo rastro de carmín antes de besarla en la boca, de agarrarla por la espalda y hacer que sus cuerpos se convirtieran en uno solo…

–¿Así que quiere jugar?

–Eso parece.

Un breve destello en los ojos azules de Olivia le hizo pensar que le gustaban los desafíos. Y el hecho de que su voz hubiera adoptado un tono sensual no le pasó desapercibido.

–¿Cree que estará a la altura?

–Tendremos que averiguarlo, ¿no cree?

Desafío aceptado.

–Prepara las bolas, Marty.

Mientras Marty le pasaba su taco y comenzaba a sacar bolas de las troneras, Blake rodeó la mesa para hacerle una advertencia en voz baja.

–Si ha venido para hablar de mi suerte en cuestión de herencias, puede irse olvidando.

–No sé usted –replicó ella con lucidez–, pero yo terminé mi jornada laboral hace exactamente una hora y diez minutos.

–Usted es el tipo de chica que nunca deja de trabajar.

–Quizá no me conozca tan bien como cree.

–¿Quiere eso decir que debería conocerla mejor?

–La mesa está lista –dijo Marty.

Blake extendió un brazo.

–Las damas primero.

Todas las ciudades contaban con salas de billar, por lo que estas habían sido una de las pocas constantes en la vida de Blake. Sabía que en el billar todo era cuestión de física. Observando a hombres que llevaban toda la vida jugando aprendió que todo se reducía a los ángulos, a la acción y la reacción, a saber cuándo ejercer algo de fuerza y cuándo obrar con delicadeza. Había aprendido valiosas lecciones vitales jugando al billar. Ver a Olivia Brannigan en acción resultó ser algo completamente diferente: una cuestión más de química que de física.

Independientemente del lado de la mesa desde el que jugara, ofrecía una vista que cualquier macho de sangre caliente sería capaz de apreciar. Inclinada sobre el taco dejaba ver un indicio de ropa interior que recordaba a una manzana en el jardín del Edén. De perfil, mostraba el arco de la espalda, la dulce curva de su trasero y unas piernas que, de no ser por el suelo, habrían sido infinitas. Como macho de sangre caliente que era, su cuerpo reaccionó de manera comprensible. Inoportuna, teniendo en cuenta lo que Olivia representaba, pero comprensible.

Ella se enderezó y cruzó miradas con él mientras rodeaba la mesa esbozando una leve sonrisa. A continuación, se inclinó para preparar

el tiro siguiente, balanceando suavemente las caderas de un lado a otro.

–Muy buena –dijo Marty apreciativamente mientras una bola entraba de rebote en la tronera.

Blake asintió en silencio, aunque no estaba pensando en sus habilidades con el taco.

–¿Está tratando de timarme, Liv?

–Me llamo Olivia –le informó ella–. Y, si quisiera timarle, ¿no tendría más sentido hacerme pasar por una mala jugadora antes de apostar?

–¿Así que ha venido simplemente a echarse una partidita con los chicos?

–¿Acaso es ilegal?

–Usted es la abogada.

–Sé que no lo es en el estado de Nueva York –dijo inclinándose–. Pero tendría que consultar las leyes de Canadá.

Otra bola desapareció de la mesa y ella se enderezó esbozando una sonrisa de satisfacción.

–No voy a hablar del testamento.

–No se lo he pedido.

–Iba a hacerlo.

–¿Es usted adivina? –sus ojos resplandecieron, guasones–. ¿No sabrá los números ganadores de la lotería de la semana que viene, no?

–No los necesita.

–¿Sabe que si quisiera podría solicitar una orden de detención contra todos los empleados del bufete?

–Sería una lista bastante larga.

–Sé quiénes encabezan esa lista.

Ella volvió a inclinarse sobre el taco y alzó la mirada brevemente en un gesto que podría calificarse de dubitativo.

–No sabía que lo encontraría aquí, si es eso lo que sugiere –dijo en tono neutro.

A él no le pareció difícil de creer. ¿Cómo iba a saberlo ella si ni siquiera él mismo lo había sabido hasta hacía poco menos de una hora? Nunca sabía lo que haría la semana siguiente: así era su trabajo, así era su vida.

Se oyó un agudo chasquido y otra de las bolas desapareció de la mesa.

–Pero, ya que estamos aquí, podríamos charlar del problema, si me dice cuál es.

–Podríamos... –él se inclinó al tiempo que ella se enderezaba–. Si no fuera porque no quiero hablar de ello, como ya le he dicho.

–Usted sacó el tema.

–Es una pena que no esté en horas de trabajo, ¿no cree?

Ella suspiró.

–Es una cantidad de dinero demasiado grande como para ignorarla.

Eso sería verdad si el dinero le importara tanto como ella creía. Se preguntó qué pensaría ella si supiera que, si de él dependiera, preferiría que desapareciera hasta el último céntimo. No quería ser responsable de miles de vidas.

–Sé que la perspectiva de dirigir una empresa tan grande intimida, pero algunos empleados llevan décadas en la empresa...

¿Estaba intentando hacerle sentir culpable otra vez? La miró por el rabillo del ojo y vio que ella esbozaba una leve sonrisa al tiempo que añadía:

–Y podrían dirigirla por usted.

–¿Cree que estoy evitándolo porque me supera la idea de pasar de carpintero a consejero delegado?

–Yo no he dicho eso.

Acomodando el taco en la parte interior del codo, Blake se cruzó de brazos.

–¿Qué va a hacer ahora? ¿Darme una charla ilustrada con gráficos? ¿Ayudarme a escoger un traje para la oficina? ¿Llevarme de la mano a jugar con los mayores? –entrecerró los ojos y sonrió, tenso–. No crea que no me doy cuenta de lo que pretende.

–Solo intento ayudar.

–¿Insultando mi inteligencia? No va por buen camino.

Se dirigió al bar, levantó su botella y se la llevó a la boca. Vio por el espejo que ella lo seguía.

–No pretendía insultarle –dijo con ese tono sensual que le recorría el cuerpo desde el oído directamente hasta la ingle–. No sería la mejor manera de iniciar una relación profesional, ¿no cree?

¿Una relación profesional?

–Realmente, no es asunto mío el porqué quiere darle la espalda a billones de dólares. Pero, como le he dicho, la responsabilidad está ahí. Los miembros de la junta directiva tienen las manos atadas. Usted tiene el control de la empresa y ellos no pueden hacer nada sin su consentimiento. Así es como lo quiso su padre.

Aquella mujer no sabía cuándo parar.

–Sé que todavía está afligido y que lo último que quiere en estos momentos es...

¿Afligido? Blake soltó una carcajada sarcástica al tiempo que estampaba la botella contra la barra. Se volvió hacia ella, furioso.

–Señorita, usted no tiene ni idea de...

–Blake –Marty le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo. Su voz, serena y firme como una roca, era la misma que utilizaba años atrás cuando Blake se enfrentaba a tipos que le doblaban en estatura. Era la maldición del niño nuevo, y Blake siempre había sido el niño nuevo en todas partes...

Blake hizo un gesto de asentimiento y Marty se apartó. Vio que Olivia lo miraba con una mezcla de desconfianza y curiosidad, pero sin miedo, y la respetó por ello. Parecía una mujer que sabía defenderse. Las posibilidades que eso ofrecía excitaron su libido. Las mujeres fuertes dispuestas a enfrentarse a él tanto fuera como dentro del dormitorio, preferiblemente sin ataduras emocionales, le gustaban.

–Es usted increíblemente pesada, pero no se merecía esa reacción.

Ella alzó una ceja.

–¿Es eso una disculpa?

–Lo más cerca que va a estar de recibir una. Yo que usted me conformaría.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y le espetó:

–¿Sabe cómo podría compensarme?

Aquello no tenía visos de ir a gustarle.

–¿Conoce la Fundación Warren? Se ha organizado un acto benéfico para dentro de un par de semanas. Si usted se pasara por allí, aunque fuera solo un par de horas, puede que la gente se animara a apoquinar un poco más para impresionar al nuevo propietario de la compañía –se encogió de hombros, como si no le importara que apareciera o no–. Además de contribuir a una buena causa, conocería a algunos de sus empleados en un entorno informal.

–Es usted de esas personas que telefonean a un tipo en mitad de la noche para decirle que está sonando su teléfono, ¿no?

Ella le mantuvo la mirada y Blake se preguntó si alguna vez bajaría la guardia. ¿Hasta dónde estaría dispuesta Olivia Brannigan para conseguir lo que quería? Descubrirlo le resultaba tentador.

–Tendrá lugar en el hotel Empire –añadió como si él ya hubiera accedido, recorriendo su cuerpo de arriba abajo con la mirada.

Blake frunció las cejas al notar la reacción que aquella caricia invisible había provocado en él.

–Lo pensaré.

–Es una ocasión formal. Necesitará un esmoquin.

–He dicho que lo pensaré. Y, mientras lo hago, le recomiendo que piense bien dónde se está metiendo.

–¿Qué quiere decir?

Él se acercó y le alzó la barbilla. Percibió un destello en sus ojos

que desapareció bajo un rápido parpadeo de sus largas pestañas. A menos que se equivocara, cosa que dudaba, ella sabía exactamente lo que se hacía. Pensaba que controlaba la situación y que podía usar sus encantos sexuales para conseguir su objetivo. Esto último le parecía bien, pero, si quería retarle a algo más que una simple partida de billar, tendría que entender primero un par de cosas.

–Quiero decir que si quiere jugar, más le vale estar preparada para elevar la apuesta. Así que piense bien lo que quiere jugarse, preciosa, porque me lo pienso cobrar. Creo que sabe a qué me refiero exactamente.

La manera en que entornó los ojos le indicó que había captado el mensaje y que estaba dispuesta a jugar. Blake sonrió con indolencia. Por el momento, era suficiente.

Atravesó la abarrotada sala sin mirar atrás, abrió la puerta y salió al exterior, donde fue recibido por un aire opresivamente húmedo. Recorrió la acera de arriba abajo mientras esperaba a Marty. Quizá debería tomar el toro por los cuernos. Cuanto antes se deshiciera de las propiedades y las acciones y las transfiriera a aquellos que las querían, antes podría pasar página y seguir con su vida. Sería más constructivo que esperar a sufrir por la pérdida de su padre, especialmente porque la ausencia de dolor le hacía sentir como un insensible hijo de...

¿Acaso no debería sentir algo? Buscó en el rincón oscuro en el que guardaba sus recuerdos del pasado y no encontró nada. Absolutamente nada. Eso debería hacerle sentir culpable, pero no. Seguía sin sentir nada. Era como si una parte de él se hubiera perdido. Cuando la puerta volvió a abrirse, tomó una decisión repentina.

–¿Crees que podrías hacerte cargo de la cuadrilla?

–Claro. Haz lo que tengas que hacer, Anders.

No le daría más vueltas. Pero mientras caminaban hacia la estación de metro le asaltó un pensamiento que le hizo sonreír. No había razón para no divertirse por el camino. Que no se dijera que no era capaz de realizar más de una tarea a la vez. La vida de Olivia Brannigan estaba a punto de volverse interesante.

Capítulo 2

–Recuerda que no puedes matar a un cliente.

¿Qué era eso de prepararse para elevar la apuesta y cobrársela? ¿Quién se pensaba que era? Olivia se rio despectivamente para sí, pero, en el fondo, no se engañaba. Nunca había sido capaz de resistirse a una lucha de poder.

–Cliente potencial –corrigió ella colocando el móvil entre la oreja y el hombro para sacar algo de su maletín–. Y, ahora mismo, no creo que pueda trabajar con ese tipo. Es...

–¿Pecaminosamente sexy? –preguntó Jo en un tono que sugería que estaba haciendo batir sus pestañas.

–Eso no ayuda.

Olivia consultó la dirección apuntada en el trozo de papel y miró el número que había sobre la puerta. Tener que recorrer el puente de Brooklyn en pleno mediodía, con tacones, para llevar unos papeles que él había exigido inmediatamente era una cosa. Podía lidiar con clientes difíciles. Pero sentir una salvaje atracción sexual por un hombre con el que podría tener que verse a diario era otra muy distinta.

–¿Sabes lo que ayudaría? –preguntó Jo.

–No voy a acostarme con él –contestó Olivia con firmeza–. Es un cliente.

–Un cliente potencial, y no me digas que no se te había pasado por la cabeza.

No podía jurarlo. Su imaginación estaba teniendo un día muy activo.

El número de la puerta coincidía con el del papel.

–Ya he llegado. Lo siento, pero te tengo que dejar.

–Ay, llámame para contármelo todo con pelos y señales. Quiero todos los detalles: lo que lleva puesto, lo que dice. ¡No omitas nada!

Olivia sonrió.

–Tengo que colgar.

Guardó el móvil en el bolsillo delantero de su maletín, se abotonó la chaqueta y se detuvo junto a una ventana para inspeccionar su aspecto. Del piso de arriba provenía una música estridente y el vestíbulo estaba lleno de escombros. Olivia suspiró.

Las habitaciones de abajo estaban vacías, pero en el primer piso el agudo chirrido de una herramienta eléctrica la guió a una de las habitaciones.

–¿Sabe dónde puedo encontrar a Blake Clayton?

El hombre señaló el piso de arriba antes de continuar con su trabajo.

En el segundo piso se encontró con un hombre semidesnudo en pantalones cortos.

–¿Blake Clayton?

–En el piso de arriba.

No podía ser de otra manera. Al tratar de pasar por debajo de una escalera se rozó con una pared y siguió subiendo mientras comprobaba que la chaqueta no había sufrido ningún daño.

–¡Cuidado! –dos manos la tomaron por los codos cuando estaba a punto de tropezar en un trozo de tarima suelto.

Mirando con disgusto las huellas polvorientas que el hombre semidesnudo número dos le había dejado en las mangas, se obligó a sonreír.

–Soy Olivia Brannigan, de Wagner, Liebstrahm, Barker y DeLuise. Me pregunto si…

–Debería imprimir esa ristra de apellidos en una camiseta –oyó que decía una voz que venía del piso de arriba. Una voz ronca que le provocó un escalofrío–. Se ahorraría mucho tiempo a la hora de las presentaciones.

Ella alzó la vista y lo vio apoyado indolentemente sobre el pasamanos de la escalera. ¿Era posible que estuviera aún más guapo que la última vez? Él se dio la vuelta y desapareció antes de que Olivia pudiera abrir la boca, obligándola a subir las escaleras y a mirar detrás de varias puertas hasta dar con él.

–He traído los papeles que solicitó. Es una lista de sus activos y propiedades personales.

–Si los hubiera solicitado yo, sabría lo que contienen, ¿no cree?

–¿Es que no los ha pedido? –ella no estaba en el despacho cuando recibieron la llamada, pero Carrie, la chica de recepción, solía tomar bien los mensajes.

–¿Está acosándome otra vez?

–Yo nunca le he acosado.

–Algunos hombres se sentirían halagados.

–No creo que su ego necesite halagos.

Esperó que él no hubiera oído esto último, pero la manera en que sus labios se curvaron le indicó lo contrario.

Buscó una superficie en la que dejar la carpeta y, al hacerlo, su

mirada recayó sobre una pesada cama cuyo cabecero tenía talladas ramas, hojas y unas aves y ardillas increíblemente realistas. Era una auténtica obra de arte.

–¿Lo ha hecho usted? –preguntó señalando la cama.

–¿Forma parte de su plan mostrar interés en lo que hago?

–¿Es usted así de crítico con todo el mundo o soy la única que merece esa especial atención?

–Si quiere que le dedique una especial atención, no tiene más que pedirlo, preciosa.

Olivia meneó la cabeza, preguntándose por qué le sorprendía que él fuera tan bueno con sus manos y la reacción que esto provocaba en ella.

–Puede dejar la carpeta.

¿Estaba deshaciéndose de ella después de haberle hecho atravesar la ciudad bajo un calor abrasador? Pues antes iban a tener que aclarar un par de cosas.

–Señor Clayton.

–Puede llamarme Blake.

–Si voy a trabajar con usted...

–Umm... Usted no va a trabajar «conmigo». Si la contrato, trabajará «para» mí.

Eso era técnicamente cierto, pero a ella le gustaba discutir los detalles técnicos.

–A mí me emplea Wagner...

–Considere seriamente lo de la camiseta.

–Son ellos los que me pagan.

–Y Warren Enterprises les paga a ellos. Y, teniendo en cuenta que acabo de recibir las llaves del reino, eso significa que yo le pago a usted. Así que espero que esté a mi entera disposición día y noche y que acuda corriendo siempre que la llame.

Haciendo gala del comportamiento profesional que se espera de una empleada de uno de los bufetes más reputados de Manhattan, Olivia se prohibió a sí misma pensar en las ilimitadas posibilidades que ofrecía el estar a su entera disposición día y noche.

Olivia entornó los ojos.

–No me pagan lo suficiente para ese tipo de servicio. Soy buena en lo que hago, señor Clayton, por eso estoy aquí. Puedo trabajar con usted, mirar por el interés de Warren Enterprises y ayudarle a acomodarse sin problemas a su nuevo puesto como director de la compañía. Pero no voy a llevarle el café, ni a ponerme en acción al oír el chasquido de sus dedos –atravesó la habitación y dejó la carpeta junto a él–. Ah, y no soy una mensajera.

Había recorrido la mitad del camino que la separaba de la puerta, cuando oyó unos lentos aplausos.

–¿Venía practicando el discursito por el camino?

Olivia continuó andando mientras las palabras «homicidio justificado» flotaban en su mente. Estaba a punto de alcanzar la puerta cuando una mano grande la tomó por el codo, sobresaltándola. Se dio la vuelta. Estaba a punto de demostrar a qué se había dedicado en una vida anterior cuando se dio cuenta de dónde estaba y quién era él. Horrorizada al pensar en lo que podría haber hecho, dio un paso atrás, chocándose con el marco de la puerta.

–Por favor, dígame que no acababa de pintar el marco de la puerta –rogó con los ojos cerrados. Cuando los abrió, se encontró con que él había colocado una de sus manos sobre el marco detrás de su cuello. Antes de que pudiera hallar una vía de escape, él depositó la otra mano en la pared, junto a su cintura. No tenía escapatoria, a menos que quisiera hacerle daño.

–Bonito discurso –comentó él.

–He hablado muy en serio –dijo ella elevando la barbilla y tratando desesperadamente de ignorar el sordo palpitar de su corazón. Debería estar prohibido que un hombre fuera tan guapo. Respiró hondo y contuvo un gemido. Y también que oliera tan bien. Sintió un ligero mareo. Le vendría bien respirar un aire que no estuviera cargado de testosterona. La mirada se le fue a esos labios carnosos que tanto la atraían. Deseó besarlos, lamerlos, chuparlos e incluso mordisquearlos. ¿Desde cuándo estaba tan frustrada sexualmente? Trató de recordar la última vez que había tenido una cita con posibilidades de terminar en la cama. ¡Qué deprimente!

–Si no va a tomarse en serio sus obligaciones, tendré que buscar otra abogada.

–Le advierto que no debería subestimarme –no bromeaba. Gracias a su antigua profesión, habría sido capaz de dejarlo KO en el suelo en menos de diez segundos–. Me asignaron las cuentas de Warren desde que empecé a trabajar en el bufete, y conozco la empresa como la palma de mi mano. No encontrará a nadie más cualificado.

Él frunció el ceño.

–¿Trabajó para Charlie?

–Lo conocí –suavizó un poco el tono ante la mención del padre fallecido–. Pero no trabajé con él.

–Para él –corrigió Blake.

–Con él –argumentó ella–. Así es como hacemos las cosas en el bufete: trabajamos con nuestros clientes. Establecemos relaciones a largo plazo basadas en la confianza mutua y objetivos comunes.

–No tengo pensado contraer matrimonio, preciosa. Busco a alguien que cumpla mis órdenes en el momento en que las doy. ¿Le supone algún problema?

–Y, si usted me dice que salte, yo tengo que preguntarle «¿hasta dónde?».

–Exactamente.

So-bre su ca-dá-ver.

Él bajó la cabeza y ella contuvo el aliento. ¿Cómo era posible aborrecerlo y desearlo tanto al mismo tiempo? Quizá eran las altas temperaturas... Se dice que la gente hace cosas extrañas cuando hay una ola de calor. Olivia deseó ser como una de esas chicas que se escudan detrás de una excusa cuando cometen una tontería.

–¿Qué pasa, Liv? –preguntó en un tono terriblemente sensual–. ¿No se le da bien acatar órdenes?

–Depende de cómo sean –replicó ella en el mismo tono–. No pienso hacer nada ilegal.

–Si no me equivoco, una gran parte de su trabajo consiste en asegurarse de que yo tampoco.

–Los líos en los que se meta en su vida personal no son asunto mío.

–Tendré eso en cuenta cuando me permitan hacer solo una llamada.

Aquel hombre no tenía vergüenza. Criada en la disciplina y la estricta obediencia a la ley, Olivia nunca se había considerado el tipo de mujer que se sentía atraída por los chicos malos, pero por lo visto había estado equivocada.

–Bueno, entonces, ¿qué hacemos? –preguntó él–. ¿Hemos llegado a un acuerdo?

–No voy a salir corriendo cuando usted lo diga. No me importa trabajar horas extra, pero no podrá llamarme en mitad de la noche. Hay límites que no pienso cruzar.

–¿Como mezclar el trabajo con el placer? ¿Tiene alguna norma al respecto?

Pues sí, sí las tenía. A Olivia le encantaban las normas, por eso le gustaban tanto las leyes. Una serie de normas que todos tuvieran que cumplir y que protegieran a todos. Un campo de juego igualado con los límites bien establecidos que evitaran que ella se saliera de las líneas, como desgraciadamente había hecho en el pasado.

–Sí –replicó.

–¡Menuda sorpresa! –exclamó meneando la cabeza–. Pero sigue sin captar lo que quiero decir. No estoy cuestionando su capacidad. Si le han pedido que se encargue de esto, es porque puede.

–¿Entonces?

–Le explico cómo van a funcionar las cosas, preciosa. Usted solo me asesorará jurídicamente, y no cuestionará mis decisiones a menos que corra el riesgo de que me demanden o me lleven a juicio. En nuestro acuerdo no hay primera enmienda a la libertad de expresión. ¿Está claro?

Olivia parpadeó sorprendida al notar que la mujer que llevaba dentro ronroneaba como un gato recién comido. De pronto comprendió por qué Charles Warren lo había designado su heredero. No parecía un hombre que eludiera la responsabilidad de un legado recibido en herencia, sino un hombre dispuesto a hacerse cargo y más que capacitado para ello. Era exactamente como lo había descrito Jo: pecaminosamente sexy. ¿Quién era ese hombre? Lo miró más de cerca. Paseó su curiosa mirada por su rostro, absorbiendo cada detalle, desde las arrugas alrededor de sus ojos oscuros, que sugerían que reía más a menudo de lo que había demostrado hasta entonces, hasta la pequeña cicatriz de su barbilla que sus dedos estaban deseando acariciar.

–Liv –su voz profunda sonó ligeramente amenazadora, lo cual le hizo alzar la mirada–. ¿Está claro?

Vale. Momento de negociación. Había que centrarse.

–No quiero llamadas en mitad de la noche –insistió ella.

Hizo unos cálculos rápidos. Sueños nocturnos más esa voz al otro lado de la línea, multiplicado por la ola de calor que no parecía acabar nunca, igual a desastre total.

–No a menos que se trate de algo para lo que necesito una respuesta inmediata –convino.

–Si grita esperando que acuda corriendo, le mandaré al infierno.

–Lo tendré en cuenta.

Olivia asintió con firmeza.

–Entonces, está todo claro.

–Bien. Quiero ocuparme primero de mis activos personales. Mañana le echaremos un vistazo a las propiedades que aparecen en la lista que ha traído.

Entonces, sin previo aviso, le retiró un mechón de pelo del cuello con el dedo pulgar. El leve contacto con la piel rugosa por el trabajo manual la hizo estremecer.

–Ahora que hemos llegado a un principio de acuerdo –dijo en tono seductor–, creo que deberíamos hablar de esa norma suya...

¿Qué norma? ¿Tenía normas?

Blake observó el movimiento de sus dedos al tiempo que inclinaba la cabeza.

–¿Cómo de estricta es?

Ay, aquello iba por mal camino. Muy mal camino. Pero qué gustito daba...

Conteniendo el aliento, Olivia sintió que la mano que estaba apoyada sobre la pared comenzaba a deslizarse hacia su cintura y que los dedos que rozaban su cuello se deslizaban hacia su nuca.

–Blake...

La voz le salió pastosa, en un tono que parecía decir «para» y «no te pares» al mismo tiempo.

Él deslizó la punta del pulgar por su mandíbula mirándola a los ojos, y una leve sonrisa comenzó a curvar sus labios.

–Eso es un paso en la dirección correcta.

–¿El qué?

–Que me haya llamado por mi nombre de pila. Es la primera vez que lo hace. Dígalo otra vez –le exigió, ampliando su sonrisa–. La práctica hace al maestro.

El destello de diversión en sus ojos le hizo recobrar bruscamente la razón. ¿Pero qué estaba haciendo? Él no se estaba dejando llevar como ella... Al contrario, sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Lo que era peor aún, sabía lo que le estaba haciendo a ella. Nunca en su vida había tenido tantas ganas de seguirle el juego a alguien. Pero sabía que al hacerlo le estaría dando precisamente lo que él quería...

Olivia se echó hacia atrás y, luchando contra su deseo, enumeró para sí una lista de movimientos defensivos que podía llevar a cabo sin provocar daños duraderos. Poco importaba que él fuera más grande y más fuerte que ella: la habían entrenado para ello. Primer paso: advertencia verbal.

Abrió la boca, y contuvo el aliento.

–Oye, Anders, vamos a la cafetería –gritó una voz que le hizo darse cuenta de que la música había dejado de sonar–. ¿Vienes?

–Ahora voy –respondió él dando un paso atrás.

Olivia soltó el aire con la frente arrugada. No podía irse; todavía no habían terminado.

–Continuaremos mañana a las nueve; la primera tarea de su lista.

Para su gran sorpresa y superior irritación, él esbozó una amplia sonrisa y le guiñó un ojo antes de soltar:

–Traeré mi propio café.

Olivia, que se había quedado sin palabras, salió disparada tras él.

–Señor Clayton.

–Ah, ¿hemos vuelto a las formalidades?

–Nuestra relación es estrictamente profesional.

–No recuerdo haber firmado nada al respecto.

–Hay líneas que no estoy dispuesta a cruzar.

–Compruebo que le falta espíritu aventurero.

–Esto no tiene nada que ver con mi espíritu aventurero –bajó el primer tramo de escaleras tras él–. Tengo la sensación de que usted cree que yo...

–¿Se siente atraída por mí?

–¡No lo estoy!

Contuvo el aliento cuando él se giró bruscamente y se encontró mirándolo a los ojos, a un palmo de distancia.

Él se llevó las manos a las caderas e hizo un firme movimiento afirmativo con la cabeza.

–Añada «no mentir al jefe» a la lista.

–No estaba mint...

–Sí lo estaba.

Bueno, sí. ¿Pero cómo podía saberlo él? ¿Acaso la creía incapaz de mirarle a sus increíbles e insondables ojos y ocultar sus deseos y pensamientos? ¿Cómo creía que los abogados negociaban con sus compañeros de gremio?

Ella alzó la barbilla.

–No es usted el primer cliente difícil con el que he trabajado, señor Clayton.

–Es Blake. Y, querrá usted decir, para quien ha trabajado.

–¿Le funciona esta táctica con otras mujeres? –la pregunta salió de su boca antes de que pudiera detenerla.

–¿No está funcionando con usted?

–No.

–¿Está segura?

Puaj, era insoportable.

Él hizo una mueca burlona con los labios y dejó caer las manos sobre los costados.

–¿Quiere comer algo antes de volver al trabajo?

–No –titubeó ella, antes de añadir educadamente–. Gracias.

–Entonces, hasta mañana –él volvió a sonreír antes de girarse–. Intente no echarme demasiado de menos.

Oliva sacudió la cabeza mientras él trotaba escaleras abajo. Aquel hombre era increíble. Pero, si se creía en control de la situación, estaba muy equivocado. Ella era más que capaz de mantener el decoro profesional en circunstancias difíciles. No pensaba arruinar dos carreras en una sola década. Así que su política a partir de entonces iba a ser mantener las distancias. Ni incitarle verbalmente, ni morder el anzuelo, aunque tuviera, a cambio, que morderse la lengua. Y que no pensara en acercarse lo suficiente como para hacerle perder el sentido, por muy bien que se le diera... No, no podía permitir que

aquello volviera a suceder. Continuó bajando las escaleras fantaseando con la idea de que ella tuviera en él el mismo efecto que él tenía sobre ella. Se aprovecharía de él, le excitaría hasta hacerle rogar…

Respiró hondo y soltó el aire con fuerza. De camino a la oficina, se dedicó a buscar lagunas en sus estúpidas normas. Las mujeres como ella no mantenían relaciones sexuales ardientes y sin compromiso con hombres como él, por muy tentador que fuera.

Aunque fuera muy, pero que muy tentador.

Capítulo 3

Blake deambuló por el amplio espacio, una de las últimas adquisiciones de Charles Warren. La vista de las exuberantes copas de los árboles de Central Park, los ondulantes céspedes y los estanques llenos de patos en contraste con el horizonte de Manhattan era verdaderamente espectacular. ¿Pero se veía viviendo allí? La verdad era que no.

–Es increíble, ¿no cree?

Olivia lo seguía con una carpeta apoyada contra el pecho y el mismo entusiasmo del agente inmobiliario deseoso de cerrar una venta.

–Increíble es una palabra para describirlo –se giró hacia ella con las manos en los bolsillos de los vaqueros–. Pero un poco excesivo, ¿no le parece?

Todo en aquel lugar le parecía excesivo desde que llegaron a los escalones cubiertos con moqueta roja de uno de los hoteles más prestigiosos y emblemáticos de Nueva York. Un portero con librea se tocó la punta del sombrero mientras ellos traspasaban las puertas giratorias.

El director del hotel, que los esperaba en el vestíbulo, estrechó la mano de Blake, y con su actitud servil dejó claro que estaba a su disposición para lo que fuera. Hasta unas limpiadoras, vestidas a la manera tradicional, desaparecieron como por arte de magia cuando se abrieron las puertas del apartamento del ático. Blake estaba odiando cada momento.

Aun estando dentro de un apartamento de tres plantas, posiblemente uno de los más grandes de Manhattan, sintió claustrofobia.

–Es... opulento –opinó ella tras pensarlo un poco.

–Opulento es otra palabra para describirlo.

Mirando los largos sofás colocados en ángulos rectos en torno a una gigantesca estufa de leña, se sacó las manos de los bolsillos, tomó asiento y estiró los brazos sobre los cojines del respaldo. Puso los pies encima de la mesita baja y vio cómo Olivia fruncía el ceño con desaprobación.

–Podría decorarlo de otra manera.

–¿Qué cambiaría usted?
–El apartamento no es mío.
–Imagínese que lo fuera...
Ella lo miró fugazmente antes de apartar la vista, algo que hacía mucho últimamente. En el ascensor se situaban en lados opuestos, caminaban a más de medio metro de distancia, ella se apartaba sutilmente si él trataba de acercarse... Blake había notado todos esos detalles; algunos de los cuales le divertían y otros le fastidiaban.
–Me temo que eso cae fuera de mis capacidades profesionales –replicó paseando la vista por la sala.
–Sígame la corriente.
–Tampoco entra en la descripción de mi puesto –repuso ella sonriendo con amabilidad.
–Odia infringir las normas, ¿no?
–Son sus normas, no las mías.
Blake pensó que había estado bastante dispuesta a infringir las normas cuando él estuvo a punto de besarla. Pero, como recordar aquello tenía efectos indeseados en su cuerpo, retiró los pies de la mesa y se incorporó.
–Vayamos a ver los dormitorios.
–Le espero aquí.
–Donde voy yo, va usted.
En la segunda planta, ella caminó a más distancia de él que cuando visitaron la enorme cocina de encimeras de mármol negro o cuando pasaron por los grandes ventanales orientados a la fuente y las plantas del patio interior. Permaneció en silencio mientras Blake abría aleatoriamente puertas que daban a dormitorios decadentes y a cuartos de baño recubiertos de mosaicos. Todas las habitaciones contaban con una araña de luces, pegara o no.
Al llegar al dormitorio principal se les hundieron los pies en la tupida moqueta. Él se dirigió hacia una cama de proporciones gigantescas, se sentó en el borde y rebotó unas cuantas veces antes de mirar en dirección a Olivia, que lo observaba con cautela desde la puerta.
–Tome asiento –dijo dando unos golpecitos en la colcha–. Si tenemos suerte, a lo mejor vemos un camello antes de que regresen las mujeres del harén.
–No está tan mal.
Él aguardó, sosteniéndole la mirada.
–Está bien –admitió ella con desgana–. Puede que sea un poco excesivo.
Impaciente, él se dirigió hacia las ventanas.

–Recuérdeme cuántas propiedades poseo en Manhattan.
–Quince.
–¿En cuánto está valorada esta?
–En cincuenta y tres millones, céntimo arriba, céntimo abajo.
Él alzó una ceja con incredulidad y a ella se le escapó una sonrisa. Debería sonreír más, pensó él volviendo a mirar por la ventana. Vio en el reflejo del cristal que ella lo estaba observando. Su sonrisa se había desvanecido y lo miraba de arriba abajo mordiéndose el labio. Pensó que eso de que no se sentía atraída hacia él no era más que un farol.
–Véndalo –dijo él con firmeza–. También había un jet privado en la lista, ¿no?
–Hay tres –replicó ella con resignación–. Déjeme adivinar, también quiere venderlos.
–Explíqueme para qué necesito tres jets privados.
–Los altos ejecutivos los usan para...
–¿Para entrar en el Club de las Alturas? Es comprensible; los aseos de los aviones comerciales resultan un poco apretados para según qué cosas.
Ella suspiró.
–Ve con mucho cinismo a la gente con dinero. ¿No le va a suponer un problema cuando se mire al espejo?
–¿Es eso una opinión?
Ella frunció los labios y respiró hondo, tratando de armarse de paciencia.
–No sé por qué estamos visitando estas propiedades si va a venderlo todo.
–Y ahora cuestiona mis decisiones...
–Está bien. Hablamos de ocho propiedades y tres aviones privados, lo que asciende a una suma de cien millones de dólares aproximadamente.
Resistiéndose a darle la enhorabuena, abrió la carpeta, escribió algo y volvió a cerrarla antes de salir de la habitación. Él la siguió hasta el vestíbulo; se sentía de muy buen humor.
–Posponga de momento la venta del avión. Aparte de las posibilidades que ofrece para el Club de las Alturas, podríamos necesitarlo para ir a ver las propiedades en el extranjero.
Ella se giró para mirarlo.
–Nunca mencionó los viajes al extranjero.
–¿Es que le ha caducado el pasaporte?
–Esa no es la cuestión. No puedo dejarlo todo y recorrer el mundo con usted solo para que pueda echar un vistazo de cinco minutos a las propiedades que piensa vender.

–¿Quién dice que vaya a venderlas?
–¿No es ese su plan?
–Depende.
–¿De qué? ¿De si parecen algo sacado del mercadillo de un zar?
A él se le curvaron las comisuras de los labios.
–Eso quiere decir que piensa que son algo más que excesivas. ¿Podría vivir aquí?
–No –reconoció ella con desgana.
–¿Y qué haría con este apartamento?
–Vendérselo a alguien que sí pudiera –contuvo el aliento durante unos instantes y lo miró con el rabillo del ojo–. ¿De verdad quiere ir a ver cada una de sus propiedades, independientemente de dónde estén?
–Puede que sí.
–¿Tiene usted idea de cuántas están en el extranjero? Tardaría semanas en visitar todos esos países.
–¿Tenemos una agenda apretada?
–¿A usted qué le parece? –repuso ella.
Él agarró la carpeta entre los dedos índice y pulgar rozándole accidentalmente la piel entre las solapas de la chaqueta. Olivia contuvo el aliento y, soltando la carpeta, levantó la barbilla, desafiante.
Aquella mujer lo miraba de una manera extraña: como si pudiera dejarlo KO con muy poco esfuerzo. Algo excitante para un hombre que sentía preferencia por las mujeres fuertes, con confianza en sí mismas, que sabían lo que querían en el dormitorio y no se cortaban a la hora de exigirlo. Pensó que podría ser bastante complaciente con esto último.
–¿Me puede explicar cuál es el verdadero problema? –preguntó él abriendo la carpeta y fingiendo leer su contenido.
–¿Qué quiere decir?
–Una de dos: o le disgusta la idea de hacer un viaje por el mundo con todos los gastos pagados, lo cual no me parece muy probable, o bien lo que le disgusta es la idea de hacerlo conmigo –cerró la carpeta y añadió en voz baja–: ¿Le preocupa que pasar más tiempo conmigo le lleve a romper la norma de no mezclar los negocios con el placer?
–No.
–¿No? –la desafió.
–Esa regla existe por una razón –dijo ella, tensa.
–¿Tuvo un romance en la oficina que acabó mal?
–Eso no es asunto suyo.
–¿Estaba casado?
–Es usted el hombre más...

–Eso me han dicho.
–¿De verdad no le importa lo que piense la gente?
–¿Por qué debería de importarme?
–Porque la actitud que proyectamos influye en la manera en la que nos tratan los demás.
Blake apoyó la carpeta contra el pecho de Olivia.
–Entonces debería tratar de ser más amable conmigo.
Olivia abrió la boca, pero la cerró antes de decir lo que pensaba.
–¿Sabe lo que pienso? –preguntó pensando que había llegado el momento de pincharla un poco.
–Estoy segura de que está a punto de decírmelo.
–Creo que la frustración la ha convertido en una cascarrabias.
–Puede que la razón por la que soy una cascarrabias es porque no es usted precisamente una persona fácil con la que trabajar.
–*Para* la que trabajar.
Ella se giró y puso rumbo a las escaleras, y Blake la siguió pausadamente.
–¿No se le ha ocurrido que, si me contara lo que tiene pensado hacer con todo su dinero, yo podría hacer planes con antelación?
–La falta de organización no es lo que la frustra, preciosa. El problema es que desearía no pensar en que quiere besarme, pero no puede dejar de hacerlo. Está enfadada, y creo que me echa la culpa a mí.
Ella se giró y se quedó frente a él en la parte superior de las escaleras.
–Es usted el hombre más arrogante que he conocido en mi vida.
–Debería salir más de la oficina.
–Esa actitud no le ayudará en la sala de juntas.
No le importaba demasiado, pues no pensaba pisar una. Sonrió perezosamente, pensando en lo cerca que había estado de hacerle perder los estribos. Ya era hora; de haber sido ella, ya lo habría estrangulado.
–No haga eso.
–¿El qué?
–Sabe perfectamente a qué me refiero –dijo arrugando la nariz–. Le advierto que no le conviene jugar conmigo.
Mirándolo con desdén, se giró con demasiada rapidez resbalando en el borde del escalón. Soltando la carpeta, agitó las manos en el aire en busca de algo en lo que apoyarse, pero la barandilla le quedaba demasiado lejos. Blake la agarró por la cintura impidiendo su caída.
–Gracias –musitó ella sin aliento agarrándolo por la camisa.
–De nada –sonrió, y cuando ella trató de moverse, él la agarró con

fuerza–. Tranquilícese.

Deseó que el corazón de Olivia latiera con la misma fuerza que el suyo. Nunca se habría perdonado que ella se precipitara de cabeza por las escaleras. Pero, a medida que su respiración se calmaba, comprobó que su alivio se veía sustituido por una sensación más poderosa.

Ella pestañeó un par de veces y, aflojando la presión de sus dedos sobre la camisa de Blake, apoyó las palmas de las manos, como si no pudiera evitar tocarlo.

Entonces, levantó la mirada.

Había bajado la guardia, y Blake comprobó lo expresivos que podían ser sus ojos, que reflejaban a la vez curiosidad y necesidad, confusión y deseo. Sus sentimientos se agitaban bajo la luz de una llama azul que ejercía sobre él una atracción tan poderosa como la necesidad de respirar. ¿Sería consciente de los sentimientos que despertaba en él cuando lo miraba de esa manera? ¿El efecto que sus manos tenían sobre su cuerpo? Buscó en los ojos de Olivia el brillo del que se sabe poderoso y se sintió ligeramente aliviado al no encontrarlo. Si ella era consciente del poder que tenía, estaba perdido.

Olivia deslizó las manos por su pecho y a continuación por sus brazos. Él se puso tenso; no podía controlar la reacción inequívoca de su cuerpo, pero por otro lado casi prefería que ella la advirtiera. Ella bajó la mirada al sentirla y siguió deslizando las manos hasta llegar a los codos como si estuviera en trance.

Blake estudió el suave brillo del pelo sobre su frente antes de centrar su atención en las manos que descansaban sobre las mangas de su camisa. Unas manos pequeñas, de huesos finos y tacto suave, que eran sin embargo capaces de incendiarle la sangre y darle la consistencia de la lava: espesa, pesada, abrasadora.

Cuando sus miradas se encontraron, él se centró en su boca.

–Hazlo –exigió con una voz ronca.

–¿Que haga el qué? –preguntó ella en un hilo de voz.

–Bésame.

Ella sacudió la cabeza.

–Lo estás pensando.

–No es cierto –mintió.

Él describió pequeños círculos sobre su espalda deseando que ella olvidara sus inhibiciones.

–Si pasaras menos tiempo fingiendo que no hay nada entre nosotros, nos llevaríamos mucho mejor.

–No quiero…

–Sí quieres –le apartó un mechón de pelo con la punta de los dedos–. Has estado pensando en el beso que no llegamos a darnos,

preguntándote qué habrías sentido si hubiera ocurrido...

¿Iba a ser él el único torturado por ese recuerdo?

Deslizó los dedos por la mandíbula de Olivia hasta llegar a la zona sensible de debajo de la oreja. En respuesta, ella inclinó la cabeza hacia el hombro opuesto, ofreciéndole pleno acceso al cuello. Le pesaban los párpados. Su cuerpo era incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos, al igual que el de Blake.

–¿Quieres averiguarlo, Liv? –inclinó la cabeza al tiempo que ella acercaba los labios a su boca.

–Tendrás que despedirme primero.

–No te voy a despedir –repuso él en el mismo tono ronco de momentos antes–. Tendrás que presentar tu renuncia.

–Yo no soy de las que renuncian –replicó sonriendo con increíble sensualidad.

–Yo tampoco.

Cuando ella respiró hondo y dejó escapar un suspiro de placer, Blake tuvo que reprimir un gemido.

–Creo que... –dijo en un tono íntimo mientras le acariciaba el brazo– que tú...

El cuerpo de Blake se tensó, ansioso, al sentir que ella se acercaba cada vez más.

–Deberías... –una uña provocadora recorría la piel debajo del cuello de su camisa– quedarte con el apartamento.

¿Cómo?

Alzando la barbilla, ella acercó los labios a su boca.

–Los techos son lo suficientemente altos para ti.

Lo miró como diciendo: «Te pillé», y sonrió.

–Ahora suéltame. Me disgustaría tener que hacerte daño.

A juzgar por su expresión, dudó que le disgustara tanto. Se había dejado ganar una baza, pero eso no quería decir que la partida estuviera perdida. La soltó y se hizo a un lado.

–¿Y ahora qué? –preguntó él agitando la carpeta.

Ella enarcó una ceja al tiempo que se tiraba de la chaqueta para estirarla.

–Hay otro ático...

–¿Hay alguna posibilidad de que no tenga un tipo con sombrero de copa en la puerta?

–Lo dudo.

Estiró la mano para tomar la carpeta, pero Blake la retuvo, esperando que ella lo mirara a los ojos antes de esbozar una sonrisa cargada de significado.

–Tú y yo no hemos terminado.

Ella alzó la barbilla y sonrió con los ojos.

–Lo sé.

El le devolvió la carpeta y echó a andar hacia las escaleras. De pronto, la perspectiva de las semanas siguientes había dejado de resultarle penosa, algo que seguramente le debía a ella. Tal y como estaban las cosas, no le quedaba más remedio que mejorar su juego. Y ella acabaría o bien besándolo o bien matándolo.

Sonrió cuando ella pasó a su lado.

–Cuidado con el escalón...

Olivia puso los ojos en blanco.

Capítulo 4

Olivia respiró hondo y siguió golpeándose mentalmente la frente con la encimera.

Eres estúpida, estúpida, estúpida...

Nunca debería haberle contado a sus amigas lo difícil que le estaba resultando lidiar con Blake. Desde entonces, casi no hablaban de otra cosa.

–Creo que deberías dejar de trabajar con él –opinó Jess–. Si estás a dieta, no tiene sentido que pases tanto tiempo cerca del carrito de los postres.

Jo fue directa al grano.

–Dejando a un lado que trabajas con él, ¿qué problema hay? Analicémoslo.

–Sería una relación puramente sexual –intervino Olivia encogiéndose de hombros.

Jess la miró como si estuviera loca.

–No creo que eso sea un problema, a menos que el sexo sea malo.

No. Estaba convencida de que sería alucinante, a juzgar por cómo estaba respondiendo ella a sus tácticas más recientes. Desde que había empezado a descuidarse y a seguirle el juego, él había conseguido derribar sus defensas con su irreverente sentido del humor y atacar sus puntos débiles desplegando una gran habilidad en el arte de la seducción. Era, sin duda, el hombre más exasperante que había conocido en su vida, pero había algo en él que resultaba encantador...

Jo entornó los ojos cuando vio sonreír a Olivia. Esta rehuyó su mirada y retiró las cosas del desayuno.

–Me tengo que ir. Tengo que hacer unas llamadas antes de encontrarme con Blake en Union Square.

–Dejarse llevar no tiene por qué tener consecuencias necesariamente –dijo su amiga desde la puerta del dormitorio.

Agarrando la chaqueta y el maletín, Olivia se calzó sus tacones favoritos.

–No tiene sentido dejarse llevar por un tipo como él.

–No todos son los definitivos.

–No estoy buscando al definitivo.

–Eso no quita para que una reconozca las cualidades que hacen al

definitivo, y ser buen amante es una de ellas.

Ella se encogió de hombros.

–Yo te aconsejo que, si de verdad te gusta, vayas a por él. ¿Cuántas veces en la vida pasan estas cosas?

Ambas conocían la respuesta.

–Ya es hora de que te diviertas...

Blake no la decepcionaría en ese aspecto. Nada en él transmitía seguridad, estabilidad, proyección de futuro. Además, se había prometido a sí misma que no se rendiría antes que él.

–¿Sabes lo que haría yo si estuviera en tu lugar? –preguntó Jo–. Daría rienda suelta a la chica traviesa que hay en mí y haría que le resultara imposible no besarme. No hay nada malo en ello, ¿sabes?

–¿A qué te refieres?

–A que te dejes llevar y te diviertas. No puedes cerrarte al romance para siempre, Liv. No cuando tienes tanto que ofrecer.

Aunque no estaba segura de estar preparada para dar ese paso, Olivia abrazó a Jo antes de salir al vestíbulo para llamar al ascensor. Si se dejaba llevar y volvía a involucrarse emocionalmente con alguien corría el riesgo de abrir una puerta que le había llevado mucho tiempo cerrar. Le gustaba pensar que había aprendido a controlar sus emociones, aunque a veces se sintiera sola.

–Empiezo a pensar que duermes en traje de chaqueta.

–¿Qué te hace pensar que llevo algo en la cama?

Se le había vuelto a escapar un comentario propio de la chica mala que llevaba dentro, y miró de soslayo a Blake mientras avanzaban por la concurrida acera.

–Algo comprensible con este calor –replicó con voz profunda y ronca–. A mí me encanta dormir desnudo.

Estupendo. Ahora se pasaría el resto del día imaginándoselo desnudo en la cama, esperándola a ella para retomar el asunto donde lo habían dejado.

–También ayudan las duchas frías –musitó.

Blake se inclinó hacia ella y habló en un tono de voz grave y seductor que puso a prueba su resolución.

–Si suben las temperaturas, podríamos darnos una juntos.

La mujer que llevaba demasiado tiempo reprimiendo sus necesidades inclinó una cadera hacia él, entrecerró los ojos y fijó la mirada en la robusta columna de su cuello. Sería tan fácil estamparle un beso en su piel bronceada. Desde ahí, haría un recorrido

ascendente hasta llegar a su fuerte mandíbula, y le susurraría al oído todas las cosas que quería que le hiciera bajo el agua de la ducha. Le miró directamente a los ojos mordiéndose el labio inferior.

–Sabes decir muchas cosas sin palabras.

–Tengo tres palabras que decirte –dijo ella.

–¿«Vámonos de aquí»? –preguntó él con optimismo.

–«Ya hemos llegado» –repuso ella sonriendo.

Él miró el portal del gran edificio que había junto a ellos y su expresión cambió.

–¿Estás segura?

–Sí.

Él tensó la mandíbula, y antes de que Olivia pudiera preguntarle qué pasaba, él ya había empezado a subir las escaleras. Una vez dentro del magnífico vestíbulo, se dirigió a una zona llena de cómodos sillones y muebles voluminosos, mientras Olivia se presentaba y explicaba al recepcionista que querían ver al director.

–¿Desde cuándo era el propietario de este lugar? –preguntó él.

Olivia consultó la información en su carpeta.

–Desde hace ocho años.

–Señorita Brannigan, señor Clayton, soy Frank Gains, el director de... –estaba estrechando la mano de Olivia cuando cambió la dirección de su mirada–. ¿Blake?

–Frank –dijo Blake ofreciéndole la mano.

El hombre parecía agitado.

–No sabía que...

–¿De verdad?

–No relacioné tu nombre con...

Olivia miraba, confusa, a uno y a otro. No tenía ni idea de qué estaba ocurriendo. Blake asintió secamente mientras bajaba el brazo, y comenzó a caminar hacia la salida sin decir palabra, dejando a Olivia boquiabierta.

–¿Es el hijo de Charles Warren? –preguntó el director.

Ella asintió.

–Veo que se conocían de antes.

–Sus chicos trabajaron en la renovación del edifico hace unos años. No es fácil encontrar obreros especializados en edificios antiguos y queríamos conservar el encanto del lugar...

Olivia le agradeció el tiempo que les había dedicado, que no era mucho, y salió detrás de Blake. El sol cegó sus ojos y tuvo que colocarse la mano a modo de visera hasta que lo encontró al otro lado de Union Square. Cuando Olivia se acercó lo suficiente como para oírlo, dijo: –Véndelo.

–Cuando aceptaste el encargo, no tenías ni idea de que el hotel era de tu padre, ¿verdad?

Él frunció el ceño.

–Le he preguntado al director que de qué te conocía –él comenzó a alejarse y ella lo siguió–. Me imagino que no os llevabais bien.

–Imaginas bien.

–Y, sin embargo, te lo ha dejado todo a ti.

Al entrar en el mercadillo de productos frescos instalado en una parte de la plaza, Blake aminoró el paso para curiosear en algunos de los puestos.

–No quedan muchos descendientes Warren. Me imagino que al final tuvo que decidir si dejárselo al bastardo de la familia o al primo que está en la cárcel por tenencia ilícita. Por si no sabes quién es quién, te diré que no soy yo el que lleva el chándal naranja.

Se dirigió hacia otro puesto que le había llamado la atención mientras Olivia digería la información. El mercado de la arbolada Union Square era una orgía para los sentidos, pero no quería dejar pasar la oportunidad de obtener respuestas a algunas de las preguntas que se había hecho antes de conocerlo.

–Prueba.

Ella se echó hacia atrás cuando él le puso una pasta cremosa frente a la cara.

–¿Qué es?

–Queso de cabra con miel.

–No, gracias.

–Veo que te sigue faltando espíritu aventurero –meneó la cabeza metiéndose el trozo de comida en la boca–. Tú te lo pierdes.

Ella frunció el ceño y, echando mano a otra muestra del puesto, la saboreó antes de parpadear de sorpresa.

–¿Está bueno?

–Mmmm –murmuró ella en señal de apreciación siguiéndole a otro puesto.

–¿Sabías que eras su heredero?

–¿Esa impresión tuviste cuando me diste la noticia? –preguntó al tiempo que se detenía y se volvía hacia ella–. Prueba esto.

Olivia aceptó lo que él le ofrecía sin protestar y compuso una mueca que le hizo sonreír.

–¿No?

–¿Qué es eso? –preguntó poniendo cara de asco.

–Apio.

Tomando nota mental del sabor que le había resultado tan desagradable, lo siguió hasta el puesto siguiente.

–¿Lo conocías mucho?

–¿Importa eso?

–No es habitual que alguien deje todas sus posesiones a un perfecto desconocido.

–Si tú lo dices –él se giró–. Ten.

–¿Y esto qué es? –preguntó suspicaz.

Blake retorció la ramita de hierbas entre el pulgar y el índice y la acercó a su boca.

–Dímelo tú.

Le rozó los labios con una de las hojas y ella le rodeó los dedos con los suyos para detenerlo. Al sentir el contacto de su piel sintió un estremecimiento subiéndole por el brazo. El encaje del sujetador le abrasó los pezones endurecidos. Contuvo el aliento. ¿Cómo se las arreglaba para tener ese efecto sobre ella?

Él sostuvo la rama de hierbas bajo su nariz, rozándole los labios con el dorso de sus largos dedos.

–Huele.

Ella obedeció.

–¿Menta?

–Cierra los ojos.

–¿Por qué?

Olivia acarició sus dedos al mover los labios y a Blake se le oscureció la mirada.

–Hazlo, Liv.

Preocupada de caer en la tentación de besarlo si seguía mirándola con tanta intensidad, Olivia cerró los ojos. Teóricamente, si no lo veía, podía pensar que no lo tenía delante.

–Mantenlos cerrados.

La voz grave de Blake resonó en un lugar hueco de su interior cuya existencia llevaba negando mucho tiempo.

–Abre la boca.

Dio rienda suelta a su imaginación, que empezó a arrojar imágenes eróticas de Blake dándole órdenes parecidas en un entorno más íntimo. Inspiró brevemente, abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás. Él le depositó una hojita en la lengua y recorrió su labio inferior con el dedo. Mientras saboreaba, Olivia esbozó una sonrisa.

–Chocolate –suspiró de satisfacción.

Chocolate a la menta. El sabor, que le quitó el regusto amargo del apio, combinado con el tacto de él, era una pura delicia.

–¿Te ha gustado?

–Mmm...

Terminó de tragar y se pasó la lengua por los labios lentamente

antes de separarlos para dejar escapar un hondo suspiro.

–Debería probarlo –dijo él.

–Deberías –convino ella.

Olivia enlazó los dedos alrededor de su muñeca y él dio un paso hacia ella inclinando la cabeza hacia abajo mientras ella alzaba la barbilla. Cielos, era tan tentador… Se moría de ganas de besarlo. Solo una vez, así sabría cómo era y no tendría que pasarse el resto de la vida preguntándoselo… Pero tenía un as en la manga: una ramita de menta entre el pulgar y el índice. La oportunidad era demasiado buena como para desperdiciarla; sostuvo la ramita frente a la cara de Blake y sonrió victoriosamente.

Cuando él se dio cuenta de la treta, la miró, divertido.

–No era eso lo que tenía en mente.

–¿Ah, no? –dijo ella batiendo las pestañas inocentemente.

–No.

Blake se inclinó hacia ella, quedándose a escasos milímetros de su boca. Tomó su rostro con una mano y le acarició la mejilla con el pulgar. Ella sabía que estaba jugando la carta de la seducción para que dejara de hacerle preguntas a las que no quería responder. Lo sabía y debía de sentirse irritada por ello, pero la realidad era que no quería que parara.

–Blake –pronunció su nombre como si fuera una súplica.

–¿Sabes lo que oigo cuando dices mi nombre?

Él apoyó su mejilla sobre la de ella y le susurró al oído:

–Oigo: «Te deseo».

–Blake…

–¿La está molestando este tipo? –preguntó alguien en voz alta.

Olivia contuvo un gemido.

–No me lo puedo creer –dijo girándose para mirar al hombre que estaba junto a ellos–. ¿Qué pasa, que no hay coches mal aparcados a los que multar?

–Estoy asegurándome de que no se comenten actos indecentes en público. Si hubiera esperado un minuto más, habría tenido que detenerlos –señaló a Blake con la cabeza–. ¿Quién es tu amiguito?

–¿No quedamos en que dejarías de hacer esto cuando terminara el instituto?

–¿Quieres que tome nota de sus datos personales?

Ella suspiró pesadamente.

–Se llama Blake y es un cliente.

–No me digas.

–Blake, este es mi hermano, John Brannigan.

–¿Apellidos? –preguntó Johnnie sin parpadear.

–Clayton.
–Bien –asintió–. ¿Cómo se deletrea?
–Como le hagas un control de antecedentes, te doy una patada en el trasero –le advirtió Olivia.
–Eso sería agresión a la autoridad.
–Y hacer controles de antecedentes a todos los hombres con los que me ves es acoso –repuso ella, sonriendo–. A mamá vas a ir.
–Adelante; deberías llamarla más de una vez al mes.
Aquello había sido un golpe bajo.
–Unidad diecinueve, diez, cincuenta y cuatro... –le acababa de entrar una llamada en la radio que llevaba fijada al hombro.
Aquello era para ella un eco del pasado que todavía la afectaba, aunque hubieran pasado seis años.
–Tengo que irme.
El hermano de Olivia miró fijamente a Blake.
–Nos vemos.
Olivia dio automáticamente un paso al frente.
–¿Qué ha ocurrido?
–Conoces los códigos tan bien como yo.
Se alejó señalándola con el dedo.
–No te metas en líos.
Ella sacudió la cabeza mientras le veía correr por la plaza hasta que desapareció. Cuando dirigió la vista hacia Blake, vio que este la observaba, divertido.
–¿Te sabes de memoria los códigos de la policía?
–En la Academia eran muy estrictos –dijo consultando su reloj de pulsera–. Todavía tenemos tiempo hasta la próxima cita. ¿Quieres tomarte un café?
–¿Fuiste policía? –preguntó él elevando mucho las cejas.
–Sí.
–¿Durante cuánto tiempo?
–Seis meses.
–¿Te diste cuenta de que no era lo tuyo?
–Algo así.
Mientras esperaban a que cambiara el semáforo, ella lo miró. Le estaba sonriendo de un modo diferente al habitual.
–¿Qué pasa?
–Nada, estoy procesando la nueva información y haciéndome una imagen mental. Me gustas en uniforme.
Oliva puso los ojos en blanco al ver que volvía a las andadas. Aquel hombre era incorregible.
Las luces cambiaron de color y él le puso la mano en la espalda

mientras cruzaban la calle.

–Veo que no soy el único que se calla cuando no quiere hablar de algo…

–¿Quieres decir que debería dejar de hacerte preguntas?

–Algunos temas son más fáciles que otros.

Cuando llegaron a la cafetería, él bajó el brazo y se giró hacia ella. La fragancia del café molido inundaba el ambiente.

–¿Por qué tienes tanto interés?

–Porque conocerte mejor me facilitaría el trabajo.

–¿Es esa la única razón?

Dándose perfecta cuenta de que estaba cruzando una línea invisible, Olivia respiró profundamente y contestó con sinceridad.

–No. Parte del trabajo de policía es saber por qué la gente hace las cosas que hace. Todos tenemos una historia, y para entenderla hay que juntar las piezas.

–Pero tú ya no eres policía.

–Es cierto, pero los abogados hacemos lo mismo. Si te sirve de consuelo, lo hago con todas las personas que conozco.

Bajó la mirada porque le costaba sostenérsela. Si fuera sincera del todo, le diría que no sentía tanta curiosidad por la vida de ninguna otra persona. Pero reconocerlo ante ella misma le recordó lo que había olvidado cuando estuvo a punto de besarlo en la plaza. Dejarse llevar por la atracción sexual era una cosa, pero empezar a tomarle cariño era otra. Y si empezaba a saber más de lo que sabía…

Empujó la puerta de la cafetería.

–Por supuesto, tienes derecho a guardar silencio.

–Dime que todavía tienes las esposas.

Ella se echó a reír.

–Nunca lo sabrás.

Capítulo 5

El lugar era una ruina.

Esquivando escombros, Blake miró hacia arriba y vio paneles de vidrio rotos. El batir de unas alas reverberó en el gigantesco espacio. El segundo piso estaba derrumbado en su mayor parte, al igual que el tejado, pero Blake estaba convencido de que desde allí las vistas sobre el río serían espectaculares.

–¿Está en buen estado la estructura?

–Tendríamos que apuntalarla antes de restaurar el segundo piso, pero no está del todo mal.

El hombre que tenía las llaves del edificio permaneció con Liv mientras Blake daba una vuelta.

El ascensor estaba destruido, pero la escalera parecía sólida, si bien le faltaban varios escalones. Comprobando cada uno de ellos antes de apoyar todo su peso, subió a lo que en su momento debió de ser el segundo piso.

–Si te caes y te rompes el cuello, me aseguraré de que ponen «estupidez terminal» como causa de la muerte en el certificado de defunción –le advirtió ella.

–No te cortes si me tienes que hacer el boca a boca –replicó él.

Tenía razón; la vista del río desde el segundo piso era estupenda. Estaría genial tener una casa cerca del río que no fuera un rascacielos. Teniendo en cuenta cuántos había, el edificio había tenido la fortuna de sobrevivir. A través de un agujero del suelo vio a Liv mirando hacia arriba con expresión de inquietud y desaprobación. Él sonrió.

–Sube.

–Estoy bien donde estoy.

–Donde voy yo, vas tú.

–Sí –dijo ella soltando una carcajada–, eso no va a pasar esta vez.

–¿No te gustan las alturas?

–Quiero hacer muchas cosas antes de morir.

Se dirigió hacia el otro lado, para comprobar las vistas. Eran bastante buenas y le resultaron familiares. No lo entendía. ¿Por qué le había costado tanto a su padre hablar con él? Se acordó del sobre que llevaba consigo desde hacía tiempo y pensó que ambos habían sido un desastre en ese sentido.

Buscó en su interior un atisbo de dolor. Si hubiera sido de esos tipos que hablan de sus sentimientos, habría confesado que su mayor miedo era que el enorme vacío que había en su interior se expandiera como un agujero negro y engullera partes de su ser que todavía se sentían vivas. ¿Se había sentido así cuando murió su madre? No, entonces había sentido alivio. En parte porque el sufrimiento de su madre tocó a su fin, en parte porque él quedó libre. Esto último provocó en él sentimientos de culpabilidad que no tardó en poner a un lado. Quizá allí empezó todo. Al ignorar sus sentimientos, en lugar de enfrentarse a ellos, el pequeño rincón oscuro en el que metía las cosas a las que no quería enfrentarse había crecido mientras él cubría el vacío con juergas y risas y la libertad de la que nunca antes había gozado.

Se llevó la mano al bolsillo para comprobar que el sobre seguía allí. Aquel movimiento se había convertido casi en un acto reflejo. Era demasiado tarde para cambiar el pasado, ¿por qué lo visitaba una y otra vez? ¿Por qué no le había pedido a Liv que lo vendiera todo?

–¿Blake?

–Ahora mismo bajo.

Quince minutos más tarde caminaban en silencio hacia la parada de taxis acuáticos. Él sostenía un tubo de cartón en la mano. Miró a Liv y vio que esta sonreía.

–¿Qué pasa?

–Me hace gracia que hayamos visto propiedades valoradas en millones de dólares y que esta sea la única que te ha gustado.

–No soy el típico propietario de casas valoradas en millones de dólares.

–Ahora sí que lo eres.

–No he dicho que me la vaya a quedar.

–Pero te lo estás pensando. Y eso es un paso en la dirección correcta.

Él no contestó y ella dio un pequeño suspiro.

–Necesitas encontrar tu lugar en el mundo. Algún día lo conseguirás.

–¿Tengo que recordarte la norma sobre darme consejos?

Se detuvieron junto a la parada de taxis y ella se giró hacia él.

–¿Qué te pasa?

–¿Qué te hace pensar que me pasa algo?

–Estás diferente... Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?

–Te conozco desde hace solo dos semanas.

–¿Tienes alguien con quien hablar?

–No me conoces –dijo él, tenso.

–¿Te conoce alguien?

–No conviertas esto en algo personal, porque no lo es.

–Está bien, no tengo por qué indagar.

Cuando ella se dio la vuelta y comenzó a alejarse, Blake frunció el ceño. No le había mentido ni había sido cruel con ella, ¿por qué sentía la necesidad de disculparse?

–Le echaré un vistazo a los planos y te comunicaré mi decisión.

–Vale.

–Y, a menos que me equivoque –dijo señalándola con el tubo–, tienes que ir a una fiesta.

–El acto benéfico –asintió ella–. ¿Irás?

Él miró por encima de su hombro.

–Viene un taxi.

Ella se quedó inmóvil y Blake sonrió al comprobar que le costaba trabajo marcharse.

–Vete. Te veré luego.

Blake echó a andar riéndose quedamente. Iría a la fiesta por ella, y no por ninguna otra razón.

–... con el apoyo continuado de Warren Enterprises, esperamos que...

Estaba aburrido de la conversación entre el senador, el alcalde y los ejecutivos que le rodeaban. No necesitaba concentrarse para seguir el hilo de la conversación. Había decidido que parte de su rol como billonario recién estrenado consistía en adoptar un aire aburrido y en mostrar más interés en las innumerables copas de champán que circulaban a su alrededor que en cualquier asunto relacionado con los negocios. Aunque no solía hacerlo, emborracharse le pareció de pronto una opción interesante.

Se bebió de un trago la copa de champán y lo depositó en una bandeja sonriendo a la camarera que pasaba por su lado.

–¿Hay alguna posibilidad de tomarse una cerveza americana normal y corriente?

Cuando le trajeron la botella, él rechazó el vaso que la acompañaba, recompensó a la camarera con una sonrisa y se volvió para buscar, entre las parejas que bailaban en la pista, a la única persona que le interesaba. En la marea negra y blanca no tardó en distinguir su pelo rubio, pero, cuando la multitud ondulante se desplazó, ella desapareció como un fantasma. Volvió a aparecer y esta vez sus miradas se encontraron. Cuando la multitud volvió a

engullirla, frunció el ceño. Maldijo en silencio el vestido de Olivia. La terraza con piscina del último piso ofrecía unas vistas incomparables del río Hudson, el Lincoln Centre, Central Park y el centro de la ciudad, pero ni siquiera la vista de un centelleante Manhattan bajo el cielo nocturno podía compararse con el vestido de seda rojo de tirantes finos que dejaba al descubierto la mayor parte de su espalda. La tela caía adaptándose a la curva de sus caderas, perfilando unas piernas imposiblemente largas y cubriendo apenas unos senos pequeños que cabrían en la palma de sus...

Rechinó los dientes al verla bailar con el típico modelo con pinta de galán y dudó que este fuera capaz de cortejarla. Olivia era demasiada mujer para él.

Ella lo buscó con la mirada antes de centrarse en su pareja de baile. Este la hizo girar, y durante unos segundos, Blake gozó de una vista ininterrumpida de la espalda perfecta. Una corriente de deseo le recorrió el cuerpo asentándose en su ingle. Deseó explorar su piel centímetro a centímetro, perderse en su cuerpo, verse envuelto por aquellas piernas kilométricas. Como ese tipo volviera a mirarle el escote una vez más...

Reprimió su instinto animal. El tipo la tenía bien agarrada, pero a ella no parecía importarle tanto como a Blake. Lo miró con el rabillo del ojo y le sonrió. Seguro que pensaba que lo tenía comiendo en la palma de su mano. Se dio la vuelta y se alejó para demostrarle que se equivocaba. Si quería estar con él, tendría que ir a buscarlo.

Cuando por fin lo hizo, él estaba apoyado en la barandilla del balcón.

–¿Te has quedado sin pareja de baile?

–Me apetecía tomar un poco el aire...

Ella echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y sonrió, mientras una brisa le levantaba el cabello de los hombros.

–Mmm –gimió–. Esto es maravilloso.

Blake contó hasta diez. No quería ser el primero en mostrar las cartas.

–Por si no te lo había dicho antes... Bonito chaqué.

–Me he vestido yo solito.

–Te lo estás pasando fatal, ¿verdad?

–¿Cómo lo has notado? –la miró y frunció el ceño al ver su expresión–. No tiene gracia.

–Un poco sí –dijo ella reprimiendo una sonrisa–. ¿Qué es lo que más te disgusta de todo esto?

–¿Por dónde quieres que empiece?

–Por donde quieras.

–Esto –dijo señalando a la concurrencia con la botella– no es una fiesta. En las fiestas… –continuó inclinándose hacia ella y bajando la voz– la gente se divierte.

–Esa gente se está divirtiendo.

–No –continuó enderezándose–. Están haciendo contactos y aprovechando la subasta para demostrar que tienen más dinero que los demás.

–Veamos –ella se giró, y su hombro quedó ligeramente pegado al brazo de él–. El tipo de la botella de champán a las dos en punto parece divertirse…

–Ha tenido un mal día en la Bolsa y está ahogando sus penas en alcohol.

–Esa que se parece a Marilyn Monroe, a las seis en punto…

–Va a la caza y captura de su tercer marido intentado aparentar que se lo está pasando genial.

–¿Qué me dices del tío vestido en plan ochentero a las once en punto?

–Tiene la crisis de la mediana edad y está celebrando que se ha comprado un deportivo.

Liv soltó una carcajada.

–Eres un cínico.

–Simplemente te digo cómo son las cosas –explicó él guiñándole un ojo.

Olivia, todavía sonriendo con la mirada, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la cerró frunciendo ligeramente el ceño.

–Dilo –exigió él–. No pienses antes de hablar.

–Iba a decir que lo estás haciendo muy bien. Todo el mundo habla de ti –dijo, y adoptando una expresión traviesa, añadió–: Algunas mujeres han hecho comentarios muy halagadores.

Alzando las cejas, Blake miró el gentío con interés.

–¿Alguna digna de mención?

–Ninguna en particular.

Él estiró los brazos y, colocando una mano a cada lado de su estrecha cintura, se agarró a la barandilla.

–¿Algún comentario con el que estuvieras de acuerdo?

–A ti te lo voy a decir…

–¿Cuánto champán has bebido?

–No mucho.

–Me alegro –dijo inclinándose hacia el rostro de ella–. Porque quiero hablar de esa norma tuya.

–¿Ahora?

–Sí –respondió él con firmeza–. Ahora.

Ella miró por encima de su hombro.

–Aquí no.

–¿Me estás diciendo que la gente no se besa en este tipo de fiestas?

–No con la persona con la que trabajan.

–Para la que trabajan.

–No puedo besarte aquí.

–Cuando dices que aquí no, no te refieres a que no quieras besarme –de lo cual me alegro–, sino a que no quieres hacerlo en un sitio donde la gente pueda vernos.

–Yo no lo expresaría de esa manera –se defendió ella–. No lo entiendes.

–¿Ah, no? Si quieres que nos escabullamos a algún sitio para divertirnos, estoy dispuesto. Pero, si lo que pretendes es que actuemos como dos extraños en público mientras nos vemos a puerta cerrada, te puedes ir olvidando.

–Yo no he dicho eso –protestó ella.

–Lo has dado a entender –dijo dejando la botella en una maceta y tomándola de la mano.

–¿Qué haces?

–Vas a bailar conmigo.

La agarró con fuerza, estrechándola contra su pecho, y rodeándole la cintura con el brazo, la condujo a la pista de baile.

–Si crees que me voy a quedar mirando cómo bailas con otros delante de mis narices como si no hubiera nada entre nosotros, lo llevas claro.

Ella lo miró con incredulidad, mientras se movían al son de la música.

–¿Crees que lo he hecho para darte celos?

–Demuéstrame que no es así.

–¿Te gustaría que la primera vez que te besara fuera en público? Quizá deberíamos anunciarlo para que nadie se lo pierda. Ya sé lo que podríamos hacer: subastarlo. Que alguien pague una buena cantidad de dinero y nosotros montamos el numerito. Sería una fiesta para el recuerdo...

Sus ojos brillaron, maliciosos.

–No lo entiendes...

–Pues explícate.

–No quiero esconderme –dijo casi sin querer–. No quiero volver a hacerlo.

Frunció el ceño al oír su propia confesión. Ella no iba a dejar que sus palabras pasaran desapercibidas. Más les valía encontrar un diván en el que él pudiera tumbarse mientras ella tomaba notas. Pero Olivia

no dijo nada. Sus dedos continuaron acariciándole el cuello hasta que sus hombros se relajaron y él pudo volver a mirarla a los ojos.

–Querías que nos vieran juntos y hemos llegado juntos. ¿No crees que la gente habrá pensado que somos pareja?

–Quizá, si no fuera porque te has pasado la noche evitándome y bailando con todos menos conmigo.

–Podrías haberme sacado a bailar.

–Preciosa, no me gusta hacer cola.

–No te estaba evitando; simplemente te he presentado a unas cuantas personas y te he dejado solo para que te relacionaras con ellas...

–Como si fuera un crío.

Ella frunció el ceño.

–¿Y no crees que quedarme pegada a ti toda la noche hubiera sido aún peor? ¿Qué iba a hacer, tomarte de la manita mientras tú salías a jugar con los mayores? Eres idiota.

Un idiota celoso y posesivo, por lo visto.

Comenzó a acariciarle la mejilla con el pulgar y él le atrapó los dedos y se los llevó al pecho.

–Podrían verte.

Ella arrugó la frente y siguió acariciándole la cara.

–No me importa.

–Sí que te importa.

Volvió a agarrarle la mano y se la llevó al corazón.

–Olvídalo. Es mi problema, no el tuyo.

Ella sonrió.

–También es mío. He estado tan obsesionada con lo que la gente podría pensar si supieran que me acuesto con un cliente que...

–Te estás precipitando un poco, ¿no crees? –dijo él sonriendo–. No sé tú, pero a mí no me gusta saltarme ninguno de los pasos. Me encantan los preliminares.

El comentario provocó una suave carcajada en Olivia. Él dio un paso atrás y entrelazó los dedos con los suyos.

–Vámonos.

–¿A dónde?

–Vamos a desarrollar tu espíritu aventurero...

Capítulo 6

–«Esto» sí es una fiesta.

–¡Anders! –dijo ella.

La mano de Blake, apoyada sobre su espalda, la guio a través del abarrotado bar. El tacto le abrasaba la piel y confundía sus sentidos. Respiró hondo.

–¿No vamos demasiado arreglados? –preguntó tratando de disimular el efecto que ejercía sobre ella.

–Uno de nosotros sí –se metió la pajarita negra en el bolsillo de la chaqueta y se desabrochó el botón del cuello de la camisa–. Y no es que me queje, pero yo llevo bastante más ropa que tú.

Olivia sonrió. El vestido que había comprado impulsivamente había sido una buena inversión.

–Menudas pintas, Anders.

–¿Te acuerdas de Marty? –dijo Blake cuando llegaron a la mesa–. Trabajaba para mí.

–Trabajo, en presente –le corrigió Marty.

–No si no empiezas a llamarme por mi nombre.

–Estoy usando uno de ellos –dijo Marty guiñándole un ojo a Olivia mientras Blake hacía las presentaciones.

–Chrissy, la mujer de Marty, Sam, Duke y su mujer, Kate. Y ese es Mitch, pero no te conviene nada conocerle. ¿Qué quieres beber?

–Tenemos una jarra de cerveza –dijo Marty.

–Estupendo, tomaré una.

–Voy a pedir otra. Chicos, esta es Liv –Blake apoyó su peligrosa mano en el hombro de Olivia y le acarició la clavícula para llamar su atención–. No te creas nada de lo que te digan, pero puedes interrogarlos hasta que yo vuelva.

–¿Qué te hace creer que voy a esperar a que te vayas? –dijo Olivia antes de dirigirse a Chrissy–. ¿Desde cuándo lo conoces?

–Desde el instituto –contestó Chrissy con una sonrisa–. Me alegro de conocerte, hemos oído hablar mucho de ti.

¿De verdad?

–Marty dice que juegas genial al billar.

Ah, eso tenía más sentido. Blake no le parecía el tipo de hombre que hablaba de sus novias. Y no es que ella lo fuera, pero...

–¿Blake fue al colegio aquí?

–¿Y dónde si no? –intervino Marty–. Pasó aquí dos semestres cuando tenía diecisiete años.

–Era muy popular entre las animadoras –añadió Chrissy sonriendo cariñosamente a su marido–. Por lo menos entre la mayoría de ellas...

–Ella ya se había fijado en uno de los chicos malos –explicó Marty con una sonrisa igual de cariñosa–. Y, desde entonces, me ha llevado por el buen camino.

Olivia sonrió. Hacían muy buena pareja, y se notaba que seguían enamorados. Se preguntó si Blake pensaría lo mismo que ella de aquella relación, como algo que le gustaría tener algún día, con la persona adecuada en el momento oportuno. Durante unos instantes, lamentó no poder tenerlo con Blake.

–Aparte de aquella vez en Canadá...

Olivia dio un respingo.

–¿En Canadá?

–¿Qué me he perdido? –Blake depositó otra jarra sobre la mesa antes de quitarse la chaqueta y colgarla del respaldo de la silla.

–Estábamos llegando a lo más interesante.

–No van a contarte lo de Canadá –dijo él arremangándose la camisa.

–¡Por Canadá! –se oyó un coro de voces mientras los hombres alzaban sus vasos y las mujeres meneaban la cabeza.

Blake rio entre dientes mientras se sentaba.

–Buen intento, preciosa.

–¿Los conoces a todos del instituto? –preguntó ella, relajada tras un par de horas de divertida conversación.

–No –respondió él inclinándose hacia ella. Con el brazo apoyado sobre el respaldo de la silla de Olivia, comenzó a acariciarle perezosamente la piel del antebrazo. No había dejado de tocarla desde que se sentaron. Olivia tuvo que lidiar, no solo con los dedos, que no paraban quietos un segundo, y con la pierna, en constante contacto con la suya, sino también con la calidez de su aliento cuando su grave voz le acariciaba el oído y con miles de otros detalles que estaban poniendo a prueba su resistencia. Sintió miedo. No debía dejarse atrapar.

–Baila conmigo.

–¿Qué? –Olivia miró la pequeña pista de baile al otro lado del bar–. No creo que...

–Deberías ser más espontánea; piensas demasiado las cosas.

¿Cosas como que era la única mujer en la pista con un vestido de noche, o que la música que él le pedía bailar era más parecida al hip

hop que al tango?

–Venga, no te acobardes ahora.

Olivia se puso en pie. Con la cabeza bien alta, hizo caso omiso de la gente que miraba su vestido y se dirigió a la pista de baile. Gracias a varios espejos estratégicamente situados, comprobó que Blake la estaba observando por detrás, lo que le hizo marcar el balanceo de sus caderas. Una vez en la pista, se giró hacia Blake. Con una mano en la cadera, inclinó la cabeza y, doblando el dedo, le indicó que se acercara. Él se quedó inmóvil durante unos instantes antes de recorrer la distancia que los separaba.

–Creo que no nos conocemos –dijo tendiéndole la mano.

Ignorando la sugerencia implícita de estrechar manos como si acabaran de conocerse, Olivia apoyó las palmas sobre las suyas, entrelazó los dedos y elevó los brazos dando un paso hacia él.

–¿Hablamos o bailamos?

Él inclinó la cabeza y le rodeó la cintura con el brazo.

–No hemos dejado de bailar desde que nos conocimos.

Qué marrullero, pensó. Estuvo a punto de sonreír, pero decidió que aquella vez iba a ser ella la seductora. Blake estaba a punto de ver a una Oliva Brannigan que poca gente conocía. Mirándole la boca, deslizó una mano por su brazo, y siguió por el hombro hasta hundir los dedos dentro del cuello de su camisa.

Si los amigos de Blake habían tenido la impresión de que era ella la que le pertenecía a él, ahora no habría nadie en todo el bar que no supiera que cada centímetro de ese increíble cuerpo le pertenecía a ella. Luchar contra la atracción que sentía era agotador; dejarse llevar por ella le parecía, de pronto, mucho más fácil.

Se inclinó ligeramente y, pegándose a él, se enderezó acariciándole el torso con la punta de sus senos. Echó los hombros hacia atrás y sonrió al notar la tensión en el cuerpo de Blake. Cuando comenzaron a balancearse de un lado a otro, ella acercó su rostro y alzó perezosamente los ojos hasta que sus miradas se encontraron. Tras asegurarse de que tenía su atención exclusiva, se pasó la lengua por los labios y le dijo al oído: –¿Sabías que bailar es lo más parecido a hacer el amor en público?

–Nos gusta vivir peligrosamente, ¿verdad?

Arrimándose más, ella le susurró al oído:

–Todavía tengo las esposas.

Él tomó la mano que descansaba sobre su cuello y agarrándola con fuerza, dio un paso atrás e hizo girar a Olivia antes de tirar de ella bruscamente para atraerla de nuevo hacia sí. Olivia contuvo el aliento al notar la pierna de él entre sus muslos.

Blake la sujetó con fuerza por la espalda mientras la llevaba de un lado a otro de la pista. Al sentir de nuevo la pierna abriéndose paso entre sus muslos, se echó hacia atrás y ambos iniciaron un vaivén que le hizo sentir que realmente estaban haciendo el amor en público.

Cuando la estrechó con fuerza y el abdomen de Olivia entró en contacto con su ingle, descubrió que Blake estaba tan excitado como ella y sintió un calor abrasador en los muslos. Fijó la mirada en sus labios al tiempo que apretaba los senos contra su pecho. Un escalofrío de deseo le recorrió el cuerpo. Hacía años que no se sentía tan viva. Nunca había tenido tantas ganas de desinhibirse con un hombre. Sintió que podía hacer realidad todas las fantasías y sueños que la dejaban bañada en sudor entre las sábanas desde el día en que lo conoció. No podía dejar escapar la oportunidad. No sabía cómo calificar lo que estaba viviendo: locura transitoria, evasión de la realidad, una recompensa por todos los años que había pasado intentando reconstruir su vida trabajando sin descanso. Daba igual. Necesitaba aquello; deseaba a Blake y, lo que era aún mejor, sabía que él la deseaba a ella.

Sintió una descarga de adrenalina. Rodeándole el cuello con los brazos, se puso de puntillas y, antes de que él pudiera reaccionar, le rodeó la cadera con la pierna. Lo miró y le atrapó el labio inferior con los dientes, transmitiéndole sus intenciones en silencio.

Él meneó ligeramente la cabeza.

–No lo hagas.

Si lo había dicho a modo de advertencia, tenía mucho que aprender sobre psicología inversa. Deslizó lentamente el muslo por su pierna y, en cuanto tocó el suelo con el pie, realizó de nuevo el movimiento ascendente. Echó la cabeza ligeramente hacia atrás entrecerrando los ojos y entreabriendo los labios al tiempo que gemía con sensual satisfacción.

Él la tomó por la cintura y la hizo girar varias veces por la pista levantándola unos centímetros del suelo. Las parejas que bailaban a su alrededor les hicieron sitio. El corazón de Olivia latía con fuerza y la sangre corría por sus venas como un torrente descontrolado. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, riendo a carcajadas roncas y eufóricas. No recordaba la última vez que se había sentido tan libre y ligera.

Él volvió a estrecharla entre sus brazos y los dos cuerpos se adaptaron el uno al otro como si hubieran bailado juntos mil veces. Cuando él daba un paso atrás, ella daba uno adelante, en un vaivén muy parecido al acto del amor. Olivia lo miró a los ojos y el contorno de su mundo se volvió difuso, impreciso. Lo veía a él, y solamente a

él. ¿Sería consciente de lo mucho que lo deseaba? ¿De que se moría por él? Deseó grabar en su memoria el brillo de sus ojos, tatuar en su piel el tacto de sus manos, aspirar su esencia, albergar en sus oídos su voz grave y profunda. Sabía que una atracción como aquella no se daba todos los días y decidió asirla antes de que desapareciera para siempre.

Se miraron mientras la música se volvía más lenta. Olivia sintió un escalofrío al pensar en la boca de Blake sobre la suya exigiéndole una respuesta que ella estaba tan dispuesta a ofrecerle.

Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos al sentir su cálido aliento acariciándole el cuello. Sonrió al pensar que él estaba actuando lentamente, sin precipitación. Se lo agradecía, pero no era necesario. Ya había tomado una decisión.

Le rodeó el cuello con una mano y enmarcó su rostro con la otra. Algo muy dentro de sí le decía que el sexo con aquel hombre iba a ser increíble. Había bastado una mirada para que su cuerpo comenzara a prepararse para él. Era el más básico de los instintos biológicos: la necesidad de aparearse con el más fuerte de la especie. Luchar contra la naturaleza era una batalla perdida y ella había dejado de pelear. Quería volver a sentir, aunque fuera por poco tiempo.

–Bésame –ordenó.

–¿Aquí? –el brillo de sus ojos se hizo más intenso.

–En todas partes.

–Tenía en mente un lugar más íntimo.

–Llévame a tu casa.

–¿No nos estamos saltando algunos pasos?

–Los seguiremos todos, pero en una sola noche.

–Si te llevo a mi casa, vamos a hacer mucho más que eso –él miró un punto indefinido por encima de su cabeza con expresión pensativa antes de tomarla de la mano–. Vayámonos.

Cinco minutos más tarde, ya fuera del bar, se vieron rodeados de un manto de aire caliente y húmedo. El ruido de fondo del tráfico y las sirenas que llegaba desde Manhattan, al otro lado del río, sonó a música celestial en sus oídos de chica de ciudad. Doblaron una esquina y Blake se detuvo bruscamente. Apretándole la mano, respiró hondo y se volvió hacia ella.

–Es tu última oportunidad, Liv. Si has bebido demasiado o no estás convencida al cien por cien, no quiero ser el responsable del arrepentimiento que sentirás mañana.

–Eres idiota –sonrió ella, conmovida por el inesperado y caballeresco gesto que le daba la oportunidad de volverse atrás–. No estoy borracha, sé exactamente lo que hago, y, si no te callas y me

besas, tendré que matarte.

–¿Por qué no me besas tú a mí?

–Blake, te prometo que…

No pudo decir más antes de que él acallara su boca. Nada podría haberla preparado para aquel beso; todas las fantasías que había tenido, tanto dormida como despierta, se quedaban cortas comparadas con la realidad. El movimiento experto de sus labios firmes y cálidos y su esencia deliciosamente limpia y masculina la hicieron desfallecer. Sintió cómo sus enardecidos pezones chocaban contra su pecho. Sedienta de su piel, deslizó la mano por debajo de la chaqueta y le sacó la camisa del pantalón.

Un gemido resonó en el pecho de Blake antes de que él interrumpiera el beso. Apoyando la frente sobre la frente de ella, tomó aliento y habló con voz profunda y ronca.

–Me gustaría que nos tomáramos las cosas con calma la primera vez, pero me temo que no voy a poder.

–Te pedí que me llevaras a casa antes de que nos diéramos el primer beso. ¿Qué te hace pensar que me quiero tomar las cosas con calma? ¿Por qué seguimos aquí, hablando de ello? Cualquiera que no te conociera pensaría que eres de esos tipos que están todo el día faroleando, pero a la hora de la verdad…

Él la tomó con fuerza de la mano y silbó con energía.

–¡Taxi!

Capítulo 7

La chica dormía como un tronco.

Blake la observaba dormir mientras los primeros rayos del sol se colaban por las ventanas de su apartamento. Nunca había conocido a nadie que durmiera tan profundamente y que permaneciera tan quieta durante el sueño. Por lo menos, ahora estaba quieta, porque durante la noche había puesto a prueba varias veces la poca caballerosidad que le quedaba, restregando su cuerpo desnudo contra su piel, rozándole el costado con los senos, acariciándole el pecho con la mejilla. Sumado a esto sus gemidos de satisfacción, el resultado era que había pasado varias horas en el mismo estado en el que se despiertan la mayoría de los hombres.

Le apartó un mechón de pelo de la mejilla. Presentaba el aspecto que a él le habría gustado que tuviera desde el principio: el cabello despeinado, los labios carnosos desprovistos de carmín, las mejillas arreboladas... Cielos, qué bien lo habían pasado.

Olivia era espectacular cuando se dejaba llevar. El trabajo que le había costado sacar a la mujer que ella se empeñaba en ocultar había merecido le pena. El tipo que acabara con ella sería muy afortunado... Un pensamiento que le hizo fruncir el ceño. Todavía no había acabado con ella, ni muchísimo menos.

Dándose cuenta de que llevaba mucho tiempo mirándola dormir, se apartó con cuidado y se sentó en la cama. Se masajeó la cabeza con los dedos, pensando que no había ninguna razón para que ella no se quedara en su cama hasta el lunes.

Cuando Olivia se despertó, dos horas más tarde, se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo de la cara. Tenía puesta la camisa que él había llevado la noche anterior y al mover los brazos dejó expuesta la curva de sus pechos.

–Hay café en la encimera –dijo él antes de volver a concentrarse en lo que estaba haciendo en su mesa de trabajo.

–No encuentro mi vestido.

–Está colgado en el cuarto de baño.

–Llevo puesta tu camisa.

–Ya me he dado cuenta.

Instantes después apareció con una taza entre las manos.

–¿Has dormido bien?

–Mmm –asintió ella.

–He estado a punto de tomarte el pulso un par de veces.

Ella no hizo comentario alguno.

–¿Desde cuándo vives aquí?

–Desde hace un tiempo.

–Es bonito –tomó un sorbito de café–. ¿Dónde vivías antes?

–En varios sitios.

–¿Siempre en Nueva York?

–No –dijo él respirando profundamente–, pero eso ya lo sabías.

Comenzó a pasearse por el cuarto de estar, mientras él la observaba. Se detuvo junto a los libros y DVDs para leer los lomos, pasó los dedos por el respaldo del sofá, tomó entre sus manos un par de fotografías enmarcadas y las observó antes de dejarlas donde estaban. Las cosas que suele hacer la gente cuando está en casa ajena.

Cuando regresó junto a él, Blake bajó la mirada y se concentró en el cuchillo que tenía en la mano. La herramienta emitía ruidos suaves mientras iba reduciendo capa a capa la madera. Se detuvo momentáneamente y sopló la superficie.

–¿Seguirás viviendo aquí ahora que tienes tantos apartamentos para escoger?

–Estás muy charlatana por las mañanas, ¿no?

–Tengo curiosidad.

–Ya se te pasará.

–No lo creo.

Él la miró y ella sonrió con dulzura.

–Mira, Liv, esto no es...

Frunció el ceño. Quería decir que no era el tipo de situación a la que estaba acostumbrado. Si le daban la opción, trataba de evitar la mañana después. Pero no podía decirlo sin que diera la impresión de que se acostaba con muchas mujeres o de que lo que había ocurrido era más importante de lo que en realidad era. Y no es que no tuviera importancia, que la tenía, pero tampoco podía decirle eso sin que...

–Lo sé –susurró ella en tono de complicidad–. No pensaba mudarme aquí hasta dentro de un par de semanas...

Blake miró su expresión divertida. Meneando la cabeza, le pasó un brazo por la cintura y la sentó en su regazo. Apartándole el pelo con la punta de la nariz, le plantó un beso en el cuello antes de decirle: –Bébete el café.

Siguió trabajando la madera en silencio. El filo del cuchillo se movía de un lado a otro mientras Liv bebía café y lo observaba atentamente. Fijándose en varias piezas ya acabadas que descansaban

sobre la mesa de trabajo, preguntó: –¿Qué estás tallando?

–No sé, todavía no me lo ha dicho.

–¿No eres tú el que lo decide?

–No funciona así.

–¿Y cómo funciona?

–Una vez que has rascado la superficie, deja de ser tu decisión –alzó la pieza de madera y la observó a la luz desde diversos ángulos–. O lo aceptas, o tiras la pieza y empiezas de nuevo.

–¿Y si te cuesta rascar la superficie?

–Entonces tienes que armarte de paciencia.

Alzó la vista y vio un rayo de sol reflejado en el cabello y los ojos de Oliva. La atrajo hacia sí y la besó en los labios. Fue un beso mucho más delicado que los que se habían dado la noche anterior, pero, al igual que aquellos, le supo a poco. Soltó la madera y el cuchillo, que cayeron sobre la mesa con estrépito. Le quitó la taza de café de las manos y, deslizando una mano por debajo de sus rodillas y la otra bajo la espalda, se puso en pie sin más ceremonias. Ella soltó una carcajada y, plantando una mano en su mejilla, acarició con el pulgar su barba incipiente.

–Si quieres, me la quito.

–No –dijo ella sonriendo–. Me gusta.

–Piénsatelo bien, porque pienso besarte en un montón de sitios que anoche pasé por alto.

–No creo que queden muchos...

–¿Quieres que lo comprobemos?

Siempre que pudieran mantener la relación en ese nivel de superficialidad no había razón para no seguir haciendo lo que hacían. Por lo menos hasta que él terminara de poner en orden sus asuntos y volviera a su vida anterior. Le gustaban las relaciones intrascendentes, divertidas. Embarcarse en algo más serio no era lo suyo; nunca lo había sido. Pero, mientras la depositaba sobre la cama y reclamaba su camisa, lamentó por un momento no ser capaz de ofrecerle algo más. Y aquello era algo que nunca antes había sentido.

Olivia se había enamorado.

–No digas tu palabra favorita –le advirtió mientras recorrían un jardín impecable–. No hasta que nos vayamos.

El viaje de treinta y cinco minutos en helicóptero desde Manhattan, en el que las vistas del Empire State Building, Wall Street, la Estatua de la Libertad, Ellis Island y el Puente de Brooklyn habían

dado paso a prados abiertos rebosantes de flores silvestres, maíz y girasoles, la había dejado tan embelesada que no había reparado apenas en el gran tejado a dos aguas flanqueado por árboles. Pero, cuando rodearon un seto de aligustre y la casa apareció en toda su gloria, Olivia se enamoró instantánea e irremediablemente. Si él la descartaba después de cinco minutos, como era su costumbre, se vería obligada a estrangularlo.

–¿Llamaste para avisar de que veníamos? –preguntó Blake, apretando la mandíbula.

–Claro, como hago siempre. ¿Por qué lo preguntas?

La miró con el rabillo del ojo.

–Te doy tres oportunidades para adivinarlo.

Ella miró en derredor en busca de una pista y no tardó en descubrir una fila de personas junto a los escalones de la puerta principal. Reprimiendo una sonrisa, dijo: –Por lo menos no llevan sombrero de copa.

A él no parecía divertirle la situación.

Avanzando por el camino de grava, Olivia se preparó para hacer las presentaciones, como hacía siempre. Pero, antes de que pudiera abrir la boca, el imponente hombre de pelo plateado que encabezaba la fila inclinó la cabeza.

–Señor Blake.

–Puedes omitir «señor», Henry.

–Por supuesto, señor.

Blake meneó la cabeza y sonrió al ver a la siguiente persona de la fila.

–¿Todavía estás aquí, Martha?

–Me alegro de verle –dijo la mujer sonrojándose.

Tras mirar al resto de personas que aguardaban con expresiones expectantes, anunció:

–Podéis marcharos a casa y tomaros unos días de vacaciones pagadas. Ya nos defenderemos.

Al pasar junto a Martha le guiñó un ojo.

–Yo también me alegro de verte.

Ella se ruborizó y el resto de los empleados se miraron unos a otros, confusos. Olivia lo siguió dentro de la casa.

–Ya habías estado aquí antes.

–Sí.

–¿Cuándo?

–Pasé un verano cuando tenía diecisiete años.

¿Antes o después de los dos semestres que había pasado en el instituto de Brooklyn? A Olivia le resultaba muy frustrante que la lista

de preguntas que se había hecho antes de conocerle siguiera creciendo día a día. Después de compartir cama a cada oportunidad durante los últimos seis días conocían sus cuerpos al dedillo, pero no mucho más.

Tras dejar la bolsa del viaje y el portátil junto a la pilastra de la escalera, se giró hacia él.

–Entonces me podrás enseñar la casa tú mismo.

–Está bien –respondió él apretando los labios.

Atravesando una entrada en forma de arco, entraron en una sala repleta de sofás de color blanco. Pero ella apenas reparó en la discreta decoración; estaba más interesada en la reacción de Blake.

–El salón –anunció agitando el brazo en el aire sin detenerse–. La biblioteca.

Ella tuvo que acelerar el paso para no quedarse atrás.

–El cuarto de estar. La sala de billar inglés, el comedor, el office, la cocina...

–¿Podrías ir un poco más despacio?

Él se detuvo con tanta brusquedad que estuvieron a punto de chocarse.

–Es solo una casa, Liv.

–¿Solo una casa? ¡Vaya manera de describir este lugar! –pero, al mirarlo, cayó en la cuenta de lo que ocurría–. Ya veo, no quieres quedarte aquí.

Aunque, si no se equivocaba, la idea de ir a aquella casa había sido de Blake. Podían haber ido a cualquier otra de sus propiedades.

Él se encogió de hombros.

–Pensé que te gustaría verla.

–Me encanta –dijo ella conmovida por el comentario–, pero si no estás cómodo...

–¿Qué te hace pensar que lo estaría en alguna de las casas que hemos visto?

En eso tenía razón, pero...

–¿Quieres ver el exterior?

Olivia asintió y él abrió una puerta que daba a un amplio patio de piedra. Dos tramos de serpenteantes escalones desembocaban en una enorme piscina cuya superficie centelleaba bajo la brillante luz del sol. Más allá, se desplegaba una impresionante vista del océano. Él se agarró a la barandilla mientras Olivia seguía haciéndose preguntas en su cabeza. ¿Cuánto tiempo habría estado allí? ¿Habría pasado mucho tiempo junto a su padre? ¿Cómo sería este? ¿Habrían hablado de sus cosas? ¿Habría estado también su madre?

–¿Por qué hemos venido aquí?

Notó que Blake tensaba los dedos y pensó que no iba a contestar a

su pregunta. Era una costumbre que empezaba a molestarle.

–No lo sé –contestó él, en voz tan baja que apenas lo oyó.

Su expresión le recordó a la que adoptó en la pista de baile cuando le dijo que no pensaba volver a esconderse.

–¿Quieres que venga el helicóptero a buscarnos?

–No –dijo él tomándola de la mano–. Déjame que te enseñe la mejor parte.

Si lo había hecho para distraerla, el truco funcionó. Tras hundir los pies en la cálida arena comprendió por qué a la gente le entusiasmaban los Hamptons. En la ciudad uno se sentía abrumado por mil y una cosas: plazos que cumplir, obligaciones que atender, fiestas a las que asistir y las múltiples tareas cotidianas que provocan estrés y tensión cuando uno trata de concentrarlo todo en veinticuatro horas. Era un ritmo de vida frenético que había disfrutado en su momento. Pero, ahora, caminando por una playa desierta de la mano de Blake, se dio cuenta de que se estaba perdiendo los placeres más sencillos de la vida. Los días que estaba pasando junto a él le habían hecho descubrir muchas cosas sobre sí misma.

–Qué bonito es todo esto.

–Lo es –convino él.

–Es increíble lo fácil que es olvidarse de que Manhattan es una isla. Nunca pienso que tengo el océano tan cerca... –dijo apartándose un mechón de pelo de la cara–. Cuando era pequeña solíamos ir a la playa en verano, sobre todo a Jersey. Mis hermanos jugaban al fútbol en la arena y yo contaba los goles. Me fastidiaba que nunca me dejaran jugar, pero ellos ponían como excusa que éramos impares.

–¿Cuántos hermanos tienes?

–Cuatro.

–¿Y hermanas?

–Ninguna; mis padres no acertaron hasta el quinto intento.

Viendo que había comenzado un tema de conversación, trató algo sencillo.

–¿Y tú, tienes hermanos?

Si Charles Warren hubiera tenido más hijos, habrían figurado en el testamento, pensó Olivia. Aunque su madre podía haberse casado y tener hijos antes o después de Blake.

–Eres alérgica al silencio, ¿no?

–Se llama dar conversación.

–Estábamos bien sin ella.

Olivia se detuvo y esperó a que él la mirara.

–No puedo ser la primera persona que haya intentado conocerte de verdad.

–No lo eres.

Las otras no habían conseguido mucho más que ella, pero no le servía de consuelo.

–Sabes lo suficiente. De lo contrario, no te estarías acostando conmigo.

–Tienes razón.

–Entonces, ¿qué problema hay?

–No sé –contestó encogiéndose de hombros–. Me gustaría que no me hicieras sentir como si fuera cualquier persona.

–¿Así es como te hago sentir? –preguntó él frunciendo el ceño.

–No –buscó una manera de explicarse que no sonara desesperada–. Pero, si ni siquiera me dejas hablar de trivialidades, podría acabar sintiéndome así.

¿Tan raro era querer conocer detalles básicos sobre él?

–Sabías en lo que te estabas metiendo...

Olivia no pensaba así. La atracción que sentía hacia él era una fuerza incontrolable de la naturaleza, como la de las olas que rompían en la orilla bajo sus pies. Quizá había sido algo ingenua al valorar el grado de informalidad con el que era capaz de afrontar la relación.

–¿Qué es lo que quieres?

Aquella era una buena pregunta.

–A ti –contestó ella sin dudarlo un momento.

Era lo único que tenía claro. Todavía sentía en el cuerpo la pasión compartida y satisfecha tantas veces. Pero quería saber con quién estaba compartiendo su cuerpo, comprender cómo funcionaba su mente, averiguar por qué reaccionaba de la manera en que lo hacía.

–Pero no así.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

–Porque quiero estarlo –dijo elevando la barbilla, desafiante.

–Esto no va a durar siempre, ya lo sabes.

–Lo sé.

Blake meneó la cabeza frunciendo el ceño.

–Si lo convertimos en algo más de lo que realmente es, dolerá mucho más cuando llegue el fin.

Ella se encogió de hombros.

–Pero el recuerdo será más bonito.

Giró la cabeza y se quedó mirando el océano, refugiándose tras el muro que había construido en torno a sus agitados sentimientos.

–Liv...

–Dejémoslo –echó la cabeza hacia atrás y aspiró una bocanada de aire salado dejando que la calma la inundara–. Ya he dicho lo que tenía que decir –y mirando la playa que se extendía a lo lejos,

añadió–: ¿Cómo es de larga? ¿Quieres que caminemos hasta el final?

–¿Se supone que tengo que olvidar todo lo que has dicho?

Ella arqueó una ceja.

–Por si no te habías dado cuenta, te estaba poniendo las cosas fáciles. No puedo permitirme el lujo de implicarme emocionalmente contigo, así que, si era eso lo que te preocupaba, te puedes quedar tranquilo. Dentro de unas semanas esto no tendrá importancia...

Antes de que pudiera darse cuenta, él la había abrazado y la besaba con brutal intensidad. No había ni rastro de gentileza o ternura en su gesto, si bien ella no buscaba ni una cosa ni la otra. Quería que la necesitara tanto como ella a él, que se sintiera tan al margen de la realidad como ella cuando él la besaba.

Sus lenguas se enredaron mientras ella le rodeaba el cuello con las manos. Blake se apartó bruscamente y la miró arrugando la frente. Estaba enfadado, pensó Olivia. ¿Lo estaba por haberla besado, por no haber puesto fin a la relación o por lo que Olivia acababa de decir? No lo sabía, pero no quería discutir. Volvió a besarlo con la misma urgencia con la que él la había besado a ella. Cuando Blake gimió y la tomó por las caderas, ella deslizó las manos por sus hombros hasta su pecho, explorando con la punta de los dedos el contorno duro y esculpido que se adivinaba bajo su camiseta.

–Llévame a la cama –murmuró ella entre sus labios.

Puede que en su relación faltara cierto tipo de comunicación, pero en la cama sus cuerpos se expresaban como solo saben hacerlo los amantes.

En el camino de vuelta a la casa, se detuvieron una y otra vez y, ya dentro, los zapatos de Olivia quedaron abandonados detrás de la puerta de la cocina, y la camisa de él a los pies de la escalera. Cuando los besos y los tirones de ropa se volvieron frenéticos, y él esbozó en una amplia sonrisa. Olivia sintió que el muro de su corazón se agrietaba y que el río de sus sentimientos comenzaba a colarse por las fisuras. ¿Cuándo se había vuelto tan loca por él?

Fundiendo su boca con la de Olivia, Blake empujó la puerta de una de las habitaciones y la cerró tras de sí. Cuando llegaron al borde de la cama, le tomó el rostro entre las manos y la miró profundamente a los ojos.

–Tú no eres una cualquiera, Liv –dijo con una voz ronca y acariciadora–. Nunca pienses algo así, no estando conmigo.

El instinto le decía a Olivia que echara a correr, pero ella apoyó las manos en su pecho y las deslizó hacia su cuello.

–Demuéstramelo –le exigió.

Una vez regresaran a Manhattan, cuando pudiera controlar sus

sentimientos, meditaría largo y tendido sobre lo que estaba haciendo. Aunque él fuera el tipo de hombre que echa raíces en un sitio, una relación entre dos personas que no estaban dispuestas a compartir nada más que sus cuerpos no podía ir mucho más allá del sexo. Pero, mientras él llenara su mundo de calidez, sensaciones y una intimidad física que nunca había experimentado con ningún otro hombre, ella se aferraría a él con todas sus fuerzas por si acaso no volvía a sentir lo mismo jamás.

Capítulo 8

Ver a Liv retirarse tras la máscara que había llevado cuando la conoció fastidió a Blake. No es que él no fuera capaz de mantener una conversación. Podía hablar de un amplio abanico de temas: política, deportes, economía, la lucha entre las grandes empresas y el hombre de a pie, quién saldría vencedor en una pelea entre superhéroes...

Hasta que conoció a Liv no se había dado cuenta de lo poco que decía realmente.

Mientras ella dormía, salió fuera a aclarar sus ideas. Reprodujo la escena de la playa en su cabeza una y otra vez. «Me gustaría que no me hicieras sentir como una cualquiera», le había dicho.

Pensaba que eso lo había dejado claro de la única manera en que podía comunicarse claramente con ella. Pero el resto de cosas... No, no tenía ni hermanos ni hermanas. ¿Acaso era tan difícil decirlo? Y cuando él le había preguntado lo que quería y ella había contestado: «Tú», ¿por qué no le había dicho que él sentía lo mismo?

Tras recorrer un largo camino circular, regresó a la barandilla con vistas al océano. Había sido sincero al decir que no sabía por qué habían ido a aquella casa. Quizá pensó que los recuerdos le harían sentir alguna emoción, pero se había equivocado. Seguía sin sentir nada.

Apoyó los codos en la barandilla, respiró hondo y miró el océano, comparando al chico de diecisiete años que había estado allí en el pasado con el hombre que era ahora, y se dio cuenta de que seguía tan confuso como entonces.

Siguió con la mirada una gaviota que planeaba con las alas extendidas, sin preocupaciones. Hubo un tiempo en el que se había sentido así de libre. La cuestión era que tampoco se sentía atrapado; era como si con cada propiedad de la que se deshacía cortara la cuerda que lo ataba a la vida que nunca había deseado vivir. Cortándola demostraba que era él el que controlaba la situación, el que tomaba las decisiones, el que estaba a cargo de su propio destino. Pero, si eso era cierto, tendría que sentir que estaba al timón, y no en una balsa a la deriva.

Sacó el sobre del bolsillo trasero de sus vaqueros, lo desdobló y miró los numerosos sellos y direcciones tachadas. Era la primera vez

que sentía tentaciones de abrirlo.

Alzó la barbilla. ¿Era música lo que oía?

Despertarse sola no era nada nuevo, pero empezaba a fastidiarle eso de estirar la mano y no encontrarlo a su lado. Pero Olivia se sentía tan bien que decidió no dejarse afectar por ello. Estirándose voluptuosamente en la enorme cama, sonrió de oreja a oreja. No había un solo centímetro de su cuerpo que no hubiera sido adorado. Las horas pasadas junto a Blake, en las que le había dejado claro absoluta y definitivamente que ella no era una cualquiera, la habían hecho sentir en el séptimo cielo.

Reacia a lavarse y eliminar el olor de él en su piel, se levantó, se puso unos pantalones cortos de algodón y una camiseta y se lanzó a un recorrido exploratorio de la casa. Comenzó por la biblioteca, donde curioseó las estanterías que se alzaban hasta el techo. Pasó los dedos por los lomos de los libros mientras miraba en derredor. Aquel sería un lugar estupendo para pasar una tarde lluviosa. Se imaginó a sí misma en el asiento de la ventana, envuelta en una manta y leyendo tantos libros como pudiera. En su mundo de fantasía, así es como pasaría el tiempo mientras Blake trabajaba en el taller que habría montado en algún lugar de la casa. Si le daban la opción, Olivia instalaría un banco de trabajo en esa misma habitación, posiblemente en la esquina, para poder observar el movimiento de sus manos, la expresión concentrada de su rostro mientras descubría lo que se escondía bajo la superficie de la madera...

En el cuarto de estar, se detuvo a contemplar las fotos de célebres miembros de la familia Warren que descansaban sobre un piano de cola, y frunció el ceño al descubrir que ninguna era de Blake. Debería haber estado allí, riendo con todos los demás. Encontró una foto de Charles Warren de joven y la tomó en sus manos para buscar algún parecido entre él y su hijo. Le pareció que tenían el mismo tono de piel, pero sabiendo que no se habían llevado bien se negó a encontrar más semejanzas y dejó la foto en su sitio. No se merecía que Blake se pareciera a él, cuando ni siquiera tenía una foto de su hijo de pequeño.

En su mundo imaginario, colocaría sobre el piano las pocas fotos que había visto en su apartamento más otras que harían en la casa durante los fines de semana y las vacaciones. No serían imágenes de barcos de vela o fiestas, sino de partidos de fútbol en la hierba, picnics en la playa y batallas de bolas en la nieve. Cuando su mente comenzó

a añadir a la escena niños que se parecían a Blake dejó de fantasear.

Como no tenía otra cosa que hacer, se dirigió a la cocina y buscó ingredientes con los que improvisar una comida que no requiriera grandes dotes culinarias ni le permitiera quemar la casa hasta sus cimientos. Una vez dispuestos los elementos básicos, se llevó las manos a las caderas y miró en derredor. La casa tenía que tener un equipo de música en algún lado. Se conformaba con un simple... ¡ajá!

Si hubiera habido casas alrededor, hubiera bajado el volumen. Pero así Blake sabría que ella ya se había levantado. Si conseguía preparar una comida que no provocara bajas, quizá podrían irse a la cama temprano.

Apoyado en el marco de la puerta, Blake cruzó las piernas a la altura de los tobillos y los brazos sobre el pecho, y esbozó una sonrisa que lo sacó del estado meditabundo en el que había estado sumido. Ajena a su presencia, Olivia cerró la puerta de la nevera con la cadera y con una pila de ingredientes entre los brazos se dirigió hacia el fregadero, donde lo soltó todo. Rescató uno de los pimientos, que había salido rodando, mientras cantaba con entusiasmo y desafinando un poco. Blake ahogó una carcajada y, atravesando la cocina, la siguió hasta los fogones. Le colocó las manos sobre las caderas, haciéndole dar un respingo de sorpresa, y la besó en el cuello. Tras localizar de dónde provenía la música, bajó el volumen y volvió hacia Liv, que soplaba una cuchara y le ofrecía su contenido para que lo probara.

Olivia hizo una mueca al ver la reacción de Blake.

–¿Tan malo está?

Era horrible, pero él negó con la cabeza.

–No.

Olivia suspiró hondo. Él le quitó la cuchara de la mano, la apartó a un lado y la sentó en la encimera.

–¿Qué hay en esa cacerola?

–Pasta.

–¿Cuánto tiempo lleva cociéndose?

–Diez o quince minutos.

–Yo diría que ya está lista, ¿no crees?

–No cocino muy a menudo.

–Eso me ha parecido.

Blake apagó el fuego y apartó las cacerolas.

–¿Cómo has conseguido sobrevivir todo este tiempo sin aprender a cocinar?

–Viviendo en Manhattan no me hace falta. Tenemos tiendas de platos preparados, restaurantes y mercados en los que puedes comprar paquetitos para calentar en el microondas.

–Si Marta hubiera sabido con más antelación que veníamos, nos habría dejado algo así en la nevera. La última vez que estuve aquí, hizo suficiente comida para un regimiento.

Cuando miró a Liv, vio que estaba pensativa. No le extrañó, considerando cómo había reaccionado ante sus preguntas. Pero no le importaba hablar de Martha, pues esta formaba parte de los únicos buenos recuerdos que tenía de aquel verano.

–¿Quieres beber algo? –le preguntó.

–¿Qué hay?

–En esta casa hay de todo.

–Lo que tomes tú.

Él abrió dos botellas heladas de cerveza y le dio una antes de lavarse las manos y ponerse a trabajar. Liv bebió un sorbo y se pasó la lengua por los labios.

–¿Te enseñó Martha a cocinar?

–Martha no permite que aquí cocine nadie más que ella –respondió, concentrado en cortar el pimiento en juliana–. Fue mi madre la que me enseñó lo básico.

No le había costado abrirse un poco, pero temía las preguntas que podían surgir a continuación. Le habían educado para no dar pistas sobre sus intenciones y para no contar nada que pudiera dar pie a más preguntas. Había dicho en serio eso de que no pensaba volver a esconderse, pero lo cierto era que le habían condicionado a hacerlo. Y se acababa de dar cuenta de que ese era gran parte de su problema.

–La mía lo intentó, y sigue haciéndolo de vez en cuando.

Él sonrió.

–¿Eras un chicazo?

–No, lo intentó con todos nosotros. En casa de los Brannigan, no hacemos distinciones de sexo.

–Vivir con cuatro hermanos no debió de ser fácil para ti.

–No tienes ni idea.

No, no la tenía. Pero le alegraba por varios motivos, siendo uno de ellos que nunca había tenido que preocuparse de nadie más que de sí mismo.

–¿Iba en serio eso de que tu hermano comprueba los antecedentes de todos los tipos con los que sales?

–Lo hacen todos.

Blake abrió mucho los ojos.

–¿Son todos policías?

–¿Te preocupa que descubran algo sobre ti?

–No –dijo sonriendo–. ¿Y a ti?

–¿Qué pasa, que estás en la lista de los más buscados por la Policía

Montada de Canadá?

Su sonrisa se ensanchó.

–Te mueres por saber qué paso en Canadá, ¿verdad?

–Sí.

–No te lo puedo contar, preciosa. Juré que guardaría el secreto.

–Recuerda que hay confidencialidad entre abogado y cliente.

–Es una pena que no estés en horas de trabajo.

–Maldición –se quedó callada unos instantes antes de añadir–: Por cierto, sabes que no te cobro cuando estamos juntos de esta manera, ¿no?

–Tienes que cobrarme lo de hoy y lo de mañana. El fin de semana empieza el sábado.

–Eso cambiaría un poco mi profesión, ¿no crees?

–Estás aquí porque estamos visitando una propiedad –la miró de reojo para calibrar su reacción–. Si no me facturas estas horas, en el bufete se preguntarán qué has estado haciendo.

Ella lo pensó unos segundos.

–No me parece bien. Además… seguro que no soy la primera persona del mundo que hace novillos.

–Pero es la primera vez que tú los haces –dijo con la certidumbre de quien es experto en el tema.

–Para todo hay una primera vez –replicó con una sonrisa–. Ha sido divertido…

–Me alegra oírlo, pero tienes que cobrarme, Liv. No quiero que te metas en líos con tu jefe.

–No cuando estamos… así –dijo ella agitando una mano entre ellos.

–Hemos estado «así» desde el día en que nos conocimos.

–No todo el tiempo.

–¿Y dónde sugieres que tracemos la línea?

–No lo sé –respondió ella con sinceridad–. Ya encontraremos una solución.

–Sabes que puedo permitirme tus honorarios.

Por él, como si los cuadruplicaba. Los ricos estaban siempre dispuestos a pagar más por obtener lo mejor y él, le gustara o no, era ahora uno de ellos. Olivia podía considerarlo una bonificación por lo sexy que resultaba cuando hablaba en jerga jurídica. La manera en que decía «fiduciario» le resultaba fascinante.

–Esa no es la cuestión –suspiró ella.

Soltó el cuchillo, volvió a enjuagarse las manos y se las secó con un paño.

–Nadie sabe que estamos liados, si es eso lo que te preocupa. No es como si estuviéramos acostándonos en pleno Times Square.

Olivia frunció el ceño.

–¿Quieres que nos peleemos? No sé a ti, pero a mí no me apetece nada.

–No hay motivo de pelea. Tú me facturas las horas y ya está.

–No –se negó ella en redondo–. No pienso hacerlo. No las horas que pasemos en esta casa.

Él soltó el paño y se giró hacia ella.

–¿Y qué harás cuando no estemos aquí? ¿Mirar el reloj cada vez que te bese? ¿Calcular el tiempo que pasamos flirteando y deducirlo del importe semanal?

–No hagas eso –le advirtió ella–. Estás complicando las cosas más de lo necesario.

–No, estoy haciendo justo lo contrario.

Ella sacudió la cabeza, dejó la botella de cerveza e hizo ademán de bajarse de la encimera.

–Eres la persona más cabezota que he conocido nunca.

–No soy el único –colocó las manos en la encimera a ambos lados de las caderas de Oliva y la miró a los ojos–. ¿Crees que me gusta la idea de que hagas cálculos mentales cuando estamos juntos?

–Por esa razón no quiero cobrarte las horas que pasemos aquí –dijo ella, exasperada–. Quiero que ese tiempo sea... para nosotros. ¿No puedes darme gusto en eso?

Blake se quedó perplejo al darse cuenta de lo mucho que quería darle gusto. En ese momento, mientras la miraba a los ojos, deseó darle todo. No tenía más que pedirlo.

Deslizando las manos desde la encimera a sus caderas, Blake asintió, y ella sonrió de manera enigmática.

–Te dije que encontraríamos una solución.

Y, tras acariciarle la mejilla, lo besó. Sus suaves labios exploraron los de él mientras alzaba las piernas y las enrollaba alrededor de sus muslos para acercarlo hacia sí.

–Pensaba que tenías hambre –murmuró él.

–Y la tengo –susurró ella–. Pero no de comida.

–¿Podrás mantenerte despierta hasta que comamos después? –preguntó él deslizándola por la encimera–. Duermes como un tronco.

–No es culpa mía si me dejas para el arrastre.

–Me encanta dejarte para el arrastre.

–Se ve que a mí no se me da tan bien hacerlo. Esta vez, lo intentaré con más fuerza. Me gustaría despertarme y encontrarte a mi lado, aunque solo fuera por una vez.

Una cosa más en la que él podía darle gusto.

Capítulo 9

–¿Quieres más café?

–Sí, por favor.

Olivia se llevó la mano a la nunca y se la masajeó para aflojar la tensión. Pasarse tres horas seguidas sentada a una mesa era suficiente para que le dolieran los músculos, pero trabajar con Blake no ayudaba. Nunca la presencia de otro ser humano la había distraído tanto de su trabajo. Cada movimiento de su mano, el vaivén de su pecho bajo la camiseta, el aroma deliciosamente masculino que emanaba cada vez que se movía... Era imposible concentrarse.

Tomó la taza que él había puesto frente a ella, y se echó hacia atrás soplando el líquido caliente antes de probarlo.

–Podrías dejar que se enfriara.

–Necesito hacer un descanso.

–Esto ha sido idea tuya.

Era cierto. Iba en contra de la decisión de considerar el tiempo que pasaran en esa casa como «para ellos», pero ella lo veía como una táctica de supervivencia.

Había esperado que empezaran a conocerse mejor para que pareciera que lo que estaban haciendo era algo más que sexo puro y duro. ¿Pero quién le iba a decir que, tras un avance minúsculo en lo referente a la conversación, el verdadero cambio se produciría en el dormitorio? De haber sabido que, después de horas y horas de sexo desenfrenado, él iba a llevarla al borde del abismo haciéndole el amor lenta y tiernamente habría... Pero no. Estaba convencida de que aun así no habría hecho nada diferente.

–¿Cuántas acciones tiene este tipo? –preguntó enseñándole el papel que había estado leyendo. Ella tomó la hoja y trató de hacer memoria.

–El diez por ciento.

–¿Y este?

–El seis.

–Así que Kirby es el máximo accionista de la junta...

–No. El máximo accionista de la junta eres tú.

Decidió que su falta de interés por el dinero era otro punto a su favor.

–Pero, si se pusieran de acuerdo, podrían ganarme en una

votación.

–Solo lo harán si votáis algo que no reporte beneficios. Así es como funcionan las cosas cuando eres accionista.

–Gracias por la información –dijo él secamente–. ¿Tengo la palabra «estúpido» escrita sobre la frente?

–No, pero sí la palabra «quisquilloso» –suspiró–. Si tanto te disgusta, ¿por qué no vendes tus acciones junto con el resto de activos?

Él entornó los ojos.

–No lo aprobarías.

–¿Acaso necesitas mi aprobación?

–No.

–Entonces, ¿qué más da mi opinión? –dijo sonriendo–. Si no recuerdo mal, se supone que no tengo que tenerla.

Él se echó hacia atrás en la silla y arrojó el bolígrafo sobre la mesa.

–Por hoy he tenido suficiente.

–¿Me vas a decir cuál es el problema o tengo que adivinarlo?

–No me gusta el papeleo.

–Mmm... Ya, ya.

Ella siguió mirándolo hasta hacerle fruncir el ceño.

–Si me dieras alguna pista de lo que quieres que te diga, ahorraríamos tiempo.

–Podrías empezar reconociendo que no quieres hacerte cargo del día a día de la empresa.

–No quiero hacerme cargo del día a día de la empresa.

–¿No quieres o no te crees capaz?

Blake apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

–Yo que tú, no seguiría por ahí–. Se giró y miró por la ventana–. Está bien, no quiero la responsabilidad.

–Bien.

Él le lanzó una mirada de advertencia con el rabillo del ojo.

–No me provoques, Liv.

–Qué quisquilloso. ¿Sabes que no es fácil trabajar contigo? –al ver que él ponía los ojos en blanco, concedió–: Quiero decir, para ti.

Se hizo un tenso silencio que ella tardó menos de un minuto en romper.

–A ver, explícamelo. ¿Qué parte de la responsabilidad te da más pereza?

–No me vas a hacer cambiar de opinión. Dejé clara mi postura desde un principio. No todo el mundo quiere llevar la vida de un consejero delegado billonario.

–Creo que a la mayoría de la gente no le importaría ser lo último –

respiró brevemente antes de continuar–. Aunque lo vendieras todo a precio de saldo, acabarías con un montón de dinero. ¿Qué harías con él? ¿Acumular intereses? Porque eso es lo que pasaría: el dinero crea dinero.

–Estoy pensando en donarlo –anunció él muy serio.

Olivia abrió los ojos con incredulidad.

–¿Piensas repartirlo por las esquinas? ¿Tienes idea del tiempo que te llevaría?

–Te contrataría para ello.

–Siento decepcionarte, pero no tengo planeado comprometerme contigo de por vida –dijo riendo.

El comentario le hizo arrugar la frente.

–No espero que lo entiendas.

A Olivia le estaba costando disimular la exasperación que sentía.

–¿Has tenido en cuenta lo que podrías hacer con tu vida? Podrías hacer lo que te diera la gana.

–Ya lo hago.

–Con ese dinero podrías ayudar a mucha gente.

–¿Y no ayudaría dándoselo a gente que no lo tiene?

–Warren Enterprises tiene miles de trabajadores.

–Ahora estás haciéndome sentir culpable.

–Podrías crear nuevos puestos de trabajo.

–Pero no tengo por qué estar yo al frente. ¿No dijiste que había gente muy competente en la empresa?

–¿No hay nada de todo esto que quieras conservar? ¿Ninguna propiedad?

–Liv, esto es solo una casa.

–O sea, que te enamoras de un almacén inmundo y desvencijado pero no te planteas pasar tiempo en este maravilloso lugar? ¿Te has hecho mirar la vista últimamente?

–Lo del almacén es diferente.

–Aparte que el almacén está en ruinas mientras que esta casa se mantiene en pie, ¿en qué sentido es diferente?

–Tiene potencial –dijo alcanzando su taza–. Puede que él lo supiera.

Lo dijo como si le costara creer que su padre lo conociera tan bien.

–¿Y no ves el potencial de esta casa? ¿Por los recuerdos que alberga, quizás?

Blake asintió.

–Podrías crear otros nuevos.

–¿No crees que ya lo hemos hecho?

Olivia se vio obligada a sonreír, mientras una corriente de emoción

le recorría el pecho. Pero, cuando la intensidad de su mirada le hizo sentir que podía ver dentro de ella, frunció el ceño y se puso en pie. Rodeó la mesa, lo tomó por la muñeca y le quitó la taza de café, que depositó sobre la mesa.

–Ven conmigo.

–¿Adónde vamos?

Ella lo llevó por el pasillo de la mano.

–Ahora lo verás.

En medio de la biblioteca, él alzó las cejas interrogativamente.

–¿Qué quieres que mire?

–Se llama «biblioteca», y es donde se guardan los libros. –se puso a su lado y alzó la mirada–. ¿Qué cambiarías aquí?

–No tiene sentido cambiar algo que no voy a conservar.

–¿Qué me dices de las estanterías? ¿No las cambiarías?

–Si aguantan los libros, es que están haciendo bien su trabajo.

Ella fingió sentirse ligeramente ofendida.

–Alguien aplicó pintura a esa preciosa madera...

–No todas las maderas son bonitas. Quien la pintó, seguramente tenía una buena razón para hacerlo.

–¿Cuando no hay problemas de dinero?

Él meneó la cabeza.

–Si no te gusta como están, es más fácil arrancarlas y empezar de nuevo.

Olivia arrugó la frente al imaginarlo. De pronto, sintió que tenía que proteger aquella casa.

–¿Eso es lo que harías tú?

–Yo las dejaría tal cual –se inclinó hacia ella y bajó la voz–. Menos trabajo.

–Así que no cambiarías nada aquí.

–Se ve que has estado pensando sobre el tema... ¿Por qué no me dices lo que harías tú?

–No puedo, la casa no es mía.

–Pero si lo fuera...

–Está bien... –arrugó un poco la nariz conteniéndose unos instantes antes de dar rienda suelta a su entusiasmo–. Pondría unos cojines mullidos en el ventanal... Y en la habitación predomina demasiado el blanco, así que cambiaría las cortinas para darle un toque más cálido.

–Esos son aspectos meramente decorativos; no estarías cambiando el espacio.

–Es que me gusta tal y como es. Aunque le falta algo...

–Las molduras –dijo él con firmeza.

–¿Qué?

–Algún genio quitó las molduras.

Olivia echó la cabeza hacia atrás y estudió el techo.

–¿Sería difícil volver a ponerlas?

–No, pero encontrarla llevaría su tiempo. En un sitio como este, tienes que conservar el sabor original siempre que sea posible.

Ella escudriñó su rostro, tratando de averiguar si hablaba como técnico o como propietario.

–¿Es eso lo que harías? ¿Recorrer almacenes y tiendas de antigüedades hasta dar con las adecuadas?

–Conozco a un tipo. Yo le digo lo que necesito y él lo busca. Y lo que no logro encontrar, lo fabrico yo mismo. La gente me contrata para renovar edificios antiguos porque sé trabajar la madera a la manera tradicional.

–Así que harías tú mismo el trabajo –dijo Olivia sonriendo.

–¿Por qué contratar a alguien para algo que puedo hacer yo?

–Y que además disfrutas haciendo…

–Está bien –meneó la cabeza con resignación–. Cambiaría las estanterías.

Tomándolo de la mano, ella comenzó a alejarse.

–Siguiente habitación.

–Ya has dejado claro lo que querías decir –dijo él dejándose llevar por el pasillo.

–No he hecho más que empezar.

Se detuvo en el umbral de una puerta y alzó las cejas.

–La sala de billar –anunció él, divertido–. Lo he adivinado por la mesa grande y verde.

–¿Tú juegas al billar inglés?

–No.

–Juegas al billar americano.

–Cambiaría la mesa de billar inglés por una de billar americano. ¿Es eso lo que quieres que diga?

–Así crearíamos más espacio. Y la mesa no tiene por qué estar plantada aquí en medio. Es una habitación bastante grande –lo miró batiendo las pestañas, y él sonrió.

–¿Cuándo has encontrado el tiempo para pensar en esto?

–Ayer te fuiste a dar un paseo bastante largo.

–No fue tan largo.

–Sí que lo fue.

–¿Me echaste de menos?

–¿Quieres que te diga lo que podría quedar bien aquí?

–Adelante.

–Una pantalla grande de televisión para ver los partidos, y delante,

un gran sofá de cuero –dijo ella señalando una esquina–. Y ahí quedaría bien una barra de bar.

–Si ponemos una barra, entonces vamos a necesitar una gramola con música de rock and roll. Y al lado, un pinball.

–Veo que vas captando la idea –dijo ella, radiante.

–Pero no vamos a hacer esto en todas las habitaciones –repuso él con firmeza.

–No, claro que no vamos a poner una mesa de billar americano en todas las habitaciones. ¿Dónde se sentarían nuestros amigos cuando vinieran a visitarnos?

Se dio cuenta de que había entrado en su mundo de fantasía y, tras parpadear, volvió a tomarlo de la mano.

–Solo un par de habitaciones más.

Las cosas fueron bien en el cuarto de estar. Blake le siguió el juego con ganas, decidiendo que podían cambiar los muebles de sitio y crear la habitación perfecta para acomodarse en invierno junto al calor de la lumbre. Fue el anuncio de «solo una más, te lo prometo», lo que lo estropeó todo.

Había visto la habitación solamente desde el vestíbulo, por lo que no le sorprendió que Blake permaneciera en el umbral y la dejara entrar sola.

–Lo sé –dijo ella sentándose junto a un enorme escritorio con cubierta de piel–. Es un poco opresivo, ¿no te parece?

Blake paseó la mirada por las paredes paneladas en madera y se apoyó en el marco de la puerta metiendo las manos en los bolsillos.

–Siempre me lo pareció.

El tono con el que lo dijo hizo pensar a Olivia que su plan de hacerle ver el potencial de esa casa que tanto le gustaba se había torcido.

–Este es el despacho. Algo oscuro –comentó con cautela.

–Si se decapara la madera, quedaría mejor.

Cuando sus miradas se encontraron, Olivia se sintió por los suelos. Parecía que daba un paso adelante y tres atrás. No sabía plantarse cuando llevaba ventaja.

–No me había dado cuenta, lo siento.

–No es más que otra habitación, Liv.

Entonces, ¿por qué daba a entender con su tono de voz que todo lo que había allí debía ser quemado hasta que no quedara ni rastro de Charles Warren? ¿Qué clase de padre no intenta tener una relación con su hijo? ¿Cómo había sido ese hombre capaz de ir por el mundo haciéndose pasar por empresario respetable y filántropo cuando de puertas para adentro no tenía ni una sola foto de su...?

Su mirada recayó sobre una de las fotografías enmarcadas que había sobre el escritorio.

–Este eres tú –miró el resto de fotografías–. Sales en todas ellas.

Eran retazos de su infancia, recogidos en marcos de diferentes tamaños y estilos. Olivia creyó haber descubierto El Dorado.

–Lo retiro.

–¿Qué es lo que retiras?

–Lo que pensé ayer por la noche –Olivia señaló con el marco un punto indefinido del cuarto de estar–. Allí hay un montón de fotos familiares.

–¿Y?

–Que no hay ninguna tuya. Y pensé mal de él por esa razón, pero ahora sé que tenía estas...

Tomó una de las fotos, tomada en la barandilla de la piscina, y arrugó la frente ante la falta de armonía que se percibía entre padre e hijo. Había una brecha visible entre los dos. El lenguaje corporal de Blake sugería que estaba incómodo. Algo que no era de extrañar en un adolescente, pero Olivia sintió que había algo más.

–No lo entiendo. ¿Por qué no puso las fotos ahí fuera? ¿Tanto tiempo pasaba en este despacho?

Desde el umbral, él se quedó mirando fijamente las imágenes con el ceño fruncido.

–No podía ponerlas junto a las otras.

Ella alzó las cejas.

Eso explicaba por qué nadie había oído hablar de Blake, por qué había resultado tan extraño que su nombre apareciera en el testamento, por qué habían tardado tanto en dar con él. Sintió pena. Le pareció ver su cara cuando dijo que no quería volver a esconderse. Ocultar deliberadamente a un niño ante el mundo, negar su existencia hasta que este, ya adulto, se había visto obligado a salir a la luz y a vivir una vida que no deseaba era tan... cruel. Y lo que era aún peor, ella había formado parte de aquello. Había pensado que era una locura rechazar la herencia, se había propuesto convencerlo de aceptar la responsabilidad de aquel «maravilloso» legado.

Olivia sintió náuseas.

–No le permitían hacerlo.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Hizo un trato –contestó con voz grave.

–¿Qué clase de trato?

–Ella no le dio otra opción.

¿Quién? ¿Su madre? Olivia trató desesperadamente de comprender todo aquello al tiempo que intentaba descifrar los sentimientos que se

escondían tras su mirada apagada e impasible. ¿Resignación? ¿Aceptación? De pie en el umbral, aquel hombre tan alto y de fuerte carácter le pareció, de pronto, vulnerable. Y le dio muchísima pena.

Los ojos de Blake se entornaron casi imperceptiblemente y su mandíbula se contrajo. De modo que ahora estaba enfadado. Pero no con sus padres o con su pasado, sino con ella. Cuando él desapareció por el pasillo, Olivia sintió que algo dentro de ella se rompía. Quería conocerlo de verdad, y que Blake dejara de ocultarle sus pensamientos y sentimientos como si ella no le importara. ¿Por qué se esforzaba en demostrarle que no era una cualquiera si luego no tenía en cuenta sus sentimientos? Había intentado no involucrarse emocionalmente, pero ella era como era y no podía cambiar. Los sentimientos que había tratado de mantener bajo control todo ese tiempo habían roto la coraza con la que se había protegido el corazón y se escapaban por las fisuras. Era demasiado tarde. Lo amaba, y no quería vivir atormentada en el futuro por lo que había pasado entre ellos. No podía irse de allí con un puñado de incertidumbres y respuestas sin contestar… No podía hacerlo de nuevo.

Capítulo 10

–No puedes soltar algo así y largarte sin más –dijo Liz, a sus espaldas.

Con la mirada puesta en la puerta al final del pasillo, Blake pensó que detrás se hallaba la libertad y se sintió atraído hacia ella con la misma compulsión con la que un hombre hundido en el agua patalea para llegar a la superficie y tomar aire.

–Maldito seas, Blake. ¿No te puedes quedar quieto un minuto?

Como si él fuera de esos que se quedan quietos. Aunque durante unos instantes, cuando hablaban de los cambios que podían hacer en la casa, había pensado que quizá...

–Habla conmigo.

¿Para qué? ¿Para que sintiera pena por él? De ninguna manera. Ya cerca de la puerta, cambió la dirección de sus pasos. Si se iba a marchar, necesitaría sus cosas.

–Por supuesto, qué tonta soy –dijo mientras él subía por las escaleras–. Esto es lo que haces siempre. Por eso has tenido tantas direcciones, porque siempre sales huyendo.

Con los puños apretados, Blake se quedó inmóvil, tratando de controlar la oleada de furia que lo invadía.

–No sabes nada sobre mí.

–¿Por qué crees que estoy intentando conocerte mejor?

Tras respirar hondo, subió un escalón más.

–¿Adónde vas? ¿A hacer el equipaje?

Lo que hiciera o adónde fuera no era asunto suyo. Había una diferencia entre salir huyendo e irse de un sitio en el que simplemente no quería estar.

–Esa es tu forma de vida, ¿verdad? Cada vez que alguien intenta conocerte, sales corriendo –rio con amargura–. Y eso que habías dicho que no ibas a esconderte más.

Él se puso derecho y se giró.

–¿Qué te hace pensar que haces bien en presionarme?

–La paciencia no me estaba llevando a ninguna parte –sus ojos refulgían de furia–. ¿Crees que me gusta acostarme con un extraño?

–Pues anoche me pareció que te encantaba –contraatacó como un animal acorralado.

Ella alzó la barbilla, desafiante.

–Te diré lo que no entiendo. El extraño con el que me acuesto es un tipo genial, por eso me gustaría conocerlo mejor. El tipo con el que estoy durante el día no está del todo mal, pero podría ganar el campeonato al idiota del año sin aplicarse demasiado.

Blake apretó los labios hasta que formaron una fina línea. Si ella quería desahogarse a su gusto, adelante. Pero, una vez lo hubiera soltado todo, no tendrían más que hablar.

–¿Cuáles crees que son mis intenciones? ¿Atraparte en un compromiso a largo plazo? ¿Empezar a planear la boda y ponerles nombres a los niños en el momento en que me cuentes algo de tu vida? ¿Qué te hace pensar que estoy desesperada por vivir un final de cuento de hadas? Si lo estuviera, te aseguro que no lo buscaría contigo.

Aquello le sentó mucho peor de lo que esperaba.

–Pues entonces dime qué es lo que quieres.

–Simplemente quiero que hables conmigo.

–¿Y que repasemos juntos mis traumas infantiles? No sabía que en la carrera de Derecho os dieran clases de psicología.

–¿Crees que eres la única persona traumatizada por algo que ocurrió en el pasado? –gritó.

Blake sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

–No tienes ni idea de lo que es estar traumatizada y de lo que cuesta salir adelante.

Los ojos de Olivia brillaron de pura emoción.

–Cuando te pases seis años de tu vida creyendo que de haber hecho algo diferente habrías salvado una vida, me cuentas lo que significa estar traumatizado y lo que cuesta salir adelante, ¿vale? –respiró hondo, sacudió la cabeza y adoptó un tono frío y controlado–. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Si quieres contarme tu vida, hazlo. Si no quieres hacerlo, no lo hagas. Pero no será porque yo no lo he intentado.

–No puedo.

Las palabras salieron impulsivamente de su boca, sorprendiéndoles a los dos.

–Claro que puedes –repuso ella en voz baja.

–No –le costó decirlo de nuevo–. De verdad que no puedo.

El énfasis le hizo callar un instante antes de preguntar:

–¿Por qué no?

–Porque no se me da bien hacerlo.

–Podrías intentarlo.

–No es tan sencillo –se sentó en el escalón, con los pies separados y

los codos apoyados en las rodillas, y la miró a través de la balaustrada de madera tallada–. No me gusta hablar de mis cosas. No se me da bien.

Evitando su mirada, ella suspiró y levantó un dedo.

–No te muevas de ahí.

Subió las escaleras y se sentó un par de escalones por debajo de él.

–Mantengo una conversación, pero no soy capaz de...

Por lo visto, no era capaz de terminar sus frases.

–¿Alguna vez has dicho algo sin pensarlo primero? Hablo de temas personales.

–No.

–¿Y eres así con todo el mundo?

–Sí.

–¿Qué me dices de Marty? Da la sensación de que estáis muy unidos.

–Hablamos como lo hacen los tíos.

–Utilizando analogías deportivas, ¿no? –sus ojos se animaron–. Yo también puedo hablar en jerga futbolística, si eso ayuda.

–¿Sabes lo que ayudaría?

Luchó durante unos segundos contra la necesidad de acortar distancias y finalmente la tomó de la mano y abrió más las piernas para acomodarla junto a él en el escalón de abajo. Ella se reclinó de espaldas contra su pecho y él aspiró el aroma que emanaba de su cabello. Sintió que ella se estremecía y esperó a que se relajara.

–Que me contaras lo que te pasó hace seis años, aunque sé que no debería preguntártelo.

–¿Por qué no?

–Sería una hipocresía por mi parte, ¿no crees? Si tú me cuentas tus cosas, esperarás que yo te cuente las mías.

–¿Quieres intentarlo?

–No puedo cambiar el pasado, Liv. Hablar de ello no va a deshacer lo que está hecho.

Al decir esas palabras, se sintió muy vacío por dentro.

–¿Quieres que te diga lo que siento?

¿Le estaba pidiendo permiso?

–Creo que estamos en el escenario perfecto para contarnos cosas. Somos como dos barcos que pasan el uno junto al otro en medio de la noche. No importa si alguien está en tu vida cinco minutos o cincuenta años. Todos forman parte del viaje, si les dejas. Te parecerá una tontería, pero...

–No, no me lo parece. He conocido a gente así.

Ella alzó la mirada.

–¿Quién?

–Matthew Allen, el hombre que me enseñó a tallar la madera –sonrió al recordarlo–. Un viejo gruñón, pero muy sabio. Era capaz de ver cosas en trozos de madera que otros habrían desechado. Me dejó sus herramientas cuando murió.

Un preciado legado proveniente de un hombre que, en tan solo seis meses, le había dado más cariño paternal que Charles Warren en toda su vida. La muerte de Matthew lo entristeció mucho, un sentimiento que todavía tenía a flor de piel.

–Ahora sé algo nuevo sobre ti...

Blake asintió meditando sus palabras. Le gustaba la idea de formar parte de su viaje y de dejar en ella una huella tan profunda como la que ella estaba dejando en él.

–Intentaré ser más comunicativo a partir de ahora, pero me tienes que prometer que no volverás a mirarme como hiciste en esa habitación.

–¿Cómo te miré?

–Como si yo fuera un perrito herido. No quiero inspirarte lástima.

–¿Crees que era lástima? –preguntó ella, sorprendida.

–¿Qué era, si no?

–Te aseguro que no era lástima. Pasé de estar resentida con tu padre a perdonarlo un poco y de ahí a odiarle con pasión. Todo en menos de diez minutos. No entiendo por qué alguien puede ocultar a su hijo de esa manera. Tengo una sobrina de dos años, Amy, y Johnnie va repartiendo fotos de ella como si fueran folletos. La primera sonrisa de Amy, el primer diente de Amy, la primera vez que Amy sostuvo una cuchara. La pobre criatura nunca tiene un momento de paz.

–No es lo mismo.

–Debería haberlo sido.

Pero ya no se podía hacer nada al respecto. Y aunque no aprobaba la mayoría de las decisiones que habían tomado sus padres, entendía en parte sus motivaciones.

–A veces es mejor mantener a los hijos alejados de la mirada del público.

–No me refiero a eso. Ser protector y mostrarse orgulloso no se excluyen mutuamente.

–No te pongas así, preciosa. Estoy de acuerdo contigo.

Sonrió, preguntándose si ella sería consciente de que el niño al que defendía con tanta pasión ya era un hombre hecho y derecho.

–¿Puedes contarme lo que ocurrió hace seis años?

Ella asintió.

–Sí, ya sí. El psiquiatra del departamento es testigo de ello. Sabes

que mis hermanos son policías.

–Sí.

–¿Te dije que mi padre también lo era?

–No.

–Y antes, también lo fue su padre. Lo llevamos en la sangre. Desde pequeña, quise ingresar en la Academia.

–¿Qué le pareció a tu padre?

–Tenía sentimientos encontrados al respecto, pero me gusta pensar que habría estado orgulloso de mí –evitando su mirada, añadió con pragmatismo–: Sufrió un ataque al corazón dos años antes de mi graduación.

–Habría estado orgulloso de ti –afirmó Blake, convencido.

Ella sonrió agradecida antes de continuar.

–Después de la graduación, a los novatos los asocian a un oficial instructor. A mí me asignaron a Nick, que me enseñó muchísimo. Una de las cosas que me decía constantemente era que no se podía ser policía si dejabas que te dominaran las emociones. Teníamos que guardarlas dentro para poder hacer nuestro trabajo. A mí eso me costaba mucho. Ya te dije que necesito conocer la vida de las personas para comprender por qué hacen lo que hacen –aguardó a que él asintiera antes de continuar–. Aunque se supone que no tenemos que ayudarlas a tomar decisiones. Y eso se me sigue dando fatal.

Blake sonrió y ella hizo una pausa para dar un hondo suspiro.

–En la zona en la que patrullábamos había un paso subterráneo junto a un parque donde se reunían vagabundos. De vez en cuando pasábamos por allí para inspeccionar. Comprobábamos si se drogaban, si había menores, si alguno había desaparecido o muerto durante la noche... Ese tipo de cosas –se encogió de hombros–. El problema es que empiezas a conocer a la gente...

–No veo nada malo en eso.

–Lo es si te cuesta no involucrarte –respiró hondo–. El caso es que hice migas con Jo. Era mi contacto: me contaba si había problemas, cuidaba de todos ellos, se aseguraba de que estuvieran bien alimentados... Era una chica especial, muy madura para su edad –sonrió–. Todavía lo es.

–¿Sigues en contacto con ella?

–Compartimos piso.

–Eso es lo que yo llamo llevarse el trabajo a casa.

–No me juzgues –le advirtió ella–. Jo me presentó a Aiden. Era un buen chico, un poco desequilibrado, pero buen chico –Olivia parpadeó varias veces, como si estuviera fijando la mirada en algo muy lejano–. Un día se metió en líos con un tipo que le había robado y yo le

aconsejé que hablara con él y que aclarara las cosas. Mientras íbamos a por café, Nick me echó la charla de siempre, y resultó que tenía razón. Nada más marcharnos, Aiden siguió mi consejo y fue a hablar con el tipo. Hubo una pelea, el tío sacó una navaja y apuñaló a Aiden en el estómago. Cuando nos llamaron, no tardamos ni diez minutos en llegar, pero murió allí mismo.

Blake sintió que ella volvía a estremecerse y tensó los brazos.

–No fue culpa tuya.

–Yo no fui la que blandió el cuchillo, pero me sentí como si lo fuera.

–Te limitaste a darle un consejo; él no tenía por qué seguirlo.

–Yo llevaba uniforme y él tenía tan solo dieciocho años –dijo meneando la cabeza–. Debería haber tenido más juicio. O haber intervenido...

Si hubiera intervenido, podría haber acabado apuñalada y muriendo en la escena del crimen. Blake nunca la habría conocido, una posibilidad que no le gustaba nada.

–Son cosas que pasan –Blake arrugó la frente al darse cuenta de lo triviales que habían sonado sus palabras–. Ese chico te importaba lo suficiente como para que intentaras ayudarlo. Seguro que para alguien que vivía en la calle eso significaba mucho.

–Pero no fue suficiente –dijo ella con un hilo de voz.

Blake le alzó la barbilla con el dedo y, mirándola fijamente a los ojos, repitió:

–No fue culpa tuya.

–Lo sé.

–¿De verdad?

No estaba tan seguro.

–Quiero creerlo. Ahora estoy mucho mejor, pero me ha llevado mucho tiempo aceptarlo. ¿Entiendes?

Él le acarició la mandíbula.

–Sí, pero no puedes echarte la culpa, Liv. Todos tomamos decisiones todos los días, algunas son grandes, otras pequeñas. Si nos dedicáramos a imaginar la reacción en cadena de cada una de ellas, nos volveríamos locos. Las cosas no salen siempre como queremos, pero podemos aprender de nuestros errores y tratar de aceptarnos cuando nos miramos en el espejo. Creo que no podemos hacer más.

Ella enarcó las cejas.

–Vaya, eso que has dicho es ...

–¿Inteligente?

–Iba a decir «sabio».

–Podrías intentar no parecer tan sorprendida.

Se sonrieron el uno al otro y él le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–¿Por eso dejaste el cuerpo?

–Fue cuando empecé a planteármelo. Cuando eres novato, sabes que pueden pasar cosas así. Todos tenemos un mal día, es parte del trabajo. Pero, en mi caso, se repetían una y otra vez. La primera vez que blandí el arma me puse como un flan. En ese momento me di cuenta de que no podía seguir.

–Y empezaste la carrera de Derecho...

–Tardé un tiempo en decidir qué hacer, pero, si lo piensas, tiene su lógica.

Blake no recordaba haber respetado nunca a nadie como respetaba a Liv en aquel momento. Él sabía lo que era levantarse, sacudirse el polvo y pasar a otra cosa, pero no tenía ni idea de lo que suponía permanecer en el mismo sitio y reinventarse como había hecho ella. Posiblemente porque nunca había tenido nada por lo que luchar, por lo menos nada tan importante como el juramento que ella había hecho de «proteger y servir». Y es que eso era lo que hacía Olivia. No solo preocupándose por los miles de empleados de Warren Enterprises; también se preocupaba por él. Sus consejos iban más allá de su trabajo como abogada, y le ofrecían una perspectiva diferente de las cosas. Si ella pensaba que se estaba equivocando, se lo decía, protegiéndole de una ofuscación que podía obstaculizar su camino, algo que le había ocurrido más de una vez.

–Gracias por contármelo.

–De nada.

Su mirada azul se suavizó, llenando de calidez el gran vacío que Blake sentía en su interior, como pasaba siempre que hacían el amor. La observó detenidamente: ¿qué era lo que la hacía diferente a todas las mujeres que había conocido? Con Liv lo sentía todo más intensamente: el deseo, la necesidad, el hambre. Le frustraba su incapacidad para ofrecerle algo más que sexo puro y duro y al mismo tiempo lidiaba con sensaciones nuevas: celos, posesividad y un afán de protección que nunca antes había experimentado y que le llevaba a querer ponerla a salvo hasta de sí mismo.

Una persona con esa capacidad de amar no merecía estar con alguien como él. No si el vacío que se ocultaba en su interior lo llevaba a absorber el amor de ella como si fuera una sanguijuela. En el momento en que eso ocurriera, tendría que dejarla, estuviera o no preparado para ello.

–¿Tienes hambre? –preguntó Olivia, excusándolo de tener que cumplir con su parte del trato. Algo que él agradeció, no porque no

quisiera hacer el esfuerzo de contarle sus problemas, sino porque las cosas no tenían por qué girar siempre en torno a él.

–Sí –respondió esbozando una sonrisa de complicidad.

–Quiero decir de comida.

Él sonrió.

–Eso también.

–Eres insaciable, ¿lo sabías?

Se puso en pie y, tomándolo de las manos, le ayudó a levantarse.

–¿Es eso una queja?

–¿Te parece que me estoy quejando?

Blake sonrió abiertamente mientras caminaban por el pasillo.

–Me lo tomaré como un piropo.

–Está claro que no necesitas abuela...

Capítulo 11

–Creo que deberías conservar la casa. Te necesita.

–No creo que a la casa le importe quién la cuide, con tal de que alguien lo haga. Las casas son así de curiosas.

Caminando de la mano por la playa, Oliva respiró hondo y sonrió. Se sentía feliz y, desde la conversación que había mantenido con Blake, más unida a él de lo creía razonable. Aunque pensaba que una tenía que aprovechar los momentos de felicidad que encontrara en su camino, parte de ella estaba a la espera de que estallara la burbuja en la que estaban instalados.

–¿He mencionado las ventajas de que esté en los Hamptons?

–No, pero vas a hacerlo.

–No tendrías que pasar todo el año aquí. La mayoría de la gente no lo hace. Y, si te entran ganas de viajar, tienes un montón de sitios adonde ir. Ahora eres propietario de varias casas en todo el mundo.

–Y de varios aviones privados para llegar a ellas.

–Exactamente.

–Estaré encantado de ayudarte a entrar en el Club de las Alturas.

–Lo digo en serio –rio ella.

–Yo también –repuso él guiñándole un ojo.

Olivia puso los ojos en blanco y él se detuvo para besarla. Fue un beso suave, casi tierno, un tipo de beso que se repetía con más frecuencia desde que había comenzado a contarle retazos de su vida. Pero no siempre estaban en ese plan. Había veces que se buscaban, hambrientos, y otras en las que era más importante dar que recibir; momentos en los que bromeaban y momentos, como aquel, en que se decía a sí misma que todo iba a salir bien. Aunque pensara lo contrario. Eran dos personas muy diferentes: Blake era un nómada, sin más ataduras y responsabilidades que la de cuidar de sí mismo, mientras que Olivia estaba atada a la gente que amaba y al lugar que ella llamaba su casa. Era neoyorquina, miembro de la familia Brannigan, amiga de sus amigas y una abogada entregada a su trabajo. No sabía cómo encajar la relación con alguien como Blake en una vida como la suya.

–Piénsatelo –murmuró contra su boca.

–Veo que te encanta este lugar.

–Sí.

Él escudriñó sus ojos antes de anunciar:

–Es tuyo.

Olivia soltó una carcajada incrédula.

–No puedes regalarme una casa.

–Puedo hacer lo que quiera.

–No puedo aceptar un regalo tan excesivo –dijo ella dejando de sonreír.

–Sí puedes.

–No, no puedo. La gente no va por ahí regalando casas.

–Tengo casas para dar y tomar.

–Para ya –dijo ella con firmeza–. Lo único que digo es que deberías pensártelo antes de vender. No tienes por qué tomar todas las decisiones deprisa y corriendo. Hay cosas que merece la pena conservar...

–Es solo una casa, Liv.

–Siempre dices eso. No es «solo» una casa y, aunque lo fuera, te diría lo mismo. No quiero que me hagas regalos tan caros. Parecería que es un...

–¿Un pago?

–Exactamente –dijo ella, frustrada–. La abogada se acuesta con un billionario y le saca una casa en los Hamptons.

–Me da igual lo que piense la gente.

–A mí no –intervino ella en un hilo de voz–. Se nos juzga por nuestras acciones. ¿Cómo iba a trabajar con empresarios ricos y poderosos si recelan de mis motivos? No podría sonreír a un tipo sin que alguien pensara que quiero sacarle algo.

–No lo pensarían.

–Puede que sí.

–¿Así que no puedo regalarte nada? Flores, bombones... Todas esas cosas que se supone que os gustan a las mujeres, ¿son inaceptables?

Ella esbozó una leve sonrisa.

–No me refería a eso. Lo que digo es que hay una gran diferencia entre regalar un ramo de flores y una casa. No necesitas cortejarme, Blake. Teniendo en cuenta el tiempo que hemos pasado en la cama, podría decirse que nos saltamos la fase del cortejo, ¿no crees?

–No sé lo que quieres decir.

Olivia apoyó las manos sobre su pecho.

–No necesito que me hagas regalos caros. Quien los necesite no te merece.

Lo que él no sabía era que ya le había hecho un regalo enorme. Cuando ella le contó lo que le había pasado hacía años, él no se limitó

a decirle lo que necesitaba oír. Aunque pensara que lo tenía superado, lo cierto era que aquel día aciago le seguía pesando como una losa. Pero al contárselo a él, al oír su voz sincera y ver la firmeza de su mirada mientras le decía que no había sido culpa suya, Olivia sintió que se quitaba un gran peso de encima. Ni el psiquiatra del departamento, ni sus compañeros, familiares y amigos habían conseguido ayudarla. Y ahora llegaba Blake y le daba un regalo que el dinero no podía comprar: el primer atisbo de paz interior que sentía desde hacía seis años.

Blake la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Ella apoyó la mejilla en su pecho y halló consuelo en el latido acompasado de su corazón. Miró el centelleante océano y tomó una fotografía mental de aquel momento, que guardaría en el recuerdo para rememorarlo el día en que todo aquello le faltara. No quería irse de allí todavía. Era como si supiera que marcharse de los Hamptons marcaría el principio del fin.

–Olvidemos que he intentado regalarte una casa. Sería dificilísimo envolverla, de todas maneras.

–Es cierto –repuso ella sonriendo.

Ella lo miró y él le dio uno de sus besos que encendían una llama en su interior. Se había equivocado al pensar que la atracción entre ellos podría estallar como una bengala para luego desvanecerse. Conocerle mejor había añadido profundidad y riqueza a su relación sexual. Ahora lo deseaba más, si cabe.

–Deberíamos ir pensando en hacer el equipaje –dijo ella suspirando–. El helicóptero vendrá a primera hora.

–Todavía tenemos tiempo.

–No quiero dejar la casa desordenada –repuso ella forzando una sonrisa–. Recuerda que le dijiste al servicio que podíamos defendernos nosotros mismos.

Con las manos entrelazadas, pusieron rumbo a la casa en un silencio que ella no sintió la necesidad de llenar.

–No la voy a vender –anunció él antes de abandonar la playa.

–Me alegro –dijo Olivia pasándole la mano por la cintura–. Si tienes suerte, la próxima vez que venga a los Hamptons, vendré a verte.

–Pero llamarás primero, ¿no?

Blake se acomodó sobre las almohadas y levantó el brazo para que Liv pudiera acurrucarse junto a él antes de dormir. Sintió el peso de la

mejilla sobre su pecho y el roce de sus senos en el costado mientras trazaba, pensativo, perezosos círculos sobre su espalda. No era la primera vez que se sorprendía a sí mismo esbozando una imagen mental de la casa que le había prometido conservar. Ella tenía razón; podía hacer algunos cambios y disfrutar con el proceso. Al fin y al cabo, las casas antiguas siempre habían sido su especialidad. Pero mientras paseaba mentalmente de habitación en habitación, Liv siempre estaba allí. No podía imaginar la casa sin ella.

Pero, aun en el caso de que decidiera echar raíces en algún sitio, tendría que tomar decisiones que nunca había querido tomar, y eso le iba a poner de un humor de perros. No querer ponerse al frente de la empresa no era solo una cuestión de responsabilidad. Aunque le costara reconocerlo, parte del problema era que no estaba seguro de poder hacerlo. Y si había algo que Blake odiaba más que descubrir que no sabía hacer algo era saberse rodeado de gente que sabía hacerlo mejor que él. Claro que siempre podía delegar; de hecho estaba acostumbrado a hacerlo. ¿No era lo mismo que dirigir una empresa? Pero hacer algo que le reportaba placer, como renovar el almacén, era una cosa y otra muy distinta era realizar cambios tan grandes en su vida.

Liv restregó una pierna contra la suya y emitió un murmullo de satisfacción que lo tranquilizó. Recordó la primera mañana que pasaron en su apartamento, lo feliz que se había sentido de tenerla a su lado, y lo mal que se encontraba cuando estaban separados. Olivia era como una hoguera en lo más profundo del invierno: si uno se acercaba demasiado, las llamas lo devoraban hasta consumirlo, pero, si se alejaba, un frío ártico le penetraba los huesos hasta entumecerlo. ¿Sería la casa así sin su presencia?

Pensar en alejarse de Olivia le hizo recordar el frío vacío que había en su interior. Necesitaba enfrentarse a él y averiguar de una vez por todas por qué era incapaz de sentir nada por la muerte de ese hombre a quien le debía parte de su herencia genética. No podía pasarse la vida anestesiado o enfureciéndose cada vez que no podía comunicar algo claramente. ¿Acaso hablar con Liv durante los últimos dos días no había demostrado que, si se empeñaba, era capaz de encontrar las palabras necesarias?

–Nos mudábamos de casa continuamente…

Quería que ella comprendiera por qué nunca había echado raíces en ningún sitio.

–Todo empezó cuando tenía siete años. Un tipo apareció en la puerta del colegio y tuvo un altercado con mi madre. Nos siguió a casa, aparcó fuera y tomó varias fotografías. Cuando vio que eso no le

llevaba a ninguna parte, empezó a venir al colegio a la hora del recreo y a llamarme desde el otro lado de la valla: «Eh, chaval, ¿dónde está tu padre? ¿Lo has visto alguna vez? Tengo una foto de él, ¿quieres verla?».

Blake todavía podía oír la voz de aquel hombre. Recordó la mezcla de curiosidad y temor que había sentido al mirar la fotografía.

–Era la primera vez que veía a Charlie Warren. Había alcanzado esa edad en la que los niños se dan cuenta de que no tienen un padre y una madre, y empiezan a hacer preguntas. Mi madre siempre me decía que era un hombre muy ocupado, y que tenía un trabajo muy importante y de mucha responsabilidad. A veces, simplemente cambiaba de tema. Me imagino que le resultaba difícil explicarle a un niño por qué no podía estar con una persona por mucho que la amara.

Hizo una pausa para respirar y comprobó que, lo que de pequeño le había dolido, ahora no le hacía sentir nada.

–Al día siguiente de ver la foto, ya habíamos empaquetado todas nuestras cosas y nos habíamos ido de la ciudad.

Recordó su enfado al tener que dejar sus amigos, el colegio, cómo discutió con su madre hasta que esta le prometió comprarle el perro que tanto deseaba tener, algo que nunca hizo.

–Después de aquello, mi madre vivió en alerta permanente. Puede que tuviera razón y que hubiera gente acechándola. Pero creo que al final se convirtió en paranoia. A nadie le importaba quiénes éramos.

–Te estaba protegiendo.

–De la única manera que sabía. Por eso dejó a Charlie; no podía soportar estar en el punto de mira, y tampoco quería que lo estuviera yo. En cuanto supo que estaba embarazada, tomó la decisión.

–¿Cuántas veces te mudaste de casa?

–Dejé de contarlas. Al principio piensas que todo el mundo vive así, y cuando eres lo suficientemente mayor para darte cuenta, no conoces otra cosa. Cuando el periodista nos perdió la pista, buscó a Charlie para darle la noticia de que tenía un hijo. Charlie contrató los servicios de un investigador privado para que nos localizara. Tengo que reconocer que se puso furioso con mi madre cuando nos encontró.

–Tú habrías hecho lo mismo.

Seguramente, pero hasta ese momento nunca había entendido lo que habría sentido Charlie. En la oscuridad, sintió la curva del estómago de Liv contra su cadera y durante unos instantes se preguntó qué sentiría si ese estómago tuviera un bebé, el bebé de ellos dos, moviéndose en su interior. Se puso en el lugar de Charlie y se imaginó que Liv fuera su madre y comprendió que se pusiera furioso con ella por haberle ocultado a su hijo. Liv tenía razón, él habría hecho lo

mismo.

Pero la imagen mental no se detuvo ahí. No le sorprendió sentir una presión ardorosa en la ingle al pensar en lo que había que hacer para poner un bebé en el estómago de Liv; lo que le dejó anonadado fue lo a gusto que estaba con la idea de que ella se quedara embarazada de él, de la nueva vida que los uniría para siempre. Nunca había considerado la posibilidad de tener hijos y de formar su propia familia.

–Sigue –le pidió ella, totalmente ajena a sus pensamientos.

–¿Por dónde iba?

–Charlie os encontró y se peleó con tu madre.

Él se pasó una mano por la cara tratando de serenarse.

–Cuando se calmaron y hablaron sobre ello, Charlie lo entendió. Se había topado con muchos periodistas a lo largo de su vida y sabía lo insegura que se sentía mi madre. Él la amaba, o al menos eso creo, pues nunca llegó a casarse. Hicieron un trato: ella le enviaría fotografías y le mantendría al tanto de mis progresos, y él le mandaría dinero y mantendría el secreto hasta que yo fuera lo suficientemente mayor como para decidir por mí mismo lo que quería hacer.

–¿Y nunca te visitaba?

–Cuando podía, pero no le resultaba fácil hacerlo con discreción. A veces le costaba localizarnos. Mi madre era un poco informal a la hora de cumplir su parte del trato, la de mantenerse en contacto. Cada vez que él nos visitaba, ella se quedaba angustiada durante días. Todo el mundo nos miraba, todo el mundo hablaba de nosotros, alguien había reconocido a Charlie. Era más sencillo que no nos visitara.

Blake se había dado cuenta de ello a los doce años. Le fastidiaba aquel hombre que hacía que su vida fuera aún más complicada de lo que ya era.

–De todas maneras, unos cuantos días al año no iban a forjar una unión padre-hijo. De adolescente se lo puse difícil. Me importaba un bledo que estuviera con nosotros o no. La cuestión era que no lo estaba y que yo ya tenía suficiente con aguantar a mi madre.

–¿Nunca confió sus problemas a nadie?

–¿Y correr el riesgo de que alguien nos delatara? Cielos, no.

Cuando se dio cuenta de que a su madre le habría venido bien hablar del tema con alguien, ya era demasiado tarde.

–Si hubiera ido a la consulta del médico más a menudo, habrían encontrado el tumor antes.

Se sentía culpable por eso. Debería haberla obligado a ir antes al médico, debería haberse dado cuenta de que algo marchaba mal.

–¿Fue entonces cuando viniste aquí?

–Cuando ella se derrumbó y le dijeron en el hospital que tenía cáncer, la obligué a que se pusiera en contacto con Charlie, para ver si a través de su influencia podía obtener el tratamiento que necesitaba. Tras un par de semestres en un instituto en Nueva York decidieron que pasaría el verano aquí. No me dieron opción. Las cosas no fueron como Charlie esperaba. A los diecisiete yo era bastante chulo, siempre me metía en líos y me daba rabia tener que estar aquí con un tipo al que apenas conocía. Ni siquiera podíamos jugar juntos al fútbol; él era mayor que mi madre, para empezar.

Blake le pasó la palma de la mano por la espina dorsal antes de empezar de nuevo a trazar círculos con las yemas de los dedos.

–Viéndolo con perspectiva, creo que ese verano y los dos años que mi madre estuvo enferma antes de morir me cambiaron para bien. Si las cosas hubieran sido diferentes, quizá hoy más de un miembro de la familia Warren llevaría chándal carcelario.

–No lo creo –dijo Liv con un convencimiento que él se creía lejos de merecer.

Ella no lo había conocido entonces.

–¿Cuándo lo viste por última vez?

–En el funeral de mi madre.

–¿Y nunca trató de retomar el contacto?

Blake pensó inmediatamente en el sobre que había llevado consigo últimamente.

–No hasta que fue demasiado tarde.

–Debería haberlo intentado.

–Yo puedo ser muy cabezota cuando quiero.

–¿Tú? –ella le dio un beso a la altura del corazón y apoyó la mejilla contra su pecho–. No me lo creo.

Él sonrió en la oscuridad.

Permanecieron en silencio durante un buen rato. Un reloj lejano marcó las horas mientras Blake trataba de poner en orden sus pensamientos. ¿Qué diablos hacía fantaseando con tener un hijo cuando no tenía ni idea de lo que significaba el concepto de familia? Las familias eran cosas que tenían los demás. ¿Y si tener una propia no llenaba el vacío que había en su interior o si, peor aún, pasaba ese defecto a sus hijos? Ni ellos ni su madre se lo merecían. Instintivamente, abrazó a Liv con más fuerza. No podía hacerle eso. Se prometió dejarla antes de que pudiera hacerle daño. No era lo suficientemente bueno para Olivia.

Ella cambió de posición junto a él y le acarició los brazos susurrando al mismo tiempo:

–Gracias por contármelo...

Era lo mínimo que podía hacer. Su incapacidad de darle algo más cuando nada parecía suficiente le obligó a sofocar sus más básicos instintos. Pero cuando sintió los labios suaves de ella recorriéndole la boca sintió la necesidad de arrimarse a su hoguera y, haciendo rodar sus cuerpos, tomó el mando antes de ser devorado por las llamas que ella encendía en su interior.

Olivia encontró la carta por casualidad al recoger sus vaqueros. El sobre cayó al suelo y ella se agachó para recogerlo y lo desdobló para ver si era algo que podía tirar. Al ver tachadas varias direcciones que le resultaban familiares se quedó de piedra. Le dio la vuelta y leyó la dirección del remitente. El adhesivo estaba intacto. ¿Cuánto tiempo había llevado el sobre encima? Se fijó en las fechas de los matasellos y enarcó las cejas, sorprendida.

–Vaya, ¿cuántos botes te has traído? –gritó Blake desde el cuarto de baño.

–¿Tú crees que soy así de guapa de forma natural? –replicó ella arrugando la frente mientras miraba el sobre.

–Esa es la típica pregunta para la que no hay una respuesta correcta.

Girándose hacia la cama, sobre la que estaban dispuestas las bolsas de viaje, dudó si decirle que lo había encontrado. Le encantaba que él le hubiera contado tantas cosas, pero cuanto más unidos estuvieran más tendrían que perder. Oír la historia de su pasado mientras la abrazaba en la oscuridad había tenido sobre ella un efecto más poderoso que el haber hecho el amor en el auténtico sentido de la palabra.

¿Por qué no había abierto la carta? ¿Por qué la llevaba encima? ¿Por qué no le había dicho que…?

Alzó la barbilla y frunció las cejas con más fuerza. El hecho de que estuviera deseando confiar sus pensamientos más íntimos a un hombre que la necesitaba a ella mucho menos de lo que ella lo necesitaba a él, no le daba derecho a buscar en Blake algo que simplemente no existía. ¿Cuántas veces tenía que repetirse a sí misma que lo que había entre ellos acabaría para terminar de convencerse? Dobló el sobre y lo metió en el bolsillo de sus vaqueros antes de introducirlos en la bolsa de Blake. Justo en ese momento apareció él con un montón de botecitos de tocador y los metió en la bolsa de ella.

–¿Ha quedado algo en Macy’s?

–Recuérdame que nunca te enseñe el armario donde guardo los

zapatos.

–¿Estoy autorizado a regalarte zapatos?

–Estarías alimentando un vicio.

Cuando él se acercó a besarla meneando la cabeza, ella apartó la mejilla.

–Ya ha llegado el helicóptero. Deberíamos marcharnos.

No mentía; sentía la vibración de las hélices no lejos de allí, pero el hecho de que ella lo hubiera rechazado le hizo fruncir el ceño.

–¿Qué te pasa?

–Nada, aparte de que soy yo la que te está haciendo el equipaje…

–La casa seguirá aquí la semana que viene –dijo él con esa voz ronca que tanto le gustaba–. Volveremos el fin de semana que viene.

Olivia se metió un mechón de pelo detrás de la oreja antes de cerrar la cremallera de las bolsas.

–El fin de semana que viene no puedo. Es el cumpleaños de Jo.

–Volveremos, Liv.

–Nunca se sabe –dijo ella intentando sonreír sin mucho éxito–. Puede que encontremos un sitio que nos guste más.

–No estás engañando a nadie, preciosa –él agarró las bolsas y la besó en el pelo–. Pero me niego a sentir celos de una casa.

El helicóptero estaba aterrizando cuando llegaron a la puerta de entrada. Olivia pasó una mano por la barandilla de madera y miró el edificio.

–Adiós, casa –tragó saliva intentando deshacer el nudo que se le había formado en la garganta–. Cuida a Blake por mí.

Se giró y obligó a sus reacias piernas a alejarla de allí.

Ahora que abandonaban los Hamptons y su mundo de fantasía, era el momento de volver a la realidad. Con la cabeza bien alta avanzó hacia el helicóptero sin mirar atrás. Nunca había pensado que iba a ser ella la que pusiera fin a la relación. Se preguntó por qué. ¿Estaba tan desesperada como para agarrarse al último minuto hasta el día en que él la abandonara? ¿Acaso no era eso masoquismo?

Había llegado el momento de prevenir daños mayores. Tenía que darse a sí misma la oportunidad de superar aquella relación. Y no le iba a resultar fácil, teniendo en cuenta que no solo se había enamorado de una casa.

Capítulo 12

–Siempre he pensado que, si alguien me dejara unos cuantos millones de dólares, estaría mucho más contento de lo que pareces estar tú.

Marty se dejó caer sobre el taburete de al lado y pidió una cerveza.

–No todo es tan bonito como parece.

–Eso lo dices para que me sienta mejor.

No era el caso. Se había visto obligado a tomar decisiones que nunca hubiera querido, y eso le ponía de un humor de perros. El hecho de que Liv hubiera adoptado una actitud extraña con él no contribuía a mejorarlo.

–Te lo mereces por no haberme contado toda la verdad –dijo Marty.

Blake se llevó la botella a la boca.

–Sabías que mi padre tenía dinero y que yo no quería tener nada que ver con él.

–Pero omitiste que tu padre se llamaba Charles Warren, ¿no, Anders?

–¿Podrías dejar de llamarme Anders?

El partido de béisbol que se emitía en una gran pantalla detrás de la barra acaparó su atención mientras iban llegando poco a poco clientes para el almuerzo. Marty respiró antes de sacar de nuevo el delicado tema de conversación.

–¿Qué tal tu primer día en la oficina?

–Me he dado una vuelta por allí.

–Bueno, pues mientras tú te «dabas una vuelta» –dijo Marty haciendo el signo de las comillas con los dedos–, el resto de la clase se ha ido de excursión al almacén junto al río.

Blake se giró hacia él.

–¿Y?

–Se puede hacer –asintió–. Tienes que hablar con el arquitecto y el inspector de edificaciones, pero sí, nos va a tener ocupados durante un tiempo.

–Bien. Contrata a todos los hombres que necesites.

–Sí, jefe.

Estuvieron un rato viendo el partido. Blake miraba cada dos por

tres la pantalla del móvil.

–¿Estás esperando una llamada importante?

–No –contestó dejando el teléfono y tomando la botella de cerveza.

–¿Qué problema hay entonces?

–¿Aparte de que a lo mejor necesito un nuevo abogado?

Si para mantener con ella una conversación que no fuera de trabajo tenía que despedirla, estaba dispuesto a hacerlo. Le daba la sensación de que desde que volvieron a Manhattan no hablaban de otra cosa. Y, por sexy que le resultara, no quería pasar el tiempo con la Olivia-abogada, sino con la que había estado en los Hamptons. ¿Adónde se había ido esa mujer? La echaba de menos.

–Pensé que había algo entre vosotros dos.

Blake frunció el ceño.

–Ya veo –dijo Marty.

Se quedaron en silencio hasta que Blake no pudo aguantar más.

–Si tienes algo que decirme, suéltalo.

–No es asunto mío.

–Eso nunca te ha cohibido.

–Es que nunca me había parecido que algo te importara tanto.

Blake se quedó mirando la botella que hacía girar entre las manos, mientras a su alrededor se producía un coro de gritos y gruñidos de protesta por lo que ocurría en la pantalla.

–Me importa.

Se produjo una larga pausa antes de que Marty interviniera.

–¿Sabes lo que creo?

–Lo sabré cuando te decidas a soltármelo.

–Creo que has dejado el banquillo demasiado pronto. Y el hecho de que la abogada te la haya lanzado curva no ayuda.

Blake le miró de reojo.

–¿Puedes hablarme sin utilizar la jerga del béisbol?

Marty se acodó en el bar y se giró hacia él cuando empezaron los anuncios.

–Tu problema siempre ha sido que reaccionas por impulsos, sin reflexionar. Eso lo sabemos desde el instituto, donde te metiste en líos desde el primer día. Y ahora estás haciendo lo mismo. En mi opinión, no has dedicado el tiempo suficiente a entrenarte. Atacaste nada más verla, y es comprensible, al fin y al cabo, tienes ojos, pero ahora te estás haciendo preguntas que deberías haberte hecho antes.

El partido continuó, y Marty se giró hacia la pantalla, dejando a Blake asimilando sus palabras.

–¿Por qué no me dijiste esto antes?

–Nadie se atrevería a interponerse en tu camino cuando estás en

ese plan.

Blake respiró hondo y miró la pantalla. Marty tenía razón: se estaba haciendo preguntas. Algunas tenían respuesta; otras, era la primera vez que se las planteaba. En cuanto a lo de Liv, también tenía razón. La había deseado desde el momento en que la vio. Y seguía deseándola. La diferencia era que ahora que él la quería más que nunca ella parecía estar dando marcha atrás. ¿Pero cómo podía saber si ese era el caso, si nunca había estado con una mujer el tiempo suficiente como para que ella diera marcha atrás antes que él?

–Tenía que pasar en algún momento –comentó Marty.

–¿Qué?

–Que te plantearas establecerte en un sitio.

Permanecieron en silencio durante dos intermedios publicitarios, llevándose las botellas a la boca de cuando en cuando.

–¿Cómo es? –preguntó.

–¿Cómo es qué?

–Eso de establecerse en un sitio.

–Depende de lo que te guste hacer, y de con quién quieras hacerlo. Al final nos acaba pasando a todos: llega un momento en que uno quiere echar raíces.

–Tú te casaste a los diecinueve.

–A algunos nos llega la suerte antes que a otros. Pero nadie ha hablado de que te cases tú, ¿no?

Blake apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

–Mmm.

–Más te vale decidir si quieres ir en serio con ella antes de que ese periodista vuelva a husmear por aquí.

–¿Qué periodista?

–¿Olivia Brannigan?

–Sí.

Miró al hombre rubio mientras guardaba el móvil en el que había estado revisando mensajes. Un sobre de color marrón claro apareció ante sus ojos.

–Me gustaría hablar con usted de Blake Clayton.

–¿Quién es usted?

–Ed Parnell, periodista.

Olivia apretó los labios y centró su atención en los restos de ensalada Waldorf.

–No tengo nada de que hablar con usted, señor Parnell.

–Puede que quiera hacerlo cuando le eche un vistazo a estas fotografías.

Miró el sobre mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel. Pensó que le convendría saber qué se traía aquel hombre entre manos, al fin y al cabo, era la abogada de Blake.

Tomó el sobre y extrajo su contenido. Miró las fotografías una a una, frunciendo el ceño. Allí estaba Blake besándola en el helipuerto de camino a los Hamptons. Los dos riéndose mientras paseaban por la calle. Hasta había algunas de ella saliendo del apartamento. Sintió como si les hubieran robado algo.

–Su novio es noticia. El hijo secreto de un famoso billonario que hereda el patrimonio familiar… –el joven sonrió–. A la gente le encantan las historias de pobres que hacen fortuna.

–Esta conversación ya ha terminado.

Poniéndose en pie tomó el recipiente de la ensalada y su taza de café vacía, los tiró en un cubo de basura cercano y echó a andar por el camino empedrado que comunicaba el parque con la calle. El periodista la siguió.

–Estoy seguro de que a los accionistas de Warren Enterprises les encantará saber qué planes tiene para la compañía ahora que es socio mayoritario. Especialmente si tenemos en cuenta que es carpintero. ¿Cuántos carpinteros cree usted que están al frente de empresas multinacionales, señorita Brannigan?

–Sin comentarios.

Ocultando los ojos tras unas gafas de sol, avanzó hacia el semáforo con expresión de enfado. ¿Cómo se atrevía a insinuar que Blake no era capaz de dirigir una empresa? Ese hombre era capaz de cualquier cosa que se propusiera. El día que se enamorara, nada se interpondría en su camino. La mujer en cuestión se resistiría en un primer momento, al fin y al cabo Blake podía ser un pelmazo, pero cuando se diera cuenta de lo que tenía delante no lo dejaría escapar jamás. Olivia sintió unos celos tremendos de aquella mujer imaginaria.

Como si fuera capaz de conjurar su presencia con solo pensar en él… Olivia parpadeó. Al principio, no era más que una figura en la distancia avanzando hacia ella entre un gentío que se movía en la misma dirección. Un segundo después, distinguió un hombre. A continuación, un hombre alto, de hombros anchos, cabello castaño oscuro y un porte increíblemente sexy que, destacando entre la multitud, le clavaba unos ojos oscuros que expresaban silenciosamente una poderosa determinación.

Su cuerpo comenzó a temblar y tuvo que apretar los dientes para que dejaran de castañearle. Nunca había estado tan cerca de sufrir un

ataque de pánico.

–¿Piensa poner acciones a la venta? He oído que está vendiendo sus propiedades. ¿Tiene algo que comentar al respecto?

La mirada de Blake se centró en el reportero al tiempo que él empezaba a remangarse la camisa.

–¿Dónde ha estado todos estos años? ¿Cómo es posible que nadie oyera hablar de él? ¿Ocultó Charles Warren que tenía un hijo a propósito? ¿Lo hizo por la madre?

Ya solo los separaban cinco zancadas, cuatro, tres... Las manos de Blake se convirtieron en puños.

–También quiero hablar de usted, señorita Brannigan. No hay nada como añadir un toque romántico a la historia. Cuando me percaté de que su relación trascendía lo profesional, hice unas investigaciones. Usted perteneció al cuerpo de policía de Nueva York, ¿verdad? ¿Es cierto que un adolescente sin hogar murió en sus brazos?

Blake se detuvo bruscamente junto a ellos y lanzó una mirada colérica al joven. Este retrocedió, sorprendido.

–Señor Clayton, me alegro de verle –dijo cautelosamente mientras Olivia le pasaba el sobre a Blake.

–Yo que usted me andaría con ojo –replicó Blake mientras miraba las fotografías.

Haciendo acopio de todo el control que había aprendido en los últimos seis años, Olivia se interpuso entre ellos, actuando como una profesional que advierte a su cliente.

–No digas nada.

Caló al joven tras una mirada rápida.

–Señor Parnell, debo advertirle que, si sigue acosando a mi cliente, le voy a pedir una orden de alejamiento con tanta rapidez que va a tener suerte de que no lo detengan en los próximos diez minutos por violarla. Y como se le ocurra publicar una sola palabra difamatoria le pondré una demanda que seguirán pagando sus tataranietos.

–Usted no puede...

–Sí puedo –sonrió con frialdad, como si la sangre que corría por sus venas se hubiera convertido en hielo–. Es más, disfrutaré haciéndolo.

El periodista abrió y cerró la boca un par de veces.

–Tenga en cuenta que se enfrentará a uno de los mejores bufetes de Manhattan y a uno de los hombres más ricos del país.

Los ojos del periodista se achicaron.

–No he terminado con ustedes.

–Sí ha terminado –intervino Blake.

El periodista lo miró, vaciló al ver su expresión y se alejó

apresuradamente. Olivia dio un breve suspiro.

–Este no va a ser el último.

–Lo sé.

–¿Estás preparado para afrontarlo?

–Preparadísimo.

–Te aconsejo que no llegues a las manos –le advirtió–. Podrían ponerte una demanda.

–Valdrá la pena.

–Les darás más motivos para publicar cosas sobre ti.

Él frunció el ceño.

–No deberían haberte mezclado a ti en todo esto.

–Es difícil negar la evidencia fotográfica.

–¿Te va a acarrear problemas en la oficina?

–Me las arreglaré –dijo, sabedora de que, si todo su mundo se desmoronaba a su alrededor, ella era la única culpable.

–Basta ya. No puedo más –tomándola de la mano, la llevó de nuevo al parque, donde buscó un lugar tranquilo en el que poder hablar–. ¿Qué está pasando, Liv? Y no me digas que tiene algo que ver con el periodista. Los dos sabemos que no es verdad. Sea lo que sea, empezó cuando nos fuimos de los Hamptons. ¿Qué es?

Ella se quedó mirando fijamente su camisa mientras ensayaba mentalmente sus palabras.

–Los dos sabíamos que esto iba a ocurrir –dijo soltándole la mano y cerrando el puño como si tratara de atrapar la calidez de su último contacto.

–¿A qué te refieres?

–El bufete tiene un par de litigios pendientes –era mentira, pero ella mantuvo la mirada firme–. Uno de mis compañeros, que está familiarizado con Warren Enterprises, se ocupará de tu caso.

Blake parecía tan enfadado como cuando habló con el periodista.

–Soy muy capaz de elegir a mi propio abogado.

–Naturalmente, esperamos que te quedes con nosotros.

–¿Hablas en serio? ¿Así van a ser las cosas?

–Tienes razón. Desde que volvimos a la ciudad, todo es diferente –en eso no mentía–. Creo que es mejor que lo dejemos. No tiene sentido retrasar este momento hasta que las cosas se pongan feas.

–Ah, estupendo.

Ella lo miró.

–¿Qué quieres que diga?

–Me podrías dar una explicación, por ejemplo.

–Los dos sabíamos dónde nos estábamos metiendo.

–¿Ah, sí?

Olivia frunció el ceño, sintiendo que la emoción se agitaba frenéticamente en su pecho.

–Ahora mismo estás atado a Warren Enterprises, pero los dos sabemos que, cuando termines, querrás marcharte a otro lado. Esa es tu forma de vida, y yo lo sabía antes de conocerte.

Pasarse la vida temiendo que llegara el día en que él, inquieto e impaciente, decidiera marcharse le destrozaría el corazón.

–Más te vale estar segura de que esto es lo que quieres –dijo él haciendo una mueca cruel que pretendió pasar por una sonrisa–. Por si no te has dado cuenta, no suelo mirar atrás.

–No me hagas sentir la mala de la película –le advirtió–. Ninguno de los dos tiene la culpa. Tenemos que ser realistas. Sé lo que hago.

–¿Destrozarme la vida?

El autocontrol de Oliva pendía de un hilo.

–¿Me puedes asegurar que nunca vas a querer marcharte?

–Liv...

Durante unos instantes, su rostro reflejó dolor.

–Prométeme que dentro de un mes, o dos, o seis, no te van a entrar ganas de cambiar de aires.

Deseó que lo hiciera, pero no podía cambiar su forma de ser. Y tampoco quería hacerlo. Si él no fuera como era ella, no se habría enamorado de él.

–¿No crees que lo intentaría por ti?

–Esa es la cuestión, Blake. No deberías intentarlo «por mí» –dijo atropelladamente–, sino por ti, por nosotros, si es que quieres que haya un «nosotros». El hecho de que te lo tenga que explicar demuestra que no estás preparado. Quizá nunca lo estés. Y yo no puedo esperar a que te decidas, ni quedarme mirando mientras haces un esfuerzo desganado por quedarte cuando tu corazón está en otro sitio. ¿Qué esperas que haga? ¿Dárselo todo a una persona que sé que algún día me abandonará? ¿Por qué habría de hacerlo? A veces, hay que ser egoísta para sobrevivir.

Había hablado más de la cuenta, pero se consoló pensando que había dicho lo más cercano a la verdad sin llegar a abrir del todo su corazón. Por si acaso, dio un paso atrás y apretó los labios para impedir que se le escaparan más palabras de la boca.

–¿Has terminado?

–Sí –asintió ella–. He terminado.

Cuando parecía que iba a abrazarla, ella dio otro paso atrás. Si la besaba, se rendiría.

–Eso no va a solucionar nada. Y, si te importo, aunque solo sea un poco, respetarás que...

–¿Crees que no me importas? –preguntó casi gritando–. ¿Crees que yo quería que las cosas salieran así? ¿Qué te hace pensar que necesito complicarme la vida en este momento?

–No estás enfadado conmigo.

–Porque tú lo digas.

–Dilo, aunque solo sea una vez.

–¿Que diga qué?

–Con quién estás enfadado –dijo ella con la voz quebrada–. No es conmigo, porque no importa quién deje la relación; esta iba a terminar de todas maneras. Así que no lo pienses más y dime: ¿con quién estás enfadado?

–Quieres que diga que con mis padres, ¿verdad? Te crees que lo sabes todo sobre mí. ¿De verdad quieres saber con quién estoy enfadado? Pues te lo voy a decir –dio un paso hacia ella y la miró con ojos atormentados–. Conmigo mismo. Estoy enfadado con-mi-go mismo. ¿Estás contenta?

No era contento lo que sentía, precisamente, pero de alguna manera logró hacer acopio de la fuerza suficiente para sostenerle la mirada.

–Pues ahora pregúntate el porqué y encuentra la manera de solucionarlo, porque, aunque consiguieras quedarte en un mismo sitio el tiempo suficiente como para mantener una relación, yo no puedo solucionarlo por ti. No puedo hacerlo sola.

Él retrocedió y se quedó mirando el camino por el que habían venido, apretando la mandíbula. Finalmente, tragó saliva y asintió.

–Lo sé.

–Pero quiero que sepas –dijo ella sonriendo trémulamente– que, si me hubieras dejado, lo habría intentado.

–Lo sé.

Prolongando lo inevitable, ella observó el parpadeo de sus espesas pestañas mientras su mirada se perdía en la distancia. Pero cuanto más tiempo se quedara allí, más trabajo le costaría marcharse. Acercándose hacia él, depositó un suave beso en su mejilla y aspiró, por última vez, su aroma limpio y masculino antes de decir las palabras más difíciles que había tenido que pronunciar jamás.

–Adiós, Blake.

Capítulo 13

«No estás listo para esto».

Un trueno sonó amenazador entre las nubes que se amontonaban por encima de los rascacielos, pero Blake siguió caminando lentamente bajo la lluvia. A su alrededor, los transeúntes corrían para ponerse bajo cubierto o pasaban junto a él protegidos por paraguas y chubasqueros con capucha.

«Deberías intentarlo por ti, por nosotros, si es que quieres que haya un "nosotros"».

Fue justo en ese momento cuando se le hizo la luz y empezó a ver las cosas con más claridad. Al oír sus palabras comprendió que quería que hubiera un «nosotros». Lo deseaba tanto que la idea de vivir sin ella se le antojaba peor que ser despedazado en un potro de tortura. Quería oír su risa, observarla dormir cada mañana y comprobar, divertido, que era incapaz de dejar que el café se enfriara solo. Deseaba pelearse con ella solo para poder reconciliarse, que ella le obligara a hablar para poder ver las cosas desde otro punto de vista.

Ella era impaciente, hablaba demasiado para su gusto y le robaba el edredón por las noches, algo que le hubiera fastidiado bastante si se hubieran conocido en invierno, pero era inteligente, alegre, divertida, tenaz y mucho más valiente de lo que ella creía. Había tenido que dejarla escapar para darse cuenta de que no quería perderla.

Pero no había ido a buscarla porque Olivia tenía razón: ella no podía solucionarlo sola. Era él el que tenía que encontrar sentido a su vida. Ahora solo le quedaba rezar para que no encontrara a un hombre menos complicado que él mientras se aclaraba.

Esta idea y la oleada de celos que le provocó le hicieron detenerse en seco, ignorando la lluvia que caía sobre su cabeza. Buscó en lo más profundo de su ser un lugar por el que empezar. Se negaba a aceptar que no sería capaz de curarse y forjar una nueva vida con ella.

Se llevó la mano al bolsillo para comprobar que el sobre seguía allí y paró un taxi. Cuarenta minutos más tarde había dejado de llover y él avanzaba con decisión por unos senderos bordeados por árboles majestuosos y un césped perfectamente cuidado. Llevaba catorce años sin ir por allí, pero recordaba el camino. Dobló una esquina y aminoró el paso, pensando que aquel no era un mal lugar en el que terminar:

era tranquilo, bonito y privado. Esto último le alegró teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer. Al leer los nombres de las lápidas se estremeció. No sabía que Charlie había renunciado a ser enterrado en el mausoleo familiar. Le alegró saber que su madre ya no estaría sola. Aunque era una pena que hubieran tardado tanto tiempo en volver a estar juntos.

–No estoy enfadado con vosotros –respiró hondo ignorando el hecho de que se sentía un idiota hablando en voz alta–. Ya no. Pero lo estuve durante mucho tiempo. Lo hicisteis mal, y creo que erais conscientes de ello. Quiero perdonaros por ser malos padres, pero no puedo juzgaros hasta que yo mismo demuestre que soy mejor que vosotros en ese sentido. Puede que algún día regrese para contaros cómo me ha ido...

Blake no quería una familia a secas, quería una familia con Liv. Por eso no podía dejarla marchar.

–No puedo vivir siempre frustrado. Pero no es culpa vuestra; debería haberme enfrentado antes a este problema.

En su lugar, había dejado que parte de su ser se marchitara, evitando correr el riesgo de enamorarse de alguien que pudiera hacerle daño, como habían hecho sus padres. El problema era que había estado tan centrado en el gran vacío que tenía dentro que había hecho caso omiso de los sentimientos que germinaban por otro lado. Se enfadó al darse cuenta del tiempo que había tardado en llegar a esa conclusión. No tenía por qué cometer los mismos errores que sus padres. Y tampoco tenía que seguir atormentándose por cosas que no eran culpa suya. La manera en que se crio había determinado su forma de ser, pero podía cambiar. Podía romper el ciclo, ser el hombre que decidiera ser y el padre que nunca tuvo para sus propios hijos. Los hijos que tendría con Liv, si ella lo aceptaba.

–Esto se termina aquí y ahora. Estoy harto de correr en la dirección equivocada.

Su voz se hizo más firme y él se sintió más fuerte.

–Ha llegado el momento de plantarse y pelear por lo que me importa. Esta vez lo digo en serio: no ocultaré nunca más quién soy, ni lo que quiero ni lo que siento.

Para ganar a lo grande había que apostar a lo grande, pensó. Pero no quería empezar su nueva vida arrastrando deudas del pasado. Con mano firme, tomó el sobre, lo abrió con el pulgar y sacó la carta.

Apoyando las muñecas en la barandilla metálica, Olivia se quitó

los auriculares y se inclinó, jadeante. Estaba en muy mala forma. Alzó la mirada y, mientras daba boqueadas, admiró la silueta de Manhattan, la zona portuaria de Brooklyn y el puente de Verrazano Narrows. Aspiró el aire salado y sintió la brisa marina contra su piel húmeda, pero aquel entorno familiar, que en otras circunstancias la habría reconfortado, no le hizo sentir mejor. Nada lo hacía desde que él no estaba en su vida.

Al principio fueron los detalles pequeños, como la falta de mensajes en su teléfono, lo que le recordaba su pérdida, pero estaba aprendiendo a lidiar con ellos. Despertarse sola tras una noche inquieta y no poder acurrucarse junto a él era más duro. Y ver su rostro en las entrevistas no ayudaba en absoluto. Estaba muy orgullosa de cómo lidiaba con la prensa, y cada vez que encontraba un artículo sobre el nuevo propietario de Warren Enterprises lo leía con fruición, y tocaba su rostro como si la tinta pudiera transmitir la calidez de sus dedos.

Sabía que, por más que buscase, nunca encontraría a otro hombre como Blake. La pena que sentía era autoinfligida, pero, si le dolía tanto después de solo diez días de ausencia, había hecho bien en dejarlo. O al menos esto intentaba creer.

Cuando una oleada de tristeza amenazó con abrumarla, se apartó de la barandilla, se volvió a colocar los auriculares y subió el volumen de la música. Apretó el paso hasta llevar a su cuerpo al límite del dolor, tratando de que su sufrimiento emocional quedara eclipsado por el agotamiento de sus músculos y el ahogo de sus pulmones. Le quedaban casi tres kilómetros para regresar a la casa de sus padres, en la que se ducharía y cambiaría de ropa antes de unirse a la barbacoa familiar por el cumpleaños de su sobrina. Unas horas sin Blake en las que sonreiría y pretendería que todo iba bien, aunque estuviera muy lejos de sentirlo.

–Creo que lo que le estás haciendo a ese pollo es ilegal en cinco estados –comentó Johnnie cuando estuvieron reunidos en torno a una mesa de picnic en el jardín.

–Y en Canadá...

Olivia alzó la vista bruscamente al oír el comentario del segundo de sus hermanos, ocupado en brindar con su botella de cerveza.

–¿Qué has dicho?

–¿A qué te refieres? –preguntó Danny.

–A eso que has dicho de Canadá. ¿Qué significa?

–No puedo decírtelo –replicó con seriedad–. Juré que guardaría el secreto.

Ella parpadeó.

–¿A quién se lo juraste?

–A tu novio.

–¿A mi qué?

–Tu novio –dijo Johnnie–. No tiene antecedentes y se le da de miedo el póquer.

–¿Estáis hablando de Blake? –preguntó temblorosa mientras su madre se unía a la conversación.

–Me ha parecido encantador cuando he hablado con él por teléfono esta mañana. Estoy deseando conocerle.

–¿Has hablado con él por teléfono?

¿La estarían grabando con una cámara oculta?

–Cuando te fuiste a correr –contestó su madre como si fuera lo más normal del mundo.

–Es un tipo estupendo. A papá le hubiera gustado; es el típico manitas –añadió Danny.

Olivia sintió una oleada de calor en el cuello.

–¿Y tú cuándo lo has conocido?

–La semana pasada –contestó Johnnie por su hermano–. Llamó porque quería conocer el procedimiento para cortar la carretera a la altura de un almacén que hay en el río. Empezamos a charlar, me comentó que jugaba al póquer y le invité a la partida de los lunes por la noche.

–Cuando perdió, le dimos nuestra aprobación para que saliera contigo –dijo Danny, sonriendo–. No nos habías contado que salías con un hombre rico.

Olivia arrugó la frente.

–¿Cuánto dinero le sacasteis?

–Digamos que el suficiente para no tener que preocuparme por el alquiler de este mes.

Lo cual quería decir que Blake había perdido a propósito. ¿Cómo era posible que sus hermanos no se hubieran dado cuenta?

–Te lo contará cuando llegue.

–¿Cuando llegue?

Justo el día que no llevaba apenas maquillaje, tenía los ojos hinchados y…

–Sí, nos imaginamos que le estabas poniendo las cosas difíciles. Le dijimos que no se rindiera.

–Hablando del rey de Roma…

–Ay, qué hombre tan guapo –dijo su madre.

También era hombre muerto. No había soportado diez días infernales para que ahora todo volviera a repetirse. Cerró los ojos y respiró hondo antes de enfrentarse a él. Cuando se giró, le dio un vuelco el corazón. Era una injusticia que estuviera tan guapo, y lo odió por ello.

Blake sonrió mientras Liv se acercaba a él con cara de pocos amigos. Estaba guapísima cuando se enfadaba.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le espetó agarrándole por la manga y dándole la vuelta.

–Me han invitado, ¿no te lo han dicho tus hermanos?

–Se les va a caer el pelo, te lo aseguro –dijo enarcando la ceja acusatoriamente–. ¿Es verdad que has llamado a mi madre?

–No tenía ni idea de qué comprarle a una niña de tres años –explicó señalando la bolsa que llevaba en la mano–. Nunca en mi vida había comprado nada tan rosa.

–¿Qué haces comprándole un regalo a mi sobrina? Tú y yo hemos roto, por si no te acordabas. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Piénsalo.

Ella meneó la cabeza y dijo con voz grave:

–No puedo volver a pasar por esto.

–No tendrás que hacerlo.

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas y él se sintió profundamente aliviado. Vio que ella había sufrido por lo que estaba ocurriendo entre ellos tanto como él.

La tomó de la mano y la llevó a un banco que había debajo del árbol.

–Siéntate.

–No quiero sentarme, quiero que te marches.

–¿Voy a tener que besarte?

–Blake, no puedes...

–Sí, sí puedo.

Él le apretó los dedos con fuerza y la miró con determinación, transmitiéndole en silencio la frustración y la nostalgia que había sufrido al estar sin ella, mientras trataba de reprimir la necesidad de demostrarle a la manera tradicional lo mucho que la quería.

–Pensé que era yo el que siempre huía...

–Yo...

–Te asustaste. ¿Crees que no sé lo que se siente?

–Yo no pensé que... Creí que...

–No –dijo él negando con la cabeza, conmovido al ver que la mujer fuerte y decidida que lo había enamorado era incapaz de formar una frase–. Pero yo tampoco te puse las cosas fáciles.

–Los dos sabíamos que lo nuestro no podía durar –protestó ella débilmente.

–¿Ah, sí? –preguntó mirándola fijamente a los ojos. Puede que eso hubiera sido así al principio, pero las cosas habían cambiado. Por lo menos para él.

–Nunca te quedas mucho tiempo en el mismo sitio.

–Nunca me quedo mucho tiempo en el mismo sitio porque nunca he conocido otra manera de vivir. Como nos mudábamos constantemente, nunca llegaba a encariñarme con nadie. Y como no me encariñaba con nadie, nada me impedía marcharme. No creía necesitar un hogar. Además un hogar es algo más que una casa, y como no tenía a nadie...

–No había nadie que te esperara en el hogar...

Él sonrió.

–Hasta ahora.

Ella vaciló y él le metió un mechón de pelo detrás de la oreja y, al hacerlo, le rozó suavemente la sensible piel del cuello con los dedos. Respiró hondo y comenzó a poner sus cartas sobre la mesa, tal y como había ensayado una y otra vez.

–Tenías razón –le dijo–. Necesitaba averiguar por qué estaba tan amargado y hacer algo al respecto. Tú no podías hacerlo por mí. No te aseguro que lo haya solucionado por completo, pero lo estoy intentando. ¿Te acuerdas de cuando dijiste que no podías hacerlo sola? Yo tampoco quiero hacerlo solo, Liv.

Ella tomó aliento y él se acercó aún más.

–Sé que no soy fácil, por eso necesito a alguien que me diga cuándo me comporto como un idiota; alguien que sepa hacerme hablar de las cosas, aunque no me apetezca. Te necesito, Liv, no sabes cuánto. No sé explicar con palabras lo importante que eres para mí, aunque intenté demostrártelo de otras maneras.

–No me di cuenta de eso –dijo ella en voz muy baja.

–He estado reflexionando sobre lo que quiero –dijo entrelazando sus dedos con los de ella con fuerza–, y he venido a decírtelo.

–Estoy muerta de miedo –confesó ella.

–¿Sabes lo que me da miedo a mí?

Ella negó con la cabeza.

–Perderte.

Los ojos de Olivia volvieron a humedecerse.

–No llores, preciosa.

–Dame un minuto.

Él contuvo el aliento y contó hasta diez mientras ella parpadeaba y respiraba hondo varias veces.

–¿Ya?

Ella rio brevemente antes de preguntarle con incredulidad:

–¿Creíste que la mejor manera de venir a decírmelo era infiltrándote en mi familia?

–No podía hablar contigo hasta no aclararme yo mismo. Pensé en venir a buscarte una vez lo consiguiera, pero cuando Johnnie vino al almacén y me invitó a la partida de póquer, pensé que pasar tiempo con tus hermanos me haría sentirme más cerca de ti mientras me preparaba para verte de nuevo. Son como tú, ¿sabes? Bueno, tú eres más guapa, pero tienen el mismo sentido del humor y dicen cosas parecidas. Y están tan orgullosos como yo de cómo rehiciste tu vida. ¿Sabes que se preocupan mucho por ti?

–Se preocupan demasiado.

–Sí, eso me pareció. Les dije que eres muy capaz de cuidar de ti misma. Hablar de ti me ayudaba. Te echaba de menos, pero no quería volver a ti deshecho. Tú te mereces algo mejor.

–Yo también estoy deshecha. ¿Por qué crees que esto me da tanto miedo? Intenté no enamorarme de ti, de veras que lo intenté, pero no pude evitarlo. Y cuando supe lo que sufriría sabiendo que algún día te marcharías...

–No me voy a marchar. Llevo en Nueva York más tiempo del que nunca he estado en ningún otro sitio. Creo que eso es señal de que estoy listo para echar raíces aquí.

–Si me lo hubieras dicho, nunca te habría dejado.

–Si no me hubieras dejado, habría tardado más en solucionar las cosas. Pensar en perderte fue lo que más me motivó. Si seguimos adelante, Liv, no permitiré que vuelvas a abandonarme. Vayas donde vayas, te encontraré y te traeré de vuelta a casa para que podamos solucionar los problemas juntos. Quiero casarme contigo, tener hijos contigo y pasar el resto de nuestras vidas...

–Sí.

Él meneó la cabeza dándose cuenta de que de pronto le costaba respirar.

–Si quieres, puedes pensártelo antes de responderme. Te prometo que intentaré ser el mejor marido posible, pero no siempre lo conseguiré. No soy perfecto, ni mucho menos. Quiero creer que he mejorado en eso de hablar las cosas, pero habrá momentos en que me cueste. Las viejas costumbres no se pierden fácilmente.

–Has mejorado mucho –dijo ella sonriendo.

–A veces nos pelearemos.

–Lo sé –se encogió de hombros–. Pero pelear contigo me da bastante morbo.

–¿Ah, sí?

Ella asintió.

–A mí también –repuso él sonriendo a su vez.

Liv dio un paso adelante, de modo que sus cuerpos quedaron a solo unos centímetros de distancia.

–Nos lo pasamos genial reconciliándonos.

–Es verdad. Pero esa no será siempre la solución para todo. Ambos tendremos que esforzarnos. Yo seré feliz siempre que lo seas tú, y haré lo que esté en mi mano para que...

–Nunca pensé que diría esto, pero ¿podrías callarte un momentito? –le interrumpió ella, sonriendo–. Mi respuesta sigue siendo sí. No necesito pensarlo. Ahora que hemos resuelto nuestro problema de comunicación podemos enfrentarnos a todo juntos. Ninguno de los dos es perfecto, y tampoco busco la perfección. Más me vale, porque estoy enamorada de ti y tú a veces eres el tío más...

–No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos.

La sensación de vacío que tenía dentro se desvaneció y en su lugar apareció la calidez y la luminosidad de un amor que nunca se había creído capaz de sentir por otro ser humano.

–No es ni la mitad de lo que te he echado de menos yo.

Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos mientras plantaba las manos sobre su pecho, justo por encima del corazón, que palpitaba estruendosamente.

–He estado tan triste sin ti...

Él le enmarcó el rostro con las manos y enjugó con el pulgar una lágrima que acababa de resbalar de su ojo.

–Yo también. Por si no lo habías adivinado, te quiero, Liv. Nunca he amado a nadie como te amo a ti. A partir de ahora, se acabó el esconderse, se acabaron los secretos... ¿Qué pasa?

Blake arrugó la frente al ver que ella retrocedía y componía un gesto de tristeza.

–Encontré la carta de tu padre. Se cayó del bolsillo de tus pantalones cuando estábamos haciendo el equipaje. Quise preguntarte por ella, pero no pude. Cada vez que me contabas algo, yo me sentía más cerca de ti. Y eso me hacía recordar que tenía más que perder. Pensé que sería capaz de distanciarme e ignorar mis sentimientos, pero ya era demasiado tarde. Yo soy fuerte, Blake, pero...

–Sé que lo eres.

–No siempre. Pensé que dejarte sería más fácil que esperar a que me abandonaras tú a mí, pero no fue así.

–Ven aquí.

Ella avanzó hacia él y le rodeó la cintura con los brazos, mientras

él la estrechaba contra su pecho.

–Estás temblando.

–Sobredosis emocional. Llevaba demasiado tiempo guardándolo todo dentro.

–Conmigo no tendrás que hacerlo. Puedes llorar, reír, gritar siempre que necesites desahogarte.

–La próxima vez que te grite, recuerda lo que acabas de decir –dijo ella, sonriendo–. Y, ahora, háblame de la carta.

Blake apoyó la mejilla en su pelo.

–La llevé conmigo durante demasiado tiempo. Cuando oí que había muerto, no me sentí preparado para leerla; no quería enfrentarme a su contenido. Eso ya no importa. La leí, hubo cosas que me esperaba, otras me sorprendieron. Hablaba del testamento; si quieres, puedes leerla.

–No. Es la última carta de un padre a su hijo.

–Explica muchas cosas de mi relación con él que me gustaría que conocieras. Quiero que lo sepas todo sobre mí, de la misma manera que quiero saberlo todo acerca de ti.

–Tenemos tiempo –sus miradas se cruzaron y ella depositó un breve beso en sus labios–. Te quiero.

–Yo también te quiero.

Él sonrió y le dio un beso más profundo; el tipo de beso que le hizo recordar que llevaban mucho tiempo sin compartir una cama. Deseó tener una cerca para demostrarle con más elocuencia lo que sentía cuando dos breves palabras no parecían suficientes.

Ella suspiró cuando él se apartó.

–Será mejor que vengas a conocer al resto de la familia antes de que envíen una expedición de búsqueda y nos pillen besándonos.

–Les diremos que acabamos de comprometernos.

Pensó en el anillo que llevaba en el bolsillo desde hacía más de una semana. Se sintió tentado de dárselo, al fin y al cabo ella había aceptado su proposición, pero ya había ideado un plan para entregárselo. Un plan que no incluía un lugar público ni espectadores…

Ella rio con suavidad.

–¿Tan pronto? No, pensarán que estoy embarazada.

–Estoy dispuesto a ponerme a ello –dijo sonriendo–. Y como estás gastando todas las vacaciones de los últimos años en lugar de trabajar en uno de esos importantes litigios de los que me hablaste cuando me dejaste…

–Dios mío –se quejó ella poniendo los ojos en blanco–. ¿Hay algo que no te contaran mis hermanos?

–Después de perder dos manos al póquer, no mucho.

–No vuelvas a hacerlo. Te perderán el respeto.

–Lo tendré en cuenta cuando vengan a casa a jugar.

–¿Me vas a contar lo que pasó en Canadá?

–Cuando estemos casados y no puedas testificar contra mí.

–Blake.

–Dime.

–Te quiero. Te deseo.

Él se detuvo y saboreó las palabras de Olivia, convencido de que había encontrado su lugar en el mundo. Durante el resto de su vida, su hogar estaría donde estuviera ella.

–Te he oído. Y quiero que sepas que soy tu hombre, Liv. Y siempre lo seré.

Solo había hecho falta que ella lo encontrara cuando él menos lo esperaba.